
CASTILLO VALANCE
1
Al Salir el Sol
W.Ama



Al Salir el Sol

W. Ama

© 2024, W. Ama

Título: Al salir el sol

Serie: El castillo Wilance

Volumen 1

Primera edición: julio 2024

ISBN: 9798332036330

Todos los derechos reservados. Bajo licencia Safe Creative. El contenido de este libro no podrá ser reproducido sin el permiso escrito del propietario de los derechos.

w.ama.autora@gmail.com

Índice

1.- Encontrar un camino
2.- Un verano por delante
3.- Hacia el norte
4.- Mar y amapolas
5.- Tu llave
6.- El ruido de unos pasos
7.- Unas zapatillas
8.- Leyenda
9.- Para dos
10.- Cosas por hacer
11.- Bienvenida
12.- Sorpresa
13.- Diario
14.- Una cita ineludible
15.- En tu propia trampa
16.- Algo de libertad
17.- Sin perder tiempo
18.- Con vistas al mar
19.- Cobertizo
20.- Visita a la Villa
21.- Trazar un plan
22.- Sin más remedio
23.- Fugitivas
24.- Algunas averiguaciones
25.- Nubes de tormenta
26.- En el recreo
27.- Papeles y letras
28.- Nuevo pacto
29.- Sin remitente
30.- Reunión de emergencia
31.- Anclado en el pasado
32.- El poder de confiar
33.- Algo más que contar
34.- General
35.- Etel y Lete
36.- De joven
37.- Por intentarlo
38.- Un favor de vuelta
39.- Preparativos
40.- Bajo la quinta torre
41.- Nuevos planes
42.- La marea

43.- Ausencia
44.- Una luz en medio de la noche
45.- ¿Quién eres?
46.- Justo a tiempo
47.- A lo lejos
48.- Secretos
49.- Al salir el sol
50.- Una misteriosa caja

Capítulo 1

ENCONTRAR UN CAMINO

—¡No hay salida! —Becky se giró—. Es inútil continuar.
Alumbró con la linterna una pared.
—Venga, no seas aguafiestas. —Leo apoyó su mano en el hombro de la chica—. No me puedo creer que te estés dando por vencida.
—Pues créeme: no pienso seguir. —Apartó su mano—. Este camino no lleva a ningún sitio. ¿No te das cuenta? ¡Estamos perdidos! —Miró entonces a Sara, buscando su aprobación.

—Ya, pienso lo mismo —intervino Sara y señaló el muro de piedra—. El camino acaba aquí. Además, hace una hora que abandonamos el túnel principal. Tengo la sensación de que estamos andando en círculos. O, peor aún, ¡que estamos en un laberinto!

—Y para colmo ninguno llevamos el móvil —protestó Becky—. ¡Absurdas normas del internado!
—Oh, por favor, no lo llames internado… suena a cárcel. —Leo movió la cabeza hacia los lados —. Esto es solo un colegio de verano.
—Seguro que mañana nos echarán de menos en clase —imaginó Sara.
—Y solo se les ocurrirá pensar que somos unos vagos y que nos hemos quedado dormidos —añadió Becky.
—Sí, pero cuando vayan a nuestras habitaciones, no nos encontrarán —continuó Sara—. Entonces alguien dará la voz de alarma y nos buscarán por los alrededores, por el lago, tal vez en el bosque…
—¡Jamás imaginarán dónde estamos! Ya lo estoy viendo en todos los periódicos —Becky bajó la voz al decir—: «Cuatro alumnos del prestigioso Wilance desaparecidos en extrañas circunstancias».
—De verdad, dejadlo ya. Tenéis demasiada imaginación. —dijo Leo y se giró hacia su amigo—. Óscar, por favor, pon algo de cordura en todo esto.
—Eso, Óscar, ¿tú qué dices? —le interrogó Becky.
El chico esquivó su mirada y sacó algo de su bolsillo.
—Al menos no tenemos que preocuparnos por la linterna, tengo más pilas aquí —retrasó la respuesta.
—Venga, Óscar, no te vayas por las ramas, ¿saldremos de esta? —insistió la chica.
Óscar suspiró. La idea de adentrarse en los pasadizos subterráneos del colegio había sido suya.
Pensaba que siguiendo ese camino bajo tierra encontrarían la pista definitiva para resolver el misterio que llevaban entre manos. Sin embargo, ahora, ni siquiera podía encontrar el camino de vuelta. Ni siquiera podía llevar al grupo hasta la comodidad de sus habitaciones.
—¿Cómo puedo saberlo? —dijo entonces Óscar, y sintió una punzada de culpa.
Con un gesto de derrota, pasó la mano por el muro mojado y una gota de agua resbaló por sus dedos.
—Venga, hombre, no te vengas abajo tú también —Leo trató de animarlo—. Lo que nos pasa es que estamos muy cansados y por eso lo vemos todo negro.
—Por eso y porque estamos bajo tierra… —Becky sacó la lengua en actitud burlona.

—Nos vendría bien descansar un poco, ¿no os parece? —Leo se adueñó de la linterna—. Antes hemos pasado junto a una pequeña gruta, tal vez sea un buen lugar…
El chico se giró y volvió sobre sus pasos unos metros. Un escalofrío recorrió su cuerpo. En los túneles del antiguo castillo Wilance había tanta humedad que el frío se te pegaba a la ropa.
—Pongámonos ahí. —Alumbró hacia la derecha—. Parece un lugar protegido.
Todos le siguieron.
—¿Qué decís? Podríamos pasar la noche aquí. —Leo trató de poner su mejor sonrisa—. Y mañana, cuando amanezca, encontraremos el camino de vuelta.
—Pero ¿cómo sabremos cuál es el camino correcto? —Sara señaló los tenebrosos pasadizos.

—Ahora es de noche y todo está oscuro y en silencio, pero cuando amanezca, sonará la campana del colegio. Nos orientaremos por el sonido —propuso Leo.

—De acuerdo. —Sara se frotó los brazos, comenzaba a tiritar—. ¿No estáis helados?

—Será mejor que permanezcamos todos juntos para mantener el calor —comentó Óscar.

Sara, Óscar y Leo se tumbaron sobre las mochilas, todos juntos. En el centro, la linterna permanecía encendida como si fuera una hoguera artificial. Los tres estaban muy cansados y no pudieron evitar quedarse dormidos.

Becky, sin embargo, se quedó despierta.

Tenía algo de hambre y buscó en su mochila una de esas barritas de cereales que tanto le gustaban.

Mientras la masticaba, pensaba en el misterio que les había conducido a esa trampa de laberintos, y se decía que había sido una locura tratar de investigar aquello.

Una locura más en el verano más extraño de su vida.

Después de beber un poco de agua de la cantimplora, la chica terminó la barrita y arrugó el envoltorio.

Esa era la noche del tres de julio. Hacía solo un par de semanas, no conocía a Sara, ni a Leo, ni a Óscar. Y ahora… ahora se preguntaba dónde habían estado todo ese tiempo. Por qué no los había conocido antes. Por qué no iban a su instituto, ni vivían en su ciudad.

La tristeza le oprimió el pecho.

Al finalizar el verano, todos abandonarían el colegio y tendrían que decirse adiós. Comenzaría el otoño, regresarían a clase, cada uno en su ciudad.

¿Volverían a verse alguna vez?

Becky se acomodó en el suelo, frente a sus amigos. Los miró una vez más y cerró los ojos queriendo guardar en su memoria esa imagen que tanta paz le daba.
Bostezó. Sería mejor descansar un poco, se dijo.

Sin embargo, la noche tenía otros planes para ella.

Al apoyarse en la pared, notó que algo se movía a su espalda.

La pared se abrió.

Cayó hacia atrás.

El muro volvió a cerrarse.

Capítulo 2

UN VERANO POR DELANTE

—¡Voy yo! —La voz de Becky viajó hasta la cocina—. Que seguro que es Claudia.
Todavía con las chanclas en la mano y la toalla colgándole del brazo, corrió por el pasillo de su casa a toda pastilla.
Becky estaba deseando bajar a la piscina con Vero, Marta y Claudia. Todas vivían en la misma urbanización, y era una tradición celebrar entre chapuzones el primer día de las vacaciones. Así lo habían hecho siempre. De pequeñas bajaban a merendar con sus familias y desde hacía unos años quedaban ellas solas.
—Cariño —antes de que respondiera al portero automático, su madre alzó la mano—, espera, por favor.
—¿Qué pasa? —Becky se miró hacia los lados, para ver si es que le faltaba algo—. ¡Ay, es verdad! ¡La crema solar! La cojo antes de irme, ¡te lo prometo!
Becky fue a descolgar, pero la madre se lo impidió.

—Lo siento —puso la mano sobre el auricular—, pero no puedes bajar.

—¿¿Cómo?? —Becky dejó caer las chanclas—. ¡Tengo que bajar! —Intentó apartar la mano de su madre—. Es Claudia. Hoy empiezan nuestras vacaciones, ¿recuerdas?

Becky corrió entonces hacia el calendario que colgaba de una de las paredes y señaló con insistencia el día actual: miércoles, catorce de junio.

—Justo hoy, quiero decir, justo esta mañana, he acabado el instituto. —Volvió junto a su madre y se cruzó de brazos al decir—: No sé si lo sabes, pero tengo todo un verano por delante.

—Lo sé perfectamente, Becky. —La madre se puso seria.

—Pues eso, que me dejes contestar —dijo la chica, muy extrañada—. ¿Qué es lo que pasa? No me digas que tenemos que ir a visitar a tus tías… ¡me niego!

Malhumorada, Becky se lanzó hacia la puerta.

—Cálmate y te lo cuento —pidió la madre.

—Mamá, por favor… —Puso cara de súplica.

—Eso digo yo: por favor, Becky, déjame hablar de una vez —exigió la madre.

—Vale, pero te advierto que sea lo que sea lo que me vas a contar —la chica levantó la barbilla al decir—: Nada, absolutamente nada, podrá pararme.

—Absolutamente algo. —La madre bloqueó la salida—. Lo siento, pero este verano va a ser… distinto.

—¿Distinto? ¿Cómo de distinto? —La toalla se le escurrió por el brazo—. ¿Tengo que limpiar la casa antes de bajar a la piscina? ¿Ir a comprar? ¿Me has buscado un trabajo? ¿Clases particulares?

—Mañana te vas al Wilance —anunció la madre.

—¿Cómo dices? ¿Al internado ese? —Becky sintió que, de repente, todo su mundo se paraba.

Miraba a su madre, pero apenas la veía. Los sonidos del comienzo del verano, las risas desde el patio de vecinos, el chapoteo en la piscina, los gritos de los niños, todo le llegaba amortiguado por la fatal noticia.

—Serán los dos meses y medio de verano —la madre hablaba muy animada—, ¡y te vendrá de perlas! ¿No dices nada? —La zarandeó para que saliera de su trance.

El telefonillo volvió a sonar, y Becky giró la cabeza hacia la pared donde estaba. Vio, a cámara lenta, el brazo de su madre, y luego su mano que se llevaba el auricular a la oreja.

—Claudia, bonita, sí, sí que está, pero ahora no puede bajar. Tenemos que ir de compras —avisó la madre—. Sí, a lo mejor a última hora. Adiós, adiós.

—¿De compras? ¿Ahora? —Becky arrugó la nariz—. Por favor, mamá… dime que todo esto es una broma.

—Aunque no te lo parezca, es una noticia estupenda.

—Tienes razón: ¡no me lo parece! —protestó.

—Venga, cariño, ahora cámbiate y ponte algo de ropa. No vas a ir al centro comercial descalza y en bañador como una náufraga. —La madre trató de ser graciosa—. Tenemos que comprar un montón de cosas. —Sacó un papel de su bolsillo y se lo mostró.

Con manos temblorosas, Becky cogió la carta, donde le daban la enhorabuena por su admisión (con palabras que le parecieron muy pomposas y algo rebuscadas), seguida de una lista de material necesario para pasar los meses de verano. Sin duda, todo aquello iba en serio.

La chica fijó su mirada en el emblema del famoso internado Wilance y le pareció que aquel extraño pez sobrevolando una de las torres del castillo no solo burlaba las leyes de la naturaleza, sino que también se reía de ella desde lo alto del folio.

—Pero ¡¿por qué no me has dicho nada antes?! —Becky estaba furiosa.

—Ahora te lo estoy contando —dijo la madre, un poco por decir.

—¿Es que mi opinión no cuenta? —Miró desafiante a su madre—. ¿Y si no voy? ¡Tengo quince años y me estás tratando como una niña pequeña!

—No es eso, cariño. Lo que pasa es que no quería que te despistaras de los exámenes finales —

explicó la madre—. El año pasado fuiste muy justa en las notas, ya lo sabes. Por eso este curso has tenido que estar, trimestre tras trimestre, enterrada entre libros.

—Claro y, como premio, me mandas a un internado —dijo con ironía—. Gracias, mamá.

—Es una buena oportunidad —aseguró la madre.

—No me lo puedo creer: ¡mi propia madre tratando de deshacerse de mí! —exclamó Becky, en tono dramático.

—Qué cosas dices, hija. —La madre negó con la cabeza—. Esto te ayudará a ir más desahogada al curso que viene. Y, tal vez así, puedas seguir con la extraescolar de natación.

—¿¡Cómo!? ¿En algún momento has pensado que deje la natación? —Becky miró fijamente a su madre.

—Sí, lo hemos pensado —dijo la madre, muy firme—. Desde luego que si no llegas a los estudios, tendrás que sacar tiempo de donde sea.

—La natación es más que una «extraescolar» —remarcó la última palabra—. ¡Y ni loca la voy a dejar!

—Te lo he dicho muchas veces: lo primero son los estudios —sentenció la madre.

—Pero mamá… al año que viene podré participar en el campeonato nacional. —Becky negaba con la cabeza—. Llevo tiempo preparándome. ¡Y no pienso perdérmelo!

—Pues por eso mismo, cariño, este verano en el Wilance te ayudará con los estudios —insistió la madre—. Os darán materias y técnicas de estudio, pero también hay un montón de actividades y excursiones.

La madre le mostró entonces un folleto.

—No quiero saber nada. —Becky lo apartó y se fue corriendo a su habitación.

—¡Date prisa en cambiarte de ropa, que a las ocho cierran las tiendas! —dijo la madre desde la cocina.

Capítulo 3

HACIA EL NORTE

Hasta el día anterior, Becky solo necesitaba la piscina de su urbanización para pasar un buen verano. Sin embargo, en menos de veinticuatro horas, todo había cambiado. Ahora sus vacaciones estaban encarceladas en una maleta y una mochila, junto a su ropa y sus pertenencias, y un destino que no deseaba: el colegio Wilance.

En el asiento de atrás, la chica se abrochó el cinturón de seguridad. Por delante tenía cinco horas de viaje, que la irían alejando, kilómetro a kilómetro, de su verano ideal.

El coche arrancó, y Becky optó por el silencio. Mientras tanto, sus padres parloteaban acerca de las maravillas del prestigioso colegio. El padre de su padre había estudiado allí cuando el Wilance era un internado para chicos que vivían en pueblos remotos, lejos de cualquier posibilidad de educación.

—Y, mira por dónde, fue número uno de su promoción—asentía la madre, satisfecha.

—Es un colegio con prestigio. Uno de los lugares que tu abuelo nunca olvidará —dijo el padre mientras miraba a su hija por el espejo retrovisor.

Becky suspiró al recordar. Ella misma había escuchado a su abuelo contar muchas cosas sobre el Wilance. De pequeña, le encantaba sentarse en las rodillas del anciano y escuchar las aventuras que había vivido en ese remoto lugar lleno de secretos y misterios.

Con pena, Becky negó con la cabeza. De pequeña se creía todas esas historias, pero ahora no podía saber qué era cierto y qué era un desvarío del anciano. Porque ahora comprendía que, desde hacía tiempo, algo había comenzado a invadir o a vaciar los recuerdos de su abuelo.

—Por cierto, tu abuelo vendrá mañana a casa para pasar una temporada, aprovechando que tenemos sitio. —La madre se giró en el asiento—. Ya verás qué ilusión cuando sepa que su nieta mayor está en el Wilance.

Becky forzó una sonrisa y continuó en silencio, con la mirada perdida en un paisaje que se iba haciendo cada vez más verde y en el que iban apareciendo hayas y abetos a ambos los lados de la carretera.

La lluvia comenzó a manchar la ventanilla. Primero pequeñas gotas que pronto se convirtieron en caminos de agua recorriendo el cristal. Becky sintió frío.

—¿Así mejor, hija? —El padre cerró su ventanilla.

La chica asintió de mala gana y miró al cielo. El verano había sido sepultado definitivamente por aquellas nubes grises. Y, conforme el coche ascendía por las montañas, la temperatura descendía e iban quedando atrás los días de piscina, el sol, las risas.

Capítulo 4

MAR Y AMAPOLAS

El castillo Wilance había sido construido, hacía siglos, en lo alto de una colina y al borde de un acantilado. Por eso, desde sus torres, se podían contemplar dos paisajes muy distintos.

Por el lado norte, el oleaje del Atlántico golpeaba sus muros, mientras que, por el lado sur, la paz de las praderas llenas de amapolas abrazaba al resto de la construcción. Un poco más allá, un camino de tierra bajaba hasta la aldea más cercana, que era conocida simplemente como la Villa.

De vez en cuando, las gaviotas chillaban al otro lado del acantilado, donde acababa el castillo y comenzaba el mar, y su sonido llegaba como el canto de unas extrañas aves que nadie podía ver, si acaso, intuir.

Sea como sea, el abuelo de Becky parecía estar en lo cierto cuando le contaba que el castillo Wilance era un lugar misterioso y fuera del tiempo.

Eso, al menos, fue lo que la chica pensó en cuanto salió del coche y miró hacia arriba.

Aunque era quince de junio, una espesa niebla cubría los muros como una enorme sábana y escondía ya no solo las aves sino también las torres más altas.

—Menos mal que te he metido un chubasquero y un paraguas —dijo la madre, preocupada.

—Sí, eso salvará mi verano, mamá… —Becky puso los ojos en blanco.

—Venga, hija, no seas así. Hoy ha salido nublado, pero mañana será otro día. —El padre la abrazó—. Ya verás, este verano va a ser genial. Anda, danos un beso de despedida.

—¿Ya? ¿No me vais a acompañar dentro? —La chica señaló un camino de piedra que conducía hasta la entrada.

Una ráfaga de viento alborotó su larga melena roja y le tapó los ojos como si estuviera jugando con ella al escondite.

—Oh, hija, ya nos gustaría entrar contigo. —El padre le apartó el pelo.

—Sí, y darnos una vueltecita para ver todo este sitio —añadió la madre y estiró el cuello, tratando de ver qué había más allá—, pero las normas son estrictas: «prohibida la entrada a las familias».

—Uff, entonces, os pondré un mensaje cuando llegue a la habitación. Pediré la clave de la wifi. —Becky asintió varias veces—. Aunque os seguro que puedo adivinarla. Debería ser algo así como «123tefastidioelverano».

La madre carraspeó y miró hacia otro lado.

—Y ya luego os vais, ¿vale? —Becky, después de ponerse la mochila a la espalda, arrastró su maleta de ruedas y avanzó unos metros.

—¡Espera, hija! —exclamó el padre y, acto seguido, se dirigió a la madre—. ¿No se lo has dicho?

—¡Ay, no! No quería darle más disgustos… —La madre puso cara de apuro—. Cariño, nos tendrás que dar el móvil. No están permitidos.

—¿Cómo? Pero, entonces, ¿no voy a hablar con nadie del exterior de *ESTO* en todo el verano? —Becky señaló disgustada lo que le pareció el lugar más solitario y triste del mundo.

—Hija, tranquila, no pasa nada. Nosotros te llamaremos. Y no te preocupes porque si tienes alguna urgencia, el colegio te dejará llamar desde su teléfono —aseguró el padre—. Venga, dame el móvil, yo te lo guardaré.

—Además te he metido bastante dinero en la cartera para cuando vayas a un pueblo que hay por aquí cerca —continuó la madre—. Así que puedes buscar un teléfono público en ese pueblo y llamarnos siempre que quieras.
Becky sacó el móvil de su bolsillo y miró la pantalla.
Dudó un momento.
Tal vez podría atravesar rápidamente el camino de piedras y echar a correr en dirección al castillo con el teléfono en la mano.
Sus padres, que estaban siempre tan obsesionados con las normas, no irían tras ella.
Podría haber sido un buen plan… que, sin embargo, no llevó a cabo: enseguida se dio cuenta de que allí, entre las amapolas y el silencio, ni siquiera llegaba la cobertura.
—Toma. —Lo apagó y se lo entregó a su padre.

Capítulo 5

TU LLAVE

El señor Petrus Plancius se giró sobre sus talones al escuchar el timbre. Antes de dirigirse a la puerta, miró hacia el cuarto de la portería esperando ver a la servicial Benilda, con su falda marrón y sus sandalias de cuero, dispuesta a atender la visita. Sin embargo, y pese a que la luz estaba encendida, nadie salió a abrir la puerta.
—¡Ah, sí!, es verdad, me lo pidió. —Petrus Plancius se dio una palmada en la frente, y sus delicadas gafas rebotaron sobre su nariz.
Avanzó hacia la entrada, pero enseguida se detuvo.
—¿Qué era exactamente lo que me dijo? —Daba vueltas entre sus manos a una gorra de lana—. ¡Ah, sí!, que solo quedaba una alumna por llegar, y que ella tenía que irse a la Villa a recoger unos encargos. —Se colocó entonces la gorra sobre la cabeza.
Sin más dudas, se dirigió hacia la puerta de roble y descorrió los cerrojos.
Se le notaba un poco malhumorado por su reciente despiste, pues nunca, en toda su vida, había logrado acostumbrarse a sus olvidos.
Una chica pelirroja, con cara desafiante y unos grandes ojos verdes, lo escudriñaba desde el otro lado de la puerta.
A Petrus Plancius le pareció la mirada de una lechuza: curiosa, inteligente y al acecho.
—Supongo que eres la nueva alumna —se empujó las gafas y, sin esperar respuesta, le dijo—: Adelante. Adelante. Todas las lechuzas sois bienvenidas.
—¿Lechuzas? —La chica se mosqueó un poco—. No, no, mi apellido es Muñoz.
—Oh, disculpa, disculpa —dijo un poco apurado—. Acompáñame, por favor, no te quedes en la puerta. Eres la última en llegar, Muñoz.
—Becky —aclaró la chica, pues no le gustaba nada que la llamaran por su apellido—. Y usted es…
—Yo soy el profesor Petrus Plancius. —Se tocó la gorra de lana brevemente, y se dirigió con paso ligero hacia la conserjería.
Becky inclinó la cabeza en un educado gesto, que pretendía ser un saludo, pero el hombre ya no la miraba.
La chica se quedó con la cabeza un poco ladeada y el cuello algo torcido, entre el saludo y la vergüenza de sentirse ignorada.
«Tal vez ahora sí parezco una lechuza», se dijo, y se dispuso a arrastrar su maleta por el suelo de madera.
El profesor, alertado por el clonc-clonc-clonc de las ruedas, se detuvo al tiempo que levantaba una mano.

—Por favor, deja la maleta en el vestíbulo. Te la subirán a tu habitación en el montacargas. —Señaló un punto indeterminado al otro lado de unas enormes escaleras.
—De acuerdo. —Becky miró hacia los lados y abandonó la maleta.
Luego siguió al profesor. De vez en cuando miraba hacia atrás: ¿quién se iba a hacer cargo de sus pertenencias? Aquel sitio parecía deshabitado. Incluso la lámpara del techo tenía una gruesa capa de polvo, como si nadie la hubiera limpiado en mucho tiempo.

Becky no pudo evitar pararse frente a una pared repleta de retratos. Por las vestimentas y los peinados, parecían de un tiempo muy lejano. ¿Serían los antepasados del castillo?

Pero ¿por qué estaban todos tan tristes? Se preguntó al mirar más de cerca uno de los cuadros. Una débil luz le caía desde arriba e iluminaba los rostros de una dama y un caballero. La mujer tenía un lunar en el centro de la frente, y el hombre, que llevaba un monóculo en su ojo derecho, parecía escudriñar el mundo a través de su lente redonda.
Lo cierto era que esas personas eran muy elegantes, pero sus miradas eran tan tristes que a Becky le dieron ganas de darles ánimos, aunque estuvieran encerrados en aquellos sofisticados marcos dorados.
—¡Venga!, no te entretengas, que no tengo toda la tarde—dijo Petrus Plancius, en un tono algo brusco.

La chica dio un respingo, un poco asustada, mientras se alejaba de la pared de las tristes miradas. ¿A qué venía ese arranque de mal humor? ¿Tan grave era mirar unos cuadros?
Pero lo cierto era que el humor de Petrus Plancius no tenía nada que ver con ella ni con nadie. El hombre era capaz de fruncir las cejas o esbozar una sonrisa al margen de lo que sucediera en el mundo exterior. Le bastaba un solo pensamiento para pasar del enfado a la risa y, desafortunadamente, viceversa.
Y ahora lo que le enfadaba era pensar que estaba perdiendo su tiempo por culpa de las compras de la portera.
«¿Acaso un manojo de verduras o unas cuantas madejas de lana son más importantes que mi tiempo? —dijo para sus adentros—. ¡Yo, que soy un hombre tan ocupado, un investigador entregado al saber!»

El profesor miró a la chica y continuó hablando ahora en voz alta:
—Nadie respeta ya la ciencia. —Metió la mano en el bolsillo de su chaleco y sacó un reloj—. ¡Oh, rápido! Es la hora de que el pato colorado sobrevuele el lago.—Aceleró el paso hasta llegar a la portería.
Pero Becky no supo a qué se refería y, simplemente, lo siguió a toda pastilla, contagiada por su urgencia.
Con cierto nerviosismo, Petrus Plancius se estiró las mangas de la camisa y, después de peinarse sus pobladas cejas con ambas manos, se dirigió hacia una mesa repleta de chismes y se sentó. La silla crujió bajo su peso.
—Quizá aún llegue a tiempo —se animó con este pensamiento—. Veamos… nuevas incorporaciones —murmuraba mientras pasaba las hojas de un grueso tomo.
Becky se asomó al libro y vio una lista de nombres y apellidos.
A juzgar por las cruces dibujadas junto a los nombres, todos esos alumnos ya estaban en el colegio.
«Por lo menos —pensó la chica con cierto alivio—, ahora sé que este lugar no está deshabitado».
Sonriente, se puso a buscar su nombre, pues pensó que tal vez así acabarían antes y aquel hombre podría irse a ver los patos.
—¡Aquí estoy! —exclamó Becky como si hubiera encontrado un tesoro.
En ese momento, su nombre, junto con su equipaje, era lo único que tenía en el mundo. Al menos en el mundo del colegio Wilance, donde todo era desconocido.

—¡Ajá! Habitación 713. —Petrus Plancius empujó la silla hacia atrás con su enorme trasero y se

giró hacia el casillero que tenía detrás.
Todavía pasaron un par de minutos hasta que el profesor encontró lo que buscaba; solo entonces volvió a dirigirse a Becky:
—Aquí tienes. —Le entregó un trozo de madera del que colgaba una pequeña llave.
El profesor hizo una cruz junto al nombre de la chica antes de continuar hablando:
—Séptimo piso. Habitación trece. Sigue las escaleras y no te desvíes de tu camino —insistió el profesor—. Yo no puedo acompañarte. Así que intenta no perderte, por favor.
—Claro, claro. Muchas gracias. —La chica guardó la llave en su mochila—. Perdone, ¿no había un ascensor?
—Así es, tenemos un montacargas, pero los alumnos no lo podéis usar. —Petrus Plancius, con un gesto de mano, señaló las escaleras—. ¡Adiós y suerte!

Capítulo 6

EL RUIDO DE UNOS PASOS

Después de atarse bien los cordones de las zapatillas, Becky se ajustó la mochila a la espalda y apoyó la mano en la barandilla. Su piel, tan pálida al comienzo del verano, contrastaba con el oscuro color de la madera.
—¡Vaya mala suerte! —Se dio impulso para subir—. ¿No me podía haber tocado en el primer piso? Pues no, ¡en el séptimo!
La gran escalera se abría en el centro del *hall* como una boca hambrienta que engulliría sin piedad a los alumnos. Aunque, a decir verdad, era demasiado elegante para tan vulgares modales. A Becky le recordó a las escalinatas de esos palacios antiguos donde se celebraban fiestas con invitados ilustres. Le gustaron mucho las figuras talladas en la madera: ardillas, pájaros y árboles que parecían componer un eterno bosque.
Pero, sin duda, lo que más le gustó fue amplitud de la escalera. Nada que ver con las estrechas escaleras de su instituto en las que, cada mañana, se libraba una batalla de pisotones y empujones en un intento de llegar a clase.

—Lo de mi instituto es que no es normal —iba hablando sola—, seguro que aquí eso no lo permiten.
Imaginó entonces que cada mañana, en el Wilance, los educados alumnos bajarían por la escalera con calma y orden. Aunque, eso sí, pisando sin ningún miramiento la alfombra granate que adornaba el centro de la escalera.
La chica continuó subiendo.

En el rellano del primer piso, Becky se encontró con dos puertas blancas exactamente iguales, solo que una tenía el mango en la parte derecha y la otra, en la izquierda. Parecía, en cierta manera, como si una puerta fuera el reflejo simétrico de la otra.
—¿De quién serán? —Levantó la vista.
Sobre una de las puertas había un letrero donde podía leerse «Etel», y, sobre la otra, un letrero anunciaba que aquella era la habitación de «Lete».

A Becky le pareció curioso que los nombres también fueran uno reflejo del otro y se preguntó si dentro de las habitaciones ocurriría lo mismo: si habría dos camas simétricas, con dos colchas y dos ventanas reflejadas.
—Sería divertido —dijo, y estuvo tentada de abrir las puertas para comprobarlo, pero continuó subiendo: no tenía ninguna gana de meterse en habitaciones ajenas y buscarse problemas.
El segundo piso estaba iluminado por lamparillas ancladas a las paredes. La luz parpadeaba y todo tenía un aspecto decadente. El papel de las paredes se caía en algunos tramos y cada poco había una silla abandonada, con los brazos medio caídos, en actitud de derrota.
La chica se asomó un poco más y vio que sobre las puertas había carteles con números, por lo que dedujo que era un piso de dormitorios. Lo mismo ocurría en el tercer, cuarto y quinto piso. ¡Era todo tan monótono que le resultaba de lo más aburrido!
Conforme subía, la madera crujía más bajo sus pies, sepultando las voces y risas que llegaban desde los dormitorios. Seguramente, pensó, eran de los alumnos, aunque no entendía a qué se

debía tanta animación. ¿Iba a ser ella la única que no quería estar allí?
—Me da igual lo que hagan los demás —murmuró para sí—. Encontraré algo divertido que hacer aquí y así estos meses se me pasarán más rápido. Con un poco de suerte, la piscina de la urbanización seguirá abierta unos días en septiembre y podré bañarme con mis amigas.
Con estos pensamientos continuó hasta el sexto piso.
Un silencio la envolvió al asomarse al pasillo. En una de las paredes había varias ventanas, pero las cortinas permanecían cerradas. Solo cuando hubo acostumbrado los ojos a la penumbra pudo ver un destello al final del pasillo. ¿Qué era aquello?
Se adentró en la oscuridad al tiempo que recordaba las palabras del estrafalario profesor: «sigue las escaleras y no te desvíes de tu camino». Becky sintió remordimiento, pero no quiso dar media vuelta. Solamente iría hasta el fondo, vería qué era aquella luz y regresaría. No era posible perderse.
Al final del pasillo, una puerta de cristal daba paso a una estancia donde permanecía encendida una lámpara. Su luz se reflejaba en un espejo creando el destello que había llamado la atención de Becky. Parecía que eso era todo, aunque ya que estaba allí, decidió curiosear un rato.
Nada más entrar, un fuerte olor a humedad le hizo estornudar.
Dos de las paredes de la habitación estaban cubiertas de vitrinas, desde el suelo hasta el techo.
—Debe de ser una biblioteca —pensó en voz alta.
Becky pegó la frente a uno de los cristales. Los libros parecían antiguos. Despertó su interés uno con tapas de cuero pero, al ir a cogerlo, se dio cuenta de que la vitrina estaba cerrada con llave. Al menos, pensó, la humedad no dañaría los ejemplares.
Aunque a ella lo que le dañaba la vista era aquella decoración tan recargada y extravagante. Seguro que su madre, que era decoradora de interiores, no habría dado el visto bueno a los candelabros con velas derretidas que descansaban, como fantasmas de cera, sobre la chimenea.
Ni tampoco hubiera aprobado la lámpara de bronce que, colgada de un delgado cable, amenazaba con caer sobre tu cabeza de un momento a otro. Y, sin duda, su madre hubiera tirado a la basura la roída cortina que trataba de ocultar una ventana y que parecía una manta de guerra.
Definitivamente, el lugar era espantoso. La chica dio media vuelta, dispuesta a irse.
Sin embargo, el ruido de unos pasos la paralizó.
Alguien venía, y ella no debía estar allí.

Capítulo 7

UNAS ZAPATILLAS

Los pasos se oían cada vez más cerca. A toda prisa, Becky buscó un lugar donde esconderse, pero solo se le ocurrió ocultarse detrás de la roñosa cortina.
Pronto se dio cuenta de que no había sido la mejor idea: tras la mugrienta tela, el olor a humedad era tan fuerte que comenzó a sentir un fuerte cosquilleo en la nariz. Sin duda, era el preludio de un gran estornudo. Trató del calmarlo, oprimiendo su nariz.
Poco después, el ruido de los pasos cesó. Quienquiera que fuese había llegado al centro de la biblioteca y, después de volver hasta la puerta, se había dirigido hacia las vitrinas, donde permanecía quieto.
Becky sabía que no debía moverse, pero le pudo la curiosidad. ¿Quién andaba por ahí? Despacio, acercó la cara a la cortina y miró por los agujeros de la desgastada tela. Fue entonces cuando el picor se volvió tan intenso que los ojos se le llenaron de lágrimas.
Mientras trataba de ahogar su estornudo, y a través del agua acumulada en sus ojos, pudo ver al intruso: un chico alto y de pelo castaño, con una mochila a la espalda. No paraba de girar la cabeza, una y otra vez, hacia la puerta, como si él tampoco tuviera que estar ahí.

El intruso volvió de nuevo a la puerta, echó una ojeada al pasillo y, solo cuando comprobó que no había nadie, sacó una llave del bolsillo de su vaquero.

Con movimientos rápidos, se acercó hasta una de las vitrinas, la abrió y cogió un libro. Durante unos segundos paseó la mano por la portada mientras una sonrisa de satisfacción se dibujaba en su cara.

Luego, volvió a cerrar la vitrina, guardó el libro en su mochila y echó una mirada rápida en derredor. Quería asegurarse de que todo estaba en su lugar. Asintió.

Detrás de la cortina, Becky solo deseaba que el intruso se largara para poder estornudar a gusto y, sobre todo, poder salir de ahí sin ser descubierta. Apretó con más fuerza su nariz.
Para su alivio, el chico se dirigió con prisa hacia la puerta dispuesto a irse. Sin embargo, antes de abandonar la biblioteca, el fuerte graznido de una gaviota, que se había posado en la ventana, le puso alerta.

El chico se detuvo y, lentamente, giró la cabeza hacia la ventana, al tiempo que sus ojos se abrían de asombro: ¿por qué había unas zapatillas debajo de la cortina?

Sin pensárselo dos veces, fue hasta allí y descorrió la tela.

—¿Qué haces aquí? —Extrañado, el chico miró a Becky y, luego, hacia la puerta.
—Yo, nada, ya me iba. ¡Achíííis! —Becky se secó con un pañuelo e intentó salir de su escondite —. Lo siento, ¿me dejas pasar?
En ese momento, la chica solo quería desaparecer. Le empezaba a parecer ridículo todo aquel numerito de haberse escondido detrás de una cortina.

Corrió hacia la puerta.
Sin embargo, cuando ya casi estaba fuera, se giró.
—Anda, ¿y tú?, ¿qué haces tú aquí?
—Yo, bueno…
El chico comenzó a frotarse las manos, inquieto, mientras pensaba qué decir. Seguramente, esa chica le había visto sacar la llave, abrir la vitrina y coger el libro. No iba a servir de nada contarle cualquier excusa, tenía que darle una explicación coherente, y no hay nada más coherente que la verdad.
—Es que quería coger un libro de aquí. Y como no hay nadie en portería… he aprovechado… —Sacó la llave y señaló las vitrinas—. Pero no soy un ladrón, ¿eh?
Becky le miró intrigada. Parecía indeciso y, además, con esas frases a medias no acababa de entenderle.
—No se lo digas a nadie, ¿vale? —pidió el chico.
—¿El qué? ¿Que no eres un ladrón? —dijo Becky.
—Sí, bueno, lo del libro. —Abrió la mochila y le mostró el ejemplar.
Sobre la portada unos trazos dorados creaban el título «*Leyendas de un tiempo olvidado*». Al leerlo, Becky sintió mucha curiosidad, pero fingió indiferencia.
—Ah, no pensaba hacerlo —contestó al tiempo que apartaba la mirada del libro.
—Gracias. —El chico sintió cierto alivio—. Se supone que los libros de aquí son solo para profesores, aunque…
Volvió a dejar la frase sin terminar, pero esta vez Becky tuvo la certeza de que aquel chico conocía las costumbres del colegio a la perfección.
—Tranquilo. Eso es asunto tuyo —sonrió.
—Tú eres nueva, ¿no? —preguntó para cambiar de tema.
—Sí, me llamo Becky. Y, la verdad, no debería estar aquí. Todavía tengo que llegar a mi habitación. —Suspiró con decepción.
—Yo soy Óscar. Este es mi tercer verano en Wilance.
—¿¡El tercero!? —Becky no pudo ocultar su asombro.
—No es tan grave, ja, ja, ja —rio el chico—. Te contaría un montón de cosas divertidas, pero yo también me tengo que ir. —Levantó la mano—. Me alegro de haberte conocido.
Becky se despidió mientras pensaba que todo podía ser aún peor: ese chico llevaba tres veranos yendo al Wilance… ¿y si su madre se empeñaba en que ella volviera el próximo verano?

Capítulo 8

LEYENDA

Óscar se marchó de la biblioteca con la esperanza de que aquella chica no le delatara. Eso pondría en peligro sus planes para el verano: seguir explorando el castillo. Había dedicado los años anteriores a investigar el castillo y dibujado sus propios planos, lo que le había llevado a descubrir lugares que ningún alumno conocía.

Pero nunca había compartido sus hallazgos con nadie, ya que la mayoría de los alumnos con los que había coincidido en el Wilance, no habían vuelto más. Solo él y otra chica, con la que no tenía mucho trato, repetían verano en el Wilance, año tras año.

Aun así, Óscar había conocido a tanta gente que había desarrollado cierta habilidad para saber quién estaba deseando hacerte la vida imposible y quién respetaba tus asuntos. Y algo en esa chica que acababa de conocer en la biblioteca le hacía pensar que era del segundo tipo de personas.

Con pasos rápidos, el chico se dirigió hasta la portería. Suspiró aliviado al ver que Benilda todavía no había regresado y, solo entonces, se adentró en el pequeño cuarto para devolver la llave de la vitrina.

Con el peso del libro en la mochila y la intriga por leer las leyendas decidió que, antes de nada, iría a su escondite secreto. Tras comprobar que no había nadie a la vista, salió al patio de armas y corrió hasta la otra punta del castillo.

Allí, en una esquina de la muralla, se alzaba la quinta torre.

Casi intacta, se decía que esa torre había sobrevivido al deterioro de manera misteriosa y que parecía como si el tiempo la hubiera ignorado durante siglos. Sus piedras parecían recién colocadas, con un brillo y un lustre fuera de lo común.

En tiempos remotos, lo alto de la torre había albergado un palomar, al que regresaban y del que partían aves mensajeras. Y todavía podían verse palomas saliendo y entrando por una de sus ventanas, como si el recuerdo de lo que había sido en la antigüedad también se hubiera mantenido intacto.

Sin embargo, no era al palomar adonde Óscar quería ir sino a la estancia que se situaba justo debajo. Allí era donde estaba su lugar secreto.

Su acceso no era fácil ni tampoco evidente. La torre número cinco no tenía una puerta exterior y solo se podía acceder a ella cruzando un pasadizo que arrancaba de las caballerizas.

El chico se giró varias veces para comprobar que nadie le seguía y entró en los establos.

Bajo el techo abovedado, el silencio era tal que le costaba imaginar el antiguo relinchar de los

caballos y las voces que los mozos darían, en el pasado, al ensillar los corceles.

Con decisión, sacó su linterna de la mochila y caminó pegado a la pared izquierda hasta localizar un hueco que conectaba con el pasadizo, dentro del cual le esperaba una escalera.

Solo después de subir los estrechos peldaños, llegó hasta su refugio. Para Óscar, era un lugar muy especial, aunque para cualquier otra persona no hubiera sido más que un desván abandonado donde se amontonaban todo tipo de chismes, muebles rotos, polvo y algún roedor, y donde el tiempo parecía haberse detenido como un reloj al que no se le da cuerda.

Aun así, para Óscar era un lugar que parecía esperarle siempre y donde se sentía lejos y a salvo de todo.

Después de abrir un poco la contraventana, se sentó en un baúl y dejó la mochila a sus pies. Sacó el libro. Antes de comenzar a leer, paseó el dedo por las doradas letras del título «*Leyendas de un tiempo olvidado*» y trató de adivinar qué clase de historias contenía.

Lo abrió al azar, tratando de encontrar una historia que llamara su atención, pero enseguida consultó el índice. No tenía mucho tiempo y quería comenzar a leer una historia que le resultara interesante a primera vista, así que enseguida se decidió por una. El texto decía así:

La leyenda del pez esmeralda

Hace mucho tiempo, sobre un mar lejano, el sol brilló durante tres meses seguidos. No hubo noches, ni lluvias, ni viento, ni mareas. El verde mar se secó y hubo quien aseguró que toda la vida que albergaba se había perdido, de la misma manera que el agua se había evaporado.

Sin embargo, hubo un pez que se salvó. Justo en el instante de su último aliento, sus escamas se trasformaron en plumas y sus aletas se convirtieron en alas. Y entonces voló y voló escapando del sol abrasador.

Se refugió en una isla, en lo profundo de un bosque, donde permaneció oculto en una cueva. Y fue así como el pez color esmeralda se convirtió en un ser triste y solitario: el único pez volador sobre la faz de la Tierra. Su tristeza fue tanta que, poco a poco, dejó de volar. Sus alas se endurecieron y su cuerpo se volvió de piedra, convirtiéndose en una bella estatua de esmeralda.

Cuenta la leyenda que, un día, los cielos volvieron a llenarse nubes y se desataron las tormentas y el cielo lloró todo el agua del mar. Volvió a haber día y noche, brumas y vientos. Pero el pez esmeralda, hecho ya piedra, no pudo volver al mar.

Se afirma que, en la actualidad, ese objeto es capaz de robar la felicidad de quien lo contempla a plena luz del sol.

Capítulo 9

PARA DOS

Becky llegó por fin al séptimo piso. Allí, el viento se colaba por las rendijas de un enorme ventanal y creaba extraños sonidos, como susurros lejanos, que parecían querer alertarla de algo.

Un aviso, tal vez, ante el posible peligro de volver, verano tras verano, al internado Wilance.

Con preocupación, Becky se acercó a la ventana.

—No quiero volver aquí nunca más. Si al menos fuera un sitio agradable… —Recorrió el cristal con la mirada.

El polvo acumulado le obligó a pasar la mano varias veces para abrir un círculo y poder contemplar el paisaje. Desde ahí arriba, el gris de las nubes parecía aún más oscuro, lo que daba al lugar un aire melancólico. La pradera que rodeaba al castillo se veía salpicada de puntos rojos y el lago del profesor Petrus Plancius aparecía repleto de aves.

Un punto algo rechoncho, con una gorra y unos prismáticos, debía de corresponderse al mismísimo profesor. Cuando el hombre enfocó con los prismáticos hacia la ventana, Becky, instintivamente, se agachó. Sería mejor continuar su camino.
Enseguida se adentró por el pasillo y vio su maleta, frente a una de las puertas, esperándole como un perro fiel. Encima de la maleta, alguien había dejado unos folletos, que eran los horarios y normas del colegio. Becky los recogió sin hacerles mucho caso, más tarde los miraría.
Dispuesta a entrar en su habitación, sacó de su mochila el trozo de madera del que colgaba la llave y la encajó en la cerradura.
Giró el pomo a un lado y a otro, una y otra vez, pero la puerta no se abría.
¿Tal vez la puerta estaba cerrada por dentro?
Lo intentó otra vez más, sin éxito.
¿Se habría confundido de habitación?
La chica miró hacia arriba para comprobar el número.
Habitación 713.
Miró hacia los lados.
Sin duda, estaba en el lugar correcto.
Empujó la puerta de nuevo. Esta vez, con más fuerza.
—¡Eh, tú!, ¿¡qué haces!? —Una chica de pelo rizado apareció al otro lado de la puerta—. ¿¡Estás intentando forzar la cerradura!?
—Hola. —Becky levantó la mano para saludar.
—¿¡Por qué estás intentando entrar en mi habitación!? —dijo la otra, ignorando por completo su saludo.
—Perdona, es que esta es mi habitación. —Becky miró de nuevo el número de la puerta—. Aquí tengo mi llave.
—Te lo advierto, no me gustan las bromas. —La chica de pelo rizado se asomó al pasillo, tal vez esperando ver a un grupo de gente a punto de reírse de ella.

—No es broma. —Becky estiró el cuello para ver el interior, y comprobó que había dos camas —. Será que compartimos habitación. —Cogió la maleta—. Perdona, ¿me dejas entrar?
—Perdona tú, quienquiera que seas y como te llames. —La chica de pelo rizado no la miraba a los ojos, sino a la frente—. No me has entendido: esta no es tu habitación.
—Me llamo Becky. Esta es la llave que me han dado. —Se encogió de hombros y le mostró el llavero —. Y ahora que vamos a ser compañeras de cuarto, estaría bien saber tu nombre.
—Imposible. Yo no comparto mi habitación con nadie —sentenció, muy digna.
—Ah, que te llamas «imposible»… —dijo Becky en tono irónico—. Esto va a ser peor de lo que me imaginaba.
—Me llamo Casandra —aclaró, y se esponjó los rizos.
—Genial, Casandra. Me pondré en la cama que no has deshecho. —Becky entró en la habitación y cerró la puerta tras de sí.
—Menuda descarada eres. —Casandra volvió a clavar su mirada en la frente de Becky, como si realmente fuera ahí donde Becky tuviera los ojos—. ¡Esto no va a quedar así!
Abrió la puerta y salió corriendo de la habitación.
Becky se quedó junto a la puerta, sujetando la maleta, sin saber qué hacer. Aquella chica la había desconcertado: ¿qué era lo que no iba a quedar así?
Y, ¿de dónde le venía esa fijación de no querer compartir la habitación con nadie?
Becky se encogió de hombros y miró alrededor.
La habitación estaba bastante deteriorada, pero era lo suficientemente amplia como para que dos personas pudieran convivir. Además tenían hasta un baño, lo cual era un lujo.
Avanzó unos metros hasta el centro de la estancia y echó un vistazo a los muebles. Todos eran antiguos y mucho más viejos que los de la casa de su abuelo. Podía adivinarse el paso del tiempo en sus maderas desgastadas, aunque no por eso eran muebles feos. Por ejemplo, el armario era precioso y tan grande y alto que Becky estaba segura de que cabía a la perfección su ropa y la de Casandra.
Por suerte, el armario era el único mueble que tenían que compartir. Frente a las camas, había dos mesas de estudio, con dos lámparas de tulipas verdes.
Becky se sentó en la silla junto a uno de los escritorios, y se sujetó la cabeza con las dos manos. Después del encontronazo con su compañera de cuarto, estaba más que segura de que el Wilance no le iba a gustar nunca.
Jamás.
—Uff, y todavía tengo que estar aquí más de dos meses… ¡Menudo verano! —Levantó la vista hacia la desconchada pared.
Becky trató de sobreponerse, y sacó algunas cosas de su mochila: un libro, su estuche y un cuaderno. Entonces se le ocurrió hacer un calendario. Arrancó una hoja y dibujó unas cuadrículas donde escribió los días de aquel inesperado verano.
Ese día era jueves, quince de junio. Hizo una enorme cruz, sepultando el día bajo el azul del bolígrafo y sonrió tímidamente ante la ilusión de que ese día ya casi había terminado. Tan solo ese gesto le había proporcionado cierta sensación de libertad. Al fin y al cabo, pensó, eso era lo que hacían los presos en las películas: tachar los días como una manera de avanzar hacia el final de su condena.
—Uno menos —dijo, y buscó celo en su estuche para pegar el improvisado calendario en la pared.
Hecho esto, se quitó las zapatillas y se puso cómoda sobre la cama para leer las normas del colegio.

Sin embargo, nada más tumbarse, un extraño y molesto zumbido la sacó de sus quehaceres. Se quedó muy quieta, para escucharlo mejor. Aquel ruido procedía de la cama de Casandra. Más concretamente, del almohadón.
A Becky le recordó al sonido que hacen las moscas cuando tratan de salir por una ventana cerrada. ¿Sería eso? ¿Una enorme polilla, acaso? «¡Qué asco!», pensó.

—Sea lo que sea —dijo en voz alta—, será mejor que lo eche de la habitación cuanto antes.

Como movida por un resorte, Becky se puso de pie y abrió la ventana. Luego se acercó a la cama y estiró el brazo todo lo que pudo para apartar la almohada sin que el supuesto insecto gigante fuera a por ella.

—¿¡Cómo!? ¡Menudo moscardón más útil! —exclamó abriendo mucho los ojos mientras se acercaba para cogerlo—. ¡Y yo que creía que no había cobertura! ¡Un móvil!

Parecía que su compañera de habitación no era, precisamente, trigo limpio.
¿El primer día y ya saltándose las normas?

Capítulo 10

COSAS POR HACER

Antes de que la pantalla se apagara, Becky leyó: «Llamada perdida de Jaime». La chica fue a dejar el móvil cuando, de nuevo, volvió a vibrar. Esta vez era un mensaje: «¿Has llegado ya al castillo? ¿Nos vemos donde siempre?»

Becky se quedó pensando quién sería el tal Jaime que tanto insistía. No podía ser su padre o su hermano pues las familias sabían que los móviles estaban prohibidos y, además, no podían entrar en el recinto. ¿Sería un amigo?

Se encogió de hombros y dejó el móvil bajo la almohada. Tenía cosas más importantes que hacer, como consultar el plano del castillo, leer las normas y averiguar cuándo era la cena. Las tripas le empezaban a rugir.

Sin embargo, todo el hambre se le fue de golpe al consultar la hoja de bienvenida. Debajo del logo del Wilance, un horario con las actividades de la tarde anunciaba que a las siete tendría lugar la «bienvenida a los alumnos por parte de las directoras».

—¿Directoras? ¿En plural? —Levantó las cejas, preocupada al imaginar un ejército de estiradas señoras, todas persiguiéndoles para que cumplieran las normas.

Pero, en ese momento, lo peor de todo no era el ejército de directoras. Lo peor era que ¡ya eran las siete y diez! y, muy a su pesar, iba a llegar tarde.

Ahora entendía por qué su compañera se había largado con tanta prisa. Desde luego, no había sido nada amable, podrían haber ido juntas, pensó, pues no tenía ni idea de dónde se celebraba la recepción de estudiantes.

Consultó el papel: el evento tendría lugar en los salones reales. Becky volvió a leer: «salones reales». ¿Existirían los salones irreales? No pudo evitar hacerse esa broma, aunque no tenía muchas ganas de sonreír.

La chica salió de la habitación con el plano en la mano, corrió por el pasillo y bajó los siete pisos.

Cuando llegó a los salones, sintió cierto alivio al comprobar que la puerta estaba abierta. Le hubiera dado mucho corte tener que empujar esa enorme puerta de madera que llegaba hasta el techo. Seguramente, el ruido de sus viejas bisagras hubiera provocado un aluvión de miradas, cosa que Becky trataba de evitar a toda costa, pues no le gustaba nada llamar la atención.

Antes de entrar, miró por el hueco de la puerta y calculó que, entre chicos y chicas, allí no había más de veinte alumnos.

Fue entonces cuando notó una presencia a su lado.

—¿Quién eres?, ¿la chica que se esconde tras puertas y cortinas? —Reconoció la voz de Óscar.

Capítulo 11

BIENVENIDA

—Veo que no soy la única que llega tarde…
—Sígueme y nadie se dará cuenta de que nos hemos saltado el primer cuarto de hora. —Óscar le hizo un gesto con la mano.
Tras estas palabras, el chico se adentró por un estrecho pasillo que bordeaba todo el salón real. Becky le siguió y, en menos de un minuto, llegaron hasta una pequeña puerta.
—¿Y esta puerta para gnomos? —bromeó Becky.
—Es la entrada de servicio —aclaró Óscar—. Comunica con el salón por la parte de atrás. Antiguamente la usaban los sirvientes para entrar al salón sin molestar a los comensales.
—Y todo esto… ¿cómo lo sabes? —se extrañó Becky.
—Es mi tercer año en Wilance ¿recuerdas?
El chico se agachó y abrió un poco la puerta. En ese momento, una profesora terminaba su discurso y daba paso a un par de ancianas. Al subir a la tarima, las dos mujeres se llevaron las manos a la frente haciendo visera. Querían proteger sus viejos y delicados ojos del potente foco que las iluminaba como a estrellas de cine.
La gente comenzó a aplaudir.
—¡Ahora! —exclamó Óscar y, aprovechando el revuelo, se colaron en la sala.
—Y tú, ¿quién eres?, ¿el chico que se conoce el castillo como la palma de su mano? —dijo entonces Becky.
—Ya me gustaría… —Óscar sonrió y un par de hoyuelos se le marcaron en las mejillas.
Becky ocupó una silla en uno de los laterales. El salón permanecía en penumbra y solo la luz del foco seguía alumbrando el escenario. Aun así, la chica pudo distinguir, varias filas más allá, montones de rizos que subían y bajaban al son de unos enérgicos y exagerados aplausos. Sin duda, pensó, pertenecían a Casandra.
Pasados unos segundos, el ruido de los aplausos fue decayendo.
—Buenas tardes a todos —dijeron al unísono las dos ancianas como si fueran una sola.
Becky se fijó en que esas mujeres, además de hablar a la vez, tenían un gran parecido físico. Eran de la misma estatura, y las dos caminaban apoyadas en sendos bastones. Aunque una lo sujetaba con la mano derecha y, la otra, con la izquierda. Los peinados también eran idénticos: un esponjoso pelo blanco recubría, como un casco de espuma, sus pequeñas cabezas.
A Becky le pareció que mirarlas era como jugar a ese pasatiempo del periódico en el que tienes que encontrar siete diferencias, solo que ahora no sabía si habría tantas.
De momento, solo descubrió una diferencia: una de las ancianas llevaba un vestido azul con lunares amarillos y, la otra, un vestido amarillo con lunares azules.
—Somos las directoras del colegio y las últimas herederas del castillo —habló la del vestido azul.
—*Del castillo herederas* —repitió, como un eco, la del vestido amarillo.
—Ajá, ¡solo son dos! —exclamó Becky muy contenta pues eliminó, de un plumazo, al temido ejército de estrictas directoras.
—Sí, son dos… —asintió Óscar a su lado, un poco sorprendido por la reacción de la chica.
Poco a poco se hizo el silencio y las presentaciones continuaron.

—Yo soy Etel —dijo una de las ancianas y se tocó los volantes de su vestido azul con mano temblorosa—, y ella es mi hermana Lete —señaló hacia la otra.
—¡Realmente la una es un reflejo de la otra! —Becky se volvió hacia Óscar, que sonreía un poco desconcertado—. Estas deben de ser las de las habitaciones simétricas.
—¿Simétricas? Yo lo único que sé es que sus dormitorios están en el primer piso… —Óscar frunció el entrecejo.
Becky comprobó, también, que aquellas últimas herederas, no solo habían heredado el castillo: sobre sus frentes las dos tenían el mismo lunar que la triste dama del retrato. Seguramente se trataba de un antepasado.
—Muchas gracias a todos por haber querido pasar las vacaciones en el prestigioso Wilance —continuó Etel.
—*En el Wilance, prestigioso*—repitió Lete, sonriente.
—Hace años decidimos abrir esta escuela de verano con el fin de ofreceros herramientas para vuestro futuro y, ya de paso, recaudar fondos para el castillo —continuó hablando Etel mientras se tocaba su collar de perlas.
—*Para el castillo, fondos* —aseguró Lete, y también se tocó su collar.
—Sin embargo, el castillo no pasa por un buen momento. Debido al deterioro, nos hemos visto obligadas a cerrar varias de sus estancias —dijo Etel, preocupada—. Por eso, os pedimos, encarecidamente, que no os adentréis en esas zonas. Sería muy peligroso.
—*Peligroso sería* —repitió Lete.
Etel miró de reojo a su hermana y, después de carraspear un par de veces, continuó:
—Las zonas que no debéis visitar están señaladas en rojo en vuestros planos —les advirtió, sin dejar de acariciar sus perlas.
Un revuelo de murmullos y crujir de papeles llenó el salón. Todo el mundo quería averiguar cuáles eran esas zonas prohibidas.
—Sabed que debéis respetar las normas de manera estricta. Si sorprendemos a alguien en las zonas prohibidas, no nos quedará más remedio que expulsarle del Wilance, por su seguridad. —Etel movió la cabeza hacia los lados—. No podemos permitir que nadie se ponga en peligro.
Óscar empezó a revolverse en la silla, parecía incómodo al oír esa advertencia.
—¿Te pasa algo? —se atrevió a preguntarle Becky.
Óscar la miró. Sin duda los ojos de Becky transmitían confianza. Seguramente, la chica no sabía nada.
—Se rumorea que este es el último año del Wilance. —El chico se acercó a Becky—. El castillo está en bancarrota. Y a juzgar por los pocos alumnos que hemos venido este verano… no soportará un año más. ¿No te has dado cuenta de que todo está medio roto?
Becky sonrió. Aquella era la mejor noticia que podía escuchar.
—Pero eso es genial. Significa que al año que viene no podré venir. —A Becky le dieron ganas de aplaudir con toda la fuerza que sus manos resistieran, pero la preocupación en el rostro de Óscar le hizo ocultar su alegría.
—Bueno, a mí sí me gustaría volver —suspiró Óscar—. Todavía me quedan muchas cosas que descubrir.
Becky quiso preguntarle acerca de esas cosas que quería descubrir, pero un par de sonoras palmadas y una voz pidiendo silencio se lo impidieron.
—¡Dejad hablar a las directoras! —pidió una profesora, con muy mal genio.
—Gracias, Ofelia —Etel inclinó la cabeza en muestra de agradecimiento y continuó hablando—: A las nueve y media se apagarán las luces y todo el mundo deberá estar en sus habitaciones —

comenzó a explicar las normas más relevantes.
—¡Pero es verano y a esa hora todavía es de día! —protestó alguien desde la última fila.
—¡Silencio! —volvió a decir la misma profesora—. ¡No se permiten interrupciones!
Etel le agradeció su intervención con una sonrisa.
—Como sabéis, los móviles están prohibidos. Pero si alguien necesita hacer una llamada de urgencia —remarcó Etel esta última palabra—, sabed que en la sala de recreo hay un teléfono. Solo os lo dejaremos usar en caso de estricta necesidad y debéis pedir la clave de desbloqueo en portería —insistió.

Un murmullo indignado se oyó en la sala: eso de solo poder llamar en caso de urgencia les parecía injusto.
—Pero tranquilos que no vais a estar incomunicados con vuestras familias. Se os harán llegar sus cartas a vuestras habitaciones —continuó Etel.

—*Habitaciones vuestras las cartas* —susurró Lete de manera un poco torpe, pues la charla se iba alargando y comenzaba a perder el hilo.
—Mañana mismo nombraremos un cartero que repartirá la correspondencia habitación por habitación —anunció Etel—. Solo a esta persona le estará permitido circular por el colegio más allá de las nueve y media, y siempre que sea por motivos de entrega de cartas.
La gente comenzó a preguntarse en voz baja si aquello era una ventaja o una desventaja. Lo cierto era que pasear en solitario por aquel lugar no era tan apetecible para algunos.

—Vuestro día libre será el domingo. De lunes a sábado habrá clases y otras actividades. —Etel miró a los alumnos—. Deseamos que estéis a gusto y que al año que viene podamos gozar de vuestra compañía —dijo con voz temblorosa, y sonrió con ojos tristes como quien sabe que acaba de decir un imposible.

El discurso se extendió durante solo unos pocos minutos más, pero Becky tenía ganas de irse desde hacía ya un buen rato. Tantas normas y tantas advertencias le aburrían. Además, estaba todo escrito en los folletos, ¿no podían haberse ahorrado aquella aburrida charla?
Claro que en ese caso, pensaba la chica, no habría vuelto a encontrarse con Óscar que, de momento, era la única persona medio normal con la que había hablado.
—Todos los años dicen lo mismo. —El chico bostezó, y se repantigó en la silla—. Ahora nombraran uno a uno a los profesores.

En ese instante, Etel señaló hacia una esquina y dijo:
—Agradecemos a los profesores su generosidad, ya que todos han dado su tiempo voluntariamente al programa de verano Wilance. Un aplauso para la señorita Ofelia —pidió la directora.
La misma mujer que antes había exigido silencio saludó con la mano.
—Arsenio Buenaventura —dijo Etel entre aplausos mientras un hombre con bata blanca, que parecía recién salido de un laboratorio, subía al escenario.
Después de nombrar a todos los profesores, Etel cayó en la cuenta.
—¡Anda! Pero si aquí falta el profesor Petrus Plancius —dijo mirando a Lete con extrañeza.
—¿Dónde estará? —comenzaron a preguntarse entre sí las hermanas—. *¿Estará dónde?*
Becky sonrió: solo ella parecía saber que el profesor Petrus Plancius estaba con sus queridos patos colorados. Casi no lo conocía, pero aquel profesor que iba a su aire empezaba a caerle

bien: había conseguido saltarse el aburrido discurso.

Capítulo 12

SORPRESA

Los horarios del colegio no eran demasiado estrictos. Solo contemplaban tres horas de clase por las mañanas, deportes al aire libre por las tardes y, más adelante, les habían prometido actividades como pruebas de supervivencia en el bosque o campeonatos de diana.
Ya habían pasado cuatro días desde su llegada al Wilance, pero Becky todavía se despertaba todas las mañanas con la misma sensación.
Y, ese lunes, no fue distinto.
A las ocho, como cada mañana, una estridente campana sonó por todo el castillo, a modo de despertador, pero no fue suficiente para que Becky se levantara de la cama.
Durante varios minutos, permaneció con la impresión de no saber dónde estaba. Por un lado quería creer que estaba en su casa, en su dormitorio, rodeada de sus cosas y que había soñado todo lo referente a su verano en el internado.
Sin embargo, la voz de su compañera de habitación, llena de quejas y protestas, la devolvió a la realidad.
—¡Menuda cara tienes! —Casandra comenzó a sacar las camisetas de Becky del armario—. Llegas aquí la última y tienes el morro de ocupar las mejores baldas.
Durante esos cuatro días, Casandra había ignorado a Becky. No le había dado conversación, ni contado nada acerca del colegio, aunque Casandra era habitual del Wilance. Pese a todo, Becky había tratado de ser correcta, dándole con amabilidad las buenas noches y los buenos días, aunque su compañera siempre le contestaba con gruñidos.
Pero, esa mañana, todo era aún peor: Casandra había sacado su lado más desagradable.
Becky se frotó los ojos y se sentó en el borde de la cama.
—¿Puedes parar un momento? ¡Deja mi ropa, por favor!—Becky resopló, no solo debería lidiar con su compañera, ahora también debería recoger todo aquello.
—Y las cosas del baño también hay que organizarlas, ¿eh? No puedes poner tu neceser donde te dé la gana. ¡¿Qué te has creído?! —Se lo tiró encima de la cama.
—Pero ¿qué haces? —Becky cogió su bolsa de aseo—. Por favor, ten un poco de calma. Si quieres, podemos repartirnos el espacio esta tarde.
Pero Casandra no atendía a razones y seguía lo suyo.
—¡Oh, no! ¿Cómo? ¡No me lo puedo creer! Ha desaparecido mi crema… —se quejó Casandra en todo acusador—. Esto no lo puedo consentir. ¡Es lo peor que podría pasarme hoy! ¡Y no va a quedarse así!
Los rizos de Casandra rebotaron sobre su cabeza al tiempo que cogía un enorme bolso y, muy airada, salía de la habitación.
Becky suspiró, ¿de verdad había tenido la mala suerte de tener esa compañera? ¡Menudo verano le esperaba!

Casandra no solo había sacado las camisetas del armario, también había abierto el cajón de los calcetines y los había lanzado por los aires.

La habitación parecía un campo de batalla, en el que Becky era, claramente, la vencida. Al menos así se sentía ella al pensar que debía ordenar toda su ropa antes de bajar a desayunar.

Se frotó los ojos. ¿Por dónde empezar?

Todavía sentada en la cama, se desperezó varias veces y deslizó los pies para calzarse las zapatillas. Después de ducharse y vestirse, hizo la cama y recogió todos los calcetines. Algunos habían acabado debajo de la cama y Becky tuvo que reptar por el suelo para alcanzarlos.

Luego se dispuso a recoger las camisetas. Para evitar que volviera a suceder lo mismo, y hasta que ella y su compañera se repartieran el espacio, decidió que las colocaría en la última balda del armario.

Al menos, pensó, si Casandra decidía volver a tirarlas, debería tomarse la molestia de subirse a una silla, ya que la repisa estaba tan alta que casi tocaba el techo.

Becky arrastró la silla de estudio hasta el armario y se subió. Al asomarse a la repisa, comprobó que el hueco estaba muy oscuro y no se veía nada. Extendió el brazo para tantear la repisa con la mano.

—Vacía y sucia —dijo al sacar su mano y ver que estaba llena de polvo.

Parecía que aquel hueco llevaba tiempo sin usarse. Becky dio un salto para bajar de la silla y cogió una toalla para limpiarse y, ya de paso, limpiar la balda del armario.

De mala gana la humedeció en el cuarto de baño. Luego se dirigió a la silla, resoplando y quejándose. Se estaba empezando a cansar de todo aquello, demasiados inconvenientes por culpa de las manías de Casandra.

Sin embargo, lo que Becky todavía no sabía era que todas esas molestias la iban a conducir hasta un inesperado hallazgo.

Fue al limpiar la zona más remota de la balda, cuando notó que el fondo del armario se movía: uno de los paneles había cedido.

—¿Qué hay aquí? —dijo al retirar el trozo de madera—No me lo puedo creer…
Rápidamente, la chica se bajó y se sentó en la silla.

Entre sus manos sostenía un antiguo cuaderno.

Capítulo 13

DIARIO

Escrito durante los años 1955-1957

Nuestro tiempo en el internado se termina y no hemos logrado averiguarlo todo.
Confiamos en que, si has encontrado esto, continúes con nuestra misión.
Creemos que no fue un robo.
En las páginas que siguen están todas las pistas que hemos encontrado.
Ten mucho cuidado, no todo el mundo te ayudará. Solo en quien confíes de verdad. Queda en ti.

Firmado
Los guardianes del castillo: OR, MJ y AM

Aquella nota al principio del cuaderno había sido escrita con prisa, y Becky tardó un rato en descifrar lo que ponía.

Rápidamente, pasó las siguientes páginas. En la parte superior de todas las hojas había una fecha, por lo que dedujo que se trataba de una especie de diario.

¿Qué era todo aquello?

Por un momento, Becky pensó que se trababa de una broma. Tal vez, su antipática compañera había falsificado un diario para reírse de ella un buen rato.

Sin embargo, el olor y el tacto de las hojas le decía que estaba ante un antiguo y verdadero diario y, conforme pasaba el resto de las páginas, se convencía de que tenía en sus manos un escrito que había estado oculto desde hacía mucho, mucho tiempo.

Las preguntas se agolpaban en su mente.

¿Quiénes fueron los guardianes del castillo?

¿Por qué se les acababa el tiempo en el internado?

¿De qué pistas estaban hablando?

¿A qué robo se referían?

Movió la cabeza hacia los lados y se rascó la frente. Todo aquello le resultaba fascinante y olía a aventura. Aunque imaginaba que era una aventura del pasado.

—1955 —leyó la fecha—. Ya hace demasiado tiempo.

Sin embargo la nota hablaba de continuar una misión y volvió a sentir mucha curiosidad.

Becky cerró el cuaderno y miró la cubierta del diario. Paseó varias veces su mano por la portada y sintió el rugoso tacto del cartón. El color azul de la tapa estaba descolorido, como un cielo que se hubiera ido apagando poco a poco, y una mancha de humedad recorría la cubierta. Pese al deterioro, la chica sintió que aquellas tapas desgastadas le estaban invitando a entrar en un misterio y ella… ¿qué se suponía que tenía que hacer?

Podía abandonar el diario y olvidarse de todo.

No era difícil. Simplemente tenía que volver a subirse en la silla, depositar el cuaderno donde lo había encontrado y volver a colocar el trozo de madera para ocultarlo. Con el tiempo, se olvidaría de lo que acababa de leer.

Aunque, si hacía eso, pensó, tal vez nadie nunca jamás volviera a encontrarlo.

Sin duda, también podría optar por tomar una decisión más arriesgada y hacerse cargo del misterio.

¿Podría ser capaz de continuar con esa enigmática misión? ¿Podría convertirse ella en la nueva guardiana del castillo?

Se levantó de la silla y miró por la ventana.

El gris de los muros del castillo solo hablaba de aburrimiento y monotonía.

Miró al cielo. Entrecerró los ojos. Y asintió.

Lo haría.

Al fin y al cabo, no tenía nada que perder… salvo… consultó su reloj, ¡el desayuno!

En cinco minutos cerrarían el comedor y, si no se daba prisa, no quedaría ni un solo vaso de leche que echarse al estómago.

Capítulo 14

UNA CITA INELUDIBLE

Con el corazón acelerado, Becky bajó a desayunar. Era ya muy tarde y, cuando llegó, el comedor estaba vacío. No le importó, pues justo era soledad lo que necesitaba. Quería pensar en el diario sin atender a conversaciones ajenas.

Además, tampoco tenía amigos con los que estar. Ante el rechazo de su compañera de cuarto, los primeros días en el internado se había juntado con Marisa y Laura, dos chicas que al principio le habían parecido acogedoras, pero que pronto resultaron ser un cerrado dúo de mejores amigas. Laura parecía estar a gusto con Becky, pero Marisa, que era la que llevaba la voz cantante, no hacía ningún esfuerzo por incluirla en las conversaciones y Becky, al final, siempre tenía la sensación de que estaba de más.

Mientras seguía pensando en el diario, Becky se sentó en una mesa y apartó unas migas del mantel con la mano. En el centro había una bandeja de galletas de aspecto algo dudoso. Probó una: estaba realmente blanda.

Entonces se acordó de lo que le había contado Óscar acerca de la bancarrota del castillo. Estaba claro que el dinero no les daba ni siquiera para unas galletas en condiciones. Aun así, Becky pudo saborear la leche con cacao que una cocinera le sirvió desde una jarra de porcelana.

—Gracias —le dijo, y hundió varias galletas en la leche.

Cuando terminó, ya había decidido que quería volver a su habitación para leer detenidamente el diario. Quizá aún tuviera tiempo antes de la primera clase. Sin embargo, justo cuando puso un pie en la escalera para subir los siete pisos, alguien llamó su atención.

—Becky Muñoz —dijeron dos voces al unísono.

—Sí, soy yo —sonrió.

Esa mañana, Etel y Lete vestían faldas de rayas e iban cogidas del brazo.

—Buenos días, señorita —Etel la miró de arriba a abajo, pasando revista a su atuendo, unos vaqueros y una camiseta bastante arrugada.

—Se me ha hecho un poco tarde, pero ya he desayunado —se justificó mientras se estiraba la camiseta.

Las dos mujeres señalaron a Casandra. La chica tenía los ojos rojos. Parecía que había estado llorando.

—Hoy os perderéis la primera clase. Os esperamos a las nueve y media en nuestro despacho —dijo Etel.

Casandra sonrió de lado y desapareció por uno de los pasillos.

¿Qué estaba pasando con su compañera?

Capítulo 15

EN TU PROPIA TRAMPA

Todavía no conocía bien el castillo y Becky tuvo que consultar el plano para localizar el despacho de las directoras. Sabía que no era ese, precisamente, el lugar más indicado para empezar la semana, pero así habían surgido las cosas. Por un momento, se alegró de no tener manera de contarle a su madre que se había perdido la primera hora de clase porque la habían llamado a dirección.

Después de atravesar el *hall*, cruzar por delante de la portería y recorrer varios pasillos, por fin encontró el despacho de las directoras. Eso dedujo al ver el letrero donde unas letras en dorado componían los nombres «Etel & Lete».

Becky fue a llamar a la puerta, pero se quedó con la mano en alto y la boca abierta: desde el interior del despacho, entre hipos y lamentos, llegaban los exagerados llantos de Casandra mientras las directoras le aseguraban, al unísono, que todo tenía solución.

¿Por qué lloraba Casandra? ¿Qué era lo que tenía solución? Y, sobre todo, ¿qué tenía que ver ella en todo eso?, se preguntaba Becky.

Sin poder esperar más, llamó a la puerta.

—¿Se puede? —Asomó la cabeza.

—Adelante, adelante, te estábamos esperando —dijo Etel y, acto seguido, sacó un pañuelo del bolsillo de su falda para, muy finamente, limpiarse la nariz.

Lete, sin embargo, se sonó la nariz de manera tan ruidosa que todas las perlas de su collar chocaron unas con otras en un enloquecido tintineo.

—Disculpadnos un momento, estamos con las alergias del verano —dijo Etel, empujando a su hermana hacia la puerta—. Enseguida estaremos con vosotras de nuevo.

—*De nuevo con vosotras* —dijo Lete y, para sorpresa de Becky, que pensaba que esa mujer solo sabía repetir lo que decía su hermana, añadió—: *Nuestro vaporizador de agua de rosas tenemos que ir a por.*

Becky se apartó ligeramente de la puerta para dejarlas pasar y pudo ver, entonces, que Etel tenía la nariz un poco torcida a la izquierda mientras que Lete la tenía torcida a la derecha. «Segunda diferencia», pensó Becky, aunque en ese momento no le apetecía jugar a las siete diferencias.

Cuando las dos mujeres salieron del despacho, la cara de Casandra, hasta ese momento arrugada por la tristeza como un clínex usado, mudó a una maliciosa sonrisa.

—¿Se puede saber qué estás tramando? —Becky se cruzó de brazos frente a su compañera.

—¿Yo? Nada, ¿por? —Casandra clavó sus ojos en la frente de Becky—. Más bien debería yo preguntarte a ti si te gusta mi crema… ya que me la has robado.

—¿Quéééé? ¿Eso les has dicho? —Becky la miró perpleja—. ¡¡Yo no te he robado nada!!

—Supongo que es normal que no lo reconozcas, precisamente aquí, en el despacho de las directoras —dijo Casandra sin dejar de mirarse las uñas.

—Ah, ya entiendo tu trampa... ¿Quién querría estar con una ladrona en su habitación? —Becky respiró profundamente—. Está bien, no me asustas. Me da igual si me castigan encerrada en una habitación.

—Bueno, los castigos aquí no son exactamente así —dijo Casandra sin explicar en qué consistían.

—Pero ¿sabes? —Becky ignoró su comentario—, si hay una cosa que no soporto es que mientan sobre mí.
—Nadie sabrá que es una mentira. Es más, cuando vayamos a la habitación y miremos dentro de tu neceser… ¡encontraremos mi crema! —A Casandra se le escapó una risita.
—¡¡La has puesto tú ahí!! Pero ¿en qué momento? —Becky chasqueó la lengua al darse cuenta —. Claro, ¡cuando me tiraste el neceser!
—¡Ja, ja, ja! Veo que empiezas a atar cabos —rió Casandra ahora ya ampliamente.
—Yo que tú no me reiría tanto. —Becky le retó con la mirada—. ¿Te has parado a pensar que podrías caer en tu propia trampa?

—Uy, que se pone misteriosa. —Casandra se estiró un rizo y lo pasó varias veces por su dedo—. A ver, que me pica la curiosidad, ¿de qué me ibas a acusar?
—¿Acusarte? Yo no acuso —sentenció Becky—. Pero sí me gusta hacer preguntas.
—¡Ja! Ya ves tú, que le gusta hacer preguntas —repitió Casandra con burla.
—Por ejemplo —Becky entrecerró los ojos al decir—: ¿Quién es Jaime? No lo he visto entre los alumnos de clase.
Casandra miró hacia otro lado.
—¿Sabes que te llamó el otro día cuando no estabas en la habitación? —continuó Becky—. ¿Leíste su mensaje?
—¡Mi móvil! —Casandra se tapó la boca con la mano.
—Tu móvil… que está prohibido, como todos los demás —le recordó Becky.
—Bueno, verás, bueno, no digas nada, ¿vale? —Casandra se empezó a poner nerviosa—. Todo tiene una explicación.
—Eso mismo pienso yo: que todo tiene una explicación.—Becky sonrió satisfecha—. Y, por eso, cuando vuelvan las directoras les explicaras amablemente qué ha pasado con tu crema.
—¡Pues ya estamos de vuelta! —Entraron las dos mujeres, con ambos pulverizadores en alto para rociar el despacho con olor a rosas—. Esto es lo que mejor nos va para las alergias, ¿verdad, Lete?
—*Verdad, Etel* —asintió la otra.
Tiempo después Becky descubriría que, en realidad, el agua de rosas era el antídoto que las directoras usaban contra cualquier mal (desde alergias hasta torceduras de tobillo) y la solución para cualquier problema.
—Y, bien, ¿qué era lo que nos contaba esta señorita antes? —Con un dedo, Etel giró el vaporizador en el aire para luego colgárselo del cinturón de la falda como si fuera una auténtica pistolera.
—*¿Esta señorita antes qué nos contaba?* —Lete bajó su pistola de agua rosas y se rascó su algodonoso pelo como si estuviera haciendo memoria.
Aunque, en realidad, ninguna de las directoras lo había olvidado. Lo que pasaba era que ambas hermanas tenían tendencia a evitar los problemas y, en cuanto podían, huían de ellos.
Por eso habían fingido tener que ausentarse para coger el pulverizador de rosas, con la confianza de que aquellas dos alumnas solucionaran sus problemas por sí mismas y, sobre todo, sin su ayuda. Las dos mujeres confiaban, plenamente, en el refrán que dice que «hablando se entiende la gente». Y, desde luego, esta vez así había sido.
—Oh, en realidad, me he dado cuenta de que anoche dejé la crema en otro sitio. Mi compañera me lo ha recordado, es que yo soy muy despistada… —se inventó Casandra una excusa mientras clavaba su mirada en el esponjoso peinado de Lete.
—Bien, entonces, problema solucionado —dijeron las directoras a la vez—. Ya está, Casandra,

ya está, ya no tienes que llorar más —repetían mientras le pellizcaban, una a cada lado, de sendas mejillas.
Casandra nunca olvidaría ese doble apretón de mejillas que le dejó, para todo el día, la marca de dos sonrosados círculos a cada lado de su cara.
Como tampoco olvidaría el silencioso pacto con su compañera de habitación: Becky no diría nada acerca del móvil que Casandra guardaba en la habitación. Y Becky esperaba que, al guardarle el secreto, Casandra abandonara cualquier intento de mentir sobre ella.

Pero ¿podía realmente Becky confiar en su compañera de cuarto?

Las dos chicas se despidieron de las directoras y se marcharon a clase, cada una por su lado.

Capítulo 16

ALGO DE LIBERTAD

Becky ocupó un pupitre junto a la ventana. El sol caía sobre su melena, haciendo que su pelo pareciera aún más rojo. Tras la ventana, varias palomas salieron de una de las torres del castillo y echaron a volar, libres, por el cielo azul.
La chica suspiró. A ella también le gustaría poder salir de allí con la libertad de esas aves.
—¡Buenos días! —La señorita Ofelia apareció detrás de una pila de carpetas.
Un denso silencio se hizo en el aula. A esas alturas todos los alumnos conocían el malhumor de la señorita y nadie quería hacerla enfadar.
Y más valía que se acostumbraran a ella, pues les daba dos materias: informática y técnicas de estudio. Aunque, ese lunes, le habían endosado una pila de carpetas y un cometido diferente: informar de los trabajos en grupo.
El camino hasta su mesa se le hizo bastante dificultoso. La alta y patosa mujer no podía mantener el equilibrio con todas aquellas carpetas entre los brazos. A la gente le entraron ganas de reír al verla avanzar dando tumbos como un pato mareado. Pero, obviamente, nadie rió y los alumnos se limitaron a taparse la boca con las manos.
A cada paso, los collares de su largo cuello iban y venían de un lado a otro, creando una rítmica melodía. Y a punto estuvo de tropezar con la papelera y desparramar todos aquellos papeles de no ser porque Becky, sin pensárselo dos veces, gritó: ¡cuidado!

Alarmada, la mujer se paró en seco, asomó su cuello de cisne por la pila de papeles y empujó con la punta de su zapato la papelera que, en ese momento, estaba en mitad de la clase. Una vez llegó hasta su mesa, soltó de golpe todo su arsenal de papeles.
—¡Ufff! Gracias por avisar —La profesora se pasó la mano por la frente, momento en el que un falso anillo de diamantes brilló bajo la luz del sol.
—De nada. —Becky entrecerró los ojos por el destello.
—Ahora os diré los grupos —dijo con el ceño fruncido.
—¿Qué grupos? —Se le escapó a alguien.

La señorita Ofelia, que detestaba las interrupciones, ignoró la pregunta y extendió las carpetas sobre la mesa.
—Estas carpetas tienen información sobre los proyectos en grupo. Son trabajos al margen de las clases oficiales. Algo divertido que os dará una nueva visión de la vida —opinó y sacó un listado —. La fecha de entrega es la última semana de agosto.
Un murmullo de voces y alguna atrevida queja llenó el aula: a nadie le apetecía eso de presentar trabajos.
—¡A ver, un poco de silencio! —pidió la profesora y dio unas de sus características palmadas en el aire—. Os voy a decir los grupos y quiénes serán vuestros tutores. ¿Alguna duda hasta el momento?
—Sí, señorita, ¿podríamos elegir con quién nos ponemos? —preguntó Laura con su habitual inocencia, ya que deseaba ponerse con su mejor amiga.
—No. Las listas ya están hechas. —Ofelia cogió la primera carpeta y leyó—: Arturo, Mario, Laura, Jonás y Gema. —Levantó la vista del papel.

Las cinco personas se pusieron de pie y se dirigieron hacia la profesora.
—Vuestro trabajo versará sobre el medioambiente. Aquí tenéis la documentación. —Les entregó la carpeta verde—. Y vuestro tutor es don Arsenio Buenaventura. Lo encontraréis en los laboratorios. Id ahora a visitarle.
—Ese es el profe que siempre va en bata, ¿no? —dijo alguien en voz baja, y el de al lado asintió con la cabeza.
Los cinco alumnos dieron las gracias y se marcharon de clase con la carpeta verde a buen recaudo y, sobre todo, desdoblando el plano para localizar los laboratorios.
Conforme la profesora decía los grupos, la clase se iba vaciando más y más.
Becky estaba muy atenta a los nombres, pues no quería que le tocara con Casandra.
—Cayetano, Lucía, Marisa, Andrés y Casandra —leyó la profesora en la lista.
Otro nuevo grupo se dispuso a recoger su carpeta.
—Qué interesante —asentía satisfecha la profesora—. Vuestro grupo montará y hará funcionar un dron.
Los cinco alumnos se miraron entre sí, un poco asustados, pues no tenían ni idea de por dónde empezar.
—Acudid con vuestra tutora, la profesora Loreto —consultó la lista—. Está en el taller de electrónica.
Becky suspiró aliviada al ver que Casandra no iba a estar en su grupo. También se alegró de que Marisa no estuviera en el mismo equipo que Laura, pues tal vez así se fueran abriendo más a otras personas. Esto de los trabajos por grupos empezaba con buen pie, pensó, pero ¿con quién le habría tocado a ella?
Becky se dio la vuelta en la silla. En la clase, ya solo quedaban tres personas. Una chica de pelo castaño, con un cuaderno y un bolígrafo en la mano, un chico que movía el pie al ritmo de alguna melodía imaginaria y que vestía una camiseta de un grupo de música y …Óscar.
La chica se alegró de verlo y levantó tímidamente la mano para saludarlo.
—Leo, Sara, Óscar y Becky —leyó Ofelia en la lista.
Sara cerró la libreta y se levantó muy decidida.
—Lo siento, pero vuestro grupo será solo de cuatro, os tocará trabajar más —habló mirando a Sara.
—Descuide, señorita Ofelia —respondió la chica.
—Aquí lo tenéis todo explicado. —Le entregó una carpeta roja.

Capítulo 17

SIN PERDER TIEMPO

Al nuevo grupo les había tocado como proyecto escribir una sección para el periódico local de la Villa y lo cierto era que no les parecía una tarea nada sencilla. Y menos aún cuando su tutor, el profesor Petrus Plancius, andaba desaparecido.
—Es extraño, ese profesor todavía no nos ha dado ninguna clase, ni tampoco estuvo en la sesión de bienvenida del principio del verano —recordó Sara—. A lo mejor ni existe —exageró.
—¿Alguien lo ha visto alguna vez? —preguntó Leo.
—Debe de ser un nuevo fichaje —comentó Óscar—. Yo llevo viniendo muchos veranos y nunca he conocido a un profesor con ese nombre.
—¡Yo sí le he visto! —dijo entonces Becky—. Me recibió el día que llegué al colegio y me dio la llave de mi habitación.
—Qué raro, a mí me recibió una mujer —Leo le miró confuso—, me dijo que era la portera.
—Y a mí también —comentó Sara mientras asentía con la cabeza—, una tal Benilda.
—Ja, ja, ja, Benilda siempre escaqueándose…—comentó Óscar, divertido—. Becky, seguro que cuando tú llegaste, Benilda había aprovechado para ir la Villa y cogió por banda al tal Petrus Plancius para que le sustituyera. ¡Siempre hace lo mismo!

—¡Menos mal! Al menos ahora sabemos que existe —exclamó Sara.
—Existe, pero seguimos sin saber dónde está —puntualizó Leo.
—Tal vez esté en el lago. —Becky recodó las prisas del profesor por ver los patos—. Al parecer le encantan las aves.
—Vayamos entonces —dijo Leo sin pensarlo dos veces.
El día era soleado y a todos les pareció buena idea mirar en el lago, así darían un paseo y les daría un poco el aire fuera de los muros del castillo.
—¡Qué bonito! —dijo Sara abriendo mucho los ojos.
En la superficie del lago los nenúfares flotaban como barcas a la deriva, y varios patos surcaban sus aguas tranquilas. De vez en cuando, metían la cabeza debajo del agua para salir, después, con un puñado de algas colgándoles del pico.
—Ja, ja, ja, parece que han pescado un buen puñado de espaguetis vegetales. —Leo señaló hacia los patos.
—Sí, muchos patos, pero no veo al profesor ese. —Óscar miró en todas las direcciones.
—Busquemos un poco más —propuso Becky—, quizá esté en la otra orilla del lago.
La chica pensó que, si se hubiera traído el bañador, no habría dudado en lanzarse de cabeza y nadar un buen rato. Era algo que ese verano no estaba pudiendo hacer y lo echaba mucho de menos.
El grupo recorrió el camino de tierra que bordeaba todo el lago con la esperanza de encontrar a Petrus.
—¡Ni rastro! —Óscar se sentó en la hierba—. Yo me quedo aquí.
—¡Y yo! —Leo se tumbó a su lado y comenzó a tararear una canción—. ¡Oh! Me encantaría tener aquí mi guitarra. —Movió la mano sobre su tripa como si estuviera tocando acordes.
Mientras tanto las chicas no abandonaron la tarea de buscar al profesor.

—¡Petrus Planciuuus! —Becky se puso las manos alrededor de la boca, a modo de altavoz—. ¡Petruuus!
—¡Petruuus! —Sara hizo lo mismo—, ¡Petruuus!
En ese momento, algo se movió dentro de un seto.
—¿Se puede saber qué es todo este escándalo? —La voz llegaba desde el interior del matorral y daba la impresión de que era la propia planta la que hablaba.

Todos miraron extrañados hacia el pequeño arbusto.
—¡Silencio, por favor! ¡Que me vais a espantar a los patos! —Se oyó de nuevo la voz.
Un hombre rechoncho, de cuya ropa colgaban hojas y ramas, se abrió paso desde dentro del matorral.
—¡Petrus Plancius! —Pese a su camuflaje, Becky lo reconoció enseguida.
—¡El mismo! Y tú, ¿quién eres? —Se ajustó sus delicadas lentes—. Ah, sí, ¡hola, chica lechuza! —Se tapó la boca con la mano—. Quiero decir… ¿cómo te llamabas?
—¡Becky! —Rió al recordar que el día de su llegada también le había llamando así.
—Bien, Becky. —Se sacudió con la mano varias ramitas de su gorra de lana, y miró al resto del grupo—. ¿Por qué me buscáis?
De un brinco, Óscar y Leo se pusieron en pie.
—Le estamos buscando por lo de los proyectos —habló Leo sin dar muchas explicaciones.
—Usted es nuestro tutor para redactar un artículo para el periódico de la Villa —aclaró Óscar.

Nada más decirlo, el chico miró al profesor con desconfianza. Ese hombre no tenía pinta de periodista, a no ser que sus reportajes trataran sobre la vida de las aves o escribiera artículos sobre nuevas maneras de disfrazarse de arbusto.

Petrus Plancius le sostuvo la mirada, y pensó que aquel chico le miraba como un águila: de manera segura, atrevida y valiente.

—Chico águila… —empezó a hablar el profesor.

—Óscar —le interrumpió para decirle su verdadero nombre.
—Eso, Óscar, dime, ¿quién os ha dicho semejante cosa? —Se pasó las manos por la cara, un poco apurado—. ¡Qué barbaridad!, ¿un artículo para un periódico? Esto parece una broma.

—Nos lo ha dicho la profesora Ofelia —aclaró Óscar.
—Oh, sí, conozco a Ofelia cuello de cisne —murmuró el profesor, que a todo el mundo le ponía el nombre de un ave, y elevó la voz al afirmar—: Entonces me temo que esto va totalmente en serio.

—Sí, eso parece —dijo Becky por decir algo.

—Pero no lo acabo de entender. Yo no soy la persona más indicada para este proyecto. Yo soy un estudioso de las aves, un científico a tiempo completo. —Se quitó la gorra para rascarse la cabeza—. ¡No sé absolutamente nada sobre periódicos!

Óscar entornó los ojos: eso era justamente lo que se temía.

—Oiga, no se preocupe, que nosotros tampoco —dijo Leo, y sonrió de manera simpática.

—Pero tenemos estos documentos —Sara le tendió una carpeta de color rojo—, tal vez aquí encontremos algo de información.

—Bien pensado —dijo Petrus y la miró fijamente—. Tus pensamientos son rápidos como las alas de un colibrí…

—Me llamo Sara —aclaró antes de que se le ocurriera llamarla chica colibrí.

—Bien, Sara —repitió Petrus, y volvió a ponerse la gorra sobre la cabeza—. Hagamos una cosa. Me reuniré con vosotros en la atalaya, donde tengo mi despacho. —Sacó su reloj de bolsillo—. Nos vemos allí dentro de una hora. Si me disculpáis, tengo que terminar mi cometido.

Guardó su reloj y volvió a meterse dentro del arbusto.

Capítulo 18

CON VISTAS AL MAR

—Está claro que hoy nos vamos a recorrer todo el castillo —comentó Sara y desplegó el plano una vez más.
—¡Y sus alrededores! —Leo lo sujetó por una esquina.
—Eh, no hace falta que miréis el plano —intervino Óscar—. Yo os llevaré. Seguidme.
—Vaya, eres como un guía turístico —bromeó Becky—. ¿También sabes dónde encontrar la atalaya?
—Está al norte del patio de armas —aseguró Óscar—. Lo que me extraña es que allí haya un despacho; está en muy mal estado.
—Bueno, no será para tanto. Mira, no está marcada en rojo, luego no es zona prohibida. —Sara le mostró el mapa.
Aunque deteriorada, la atalaya era una de las torres más altas. Por eso el profesor Petrus Plancius había querido instalar allí su despacho: desde las alturas, podría ver volar las aves como si él mismo estuviera entre las nubes.
Una vez cruzaron el patio de armas, Óscar les guió hasta las escaleras que conducían a la atalaya.
—No creo que venga mucha gente por aquí. —Sara apoyó el pie en un peldaño medio roto—. Tal vez somos los primeros en visitarle.
El acceso hasta el despacho de Petrus Plancius era incómodo y peligroso. Había que subir por una estrecha y empinada escalera de caracol que estaba medio rota. Sujeta a la pared, una cuerda gruesa te invitaba a agarrarte para evitar una mala caída. Aunque, en realidad, el riesgo de resbalar seguía presente por la multitud de charcos que creaba la humedad.
Nadie se explicaba cómo el rechoncho profesor era capaz de subir hasta allí, al menos, una vez al día.
Cuando llegaron hasta el despacho, el profesor ya estaba allí. Había cambiado su disfraz de hojas por un elegante traje de rayas, con chaleco a juego, del que colgaba su reloj de bolsillo.
—Adelante, adelante —dijo, de espaldas, sin dejar de mirar por una ventana.

Desde la atalaya, el profesor podía contemplar el océano. Por suerte, ese día, el mar estaba en calma y una gran extensión azul, como una pradera de agua, era el escenario ideal para estudiar el comportamiento de un grupo de gaviotas.
Aunque no siempre podía disfrutar de esas privilegiadas vistas. En los días de tempestad, toda la furia de las olas luchaba por inundar el despacho del profesor, que debía ser rápido en cerrar bien la ventana y poner a buen recaudo las notas de sus investigaciones.
—Ejem —carraspeó Óscar—. Somos nosotros. Quiero decir, los de antes… el grupo del periódico.

—Oh, sí, sí. —Petrus Plancius se empujó las gafas y se giró para hablarles—. He estado pensando que, para el artículo del periódico, os doy carta blanca.

—¿Carta blanca? —Becky arrugó la nariz—. ¿Qué quiere decir eso?

—Quiere decir que podéis hacer lo que queráis. Sois libres —dijo y abrió los brazos de manera

exagerada—. Tenéis mi permiso para salir del castillo e ir en busca de noticias.

—Suena bien eso de hacer lo que queramos —asentía Leo mientras miraba a sus compañeros.

—Ya, pero ¿qué tipo de artículo podríamos escribir? —dudó Becky, que solo estaba habituada a mirar la sección de pasatiempos.

—¿Qué os parece si os decantáis por un artículo de investigación? —propuso el profesor.

—¿Y eso cómo se hace? —quiso saber Leo.

—Se trata de buscar la verdad de un hecho no resuelto —comentó Petrus Plancius y encogió los ojos al decir—: Tal vez podríais encontrar un misterio y resolverlo.

Becky sintió que una oleada de calor le subía por la cara. La palabra misterio la había trasladado hasta el armario de su habitación, hasta el doble fondo donde había descubierto el enigmático cuaderno.

Se quedó pensando.

Tal vez podría ser una buena idea que lo resolvieran entre todos, se dijo, aunque como no sabía de qué misterio se trababa, tampoco estaba segura de que fuera buena idea publicarlo en un periódico.

Rápidamente negó con la cabeza al recordar las palabras: «solo en quien confíes de verdad». Becky se abanicó con la mano mientras escudriñaba a sus compañeros. ¿Podía realmente confiar en ellos?

Sara permanecía muy concentrada escribiendo algo en la libreta. Mientras tanto, Leo miraba aburrido las paredes del despacho, actitud que contrastaba con la de Óscar, que parecía entusiasmado. Sin duda, le encantaba poder investigar lo que quisieran y, sobre todo, le fascinaba la idea de poder entrar y salir del castillo sin tener que pedir permiso.

—A no ser, claro, que optéis por el periodismo científico. Tal vez prefiráis hacer una investigación sobre los ritmos circadianos estacionales de los patos colorados, o sobre su distribución geográfica y migraciones… —propuso entonces el profesor rompiendo el silencio.

—¡Nooo! —soltó Leo.

Todas aquellas ideas sobre ritmos, geografía y migraciones le parecían muy aburridas.

—No se preocupe, nos parece estupendo que nos dé carta blanca —contestó Becky en nombre de todos.

—Seguro que encontraremos una buena noticia. —Sara cerró su liberta.

—Algo investigaremos, descuide —añadió Óscar.

—Perfecto, perfecto, así me gusta, que aceptéis retos —asentía Petrus Plancius—. Solo una cosa

más —dijo levantando el dedo índice y señalando una pequeña pizarra en una esquina del despacho—. Un consejo.

Leo siguió con la mirada el dedo del profesor.

—¿«La verdad vuela junto a la libertad»? —dijo Leo en voz alta las palabras escritas con tiza para acto seguido ponerse a silbar—. Parece el título de una canción.

A Petrus Plancius le pareció que aquel chico no solo tenía una gran imaginación sino que llevaba la alegría de la música en su interior.

—No es ninguna canción, chico-ruiseñor.

—Se llama Leo —se apresuró a decir Sara.

—Gracias por la aclaración. Intentaré acordarme de vuestros nombres —les aseguró—. Aunque si me los pudierais repetir otra vez, estaría muy bien porque tengo que hacer una cosa.

El profesor fue hasta su mesa, abrió un cajón y sacó una cuartilla donde anotó el nombre de los cuatro alumnos.

—Dejaré esta autorización en portería. —Garabateó su firma en la parte de abajo.—. Así no me tendréis que molestar, quiero decir... buscar, en caso de que necesitéis permiso para salir del castillo.

—¡Genial! Muchas gracias —habló Óscar.

—Vale, pero ¿qué quiere decir su consejo? —insistió Leo, que había dejado de pensar en sus canciones.

—Oh, sí, estábamos con el consejo. —Se acercó hasta la pizarra y les habló sin dejar de mirar la frase—. Significa que no podréis llegar hasta la verdad de algo si no lo observáis en libertad, en su entorno, porque ambas cosas van unidas: la verdad y la libertad.

El profesor se giró y continuó hablando:
—Al igual que yo no podría estudiar el comportamiento de las aves si, en vez de dejarlas libres, me dedicara a enjaularlas. —Se empujó la gafas y los miró fijamente—. ¿Lo entendéis?

Todos asintieron pensativos y se despidieron del profesor.

Mientras bajaban la escalera, Óscar y Becky iban comentando preocupados qué tipo de artículo podrían escribir. Aunque Petrus Plancius les había dado un consejo y orientado hacia el periodismo de investigación, seguían sin saber por dónde empezar.

Al llegar abajo, se quedaron un rato más hablando.

—No nos preocupemos tanto, que seguro que más adelante se nos ocurre algo —dijo Leo con su optimismo habitual.
—Si te digo la verdad, prefiero que nos pongamos manos a la obra cuanto antes —dijo Becky—,

¿qué podríamos hacer ahora?
—Ahora, ahora —Óscar consultó su reloj—, tenemos que volver a clase.
—Me refiero a que dónde buscaremos una noticia o algo para hacer un artículo —aclaró la chica.

—No sé —Óscar se encogió de hombros—, pero ya que podemos salir del castillo a nuestro antojo, propongo ir a la Villa esta tarde —opinó—. No sé si encontraremos alguna buena idea para escribir ese artículo, pero en el quiosco hay unos helados deliciosos.

—¡Me sumo a tu propuesta! —dijo Becky, que estaba deseando salir del castillo.

—¿He oído helados? —intervino Leo, relamiéndose.

—Sin duda es un buen plan —dijo entonces Sara—, pero no sé si podré acompañaros. Esta tarde tengo la tarea de repartir las cartas del colegio habitación por habitación…

—¿Eres tú la *cartera real*? —Óscar hizo una reverencia al pronunciar las últimas palabras.
—Eso parece. Aunque no me hace mucha gracia, la verdad —reconoció Sara.
—¡Pero si ser la *cartera real* es una suerte! —aseguró el chico—. Llevo años deseando que me tocara a mí.
—¿Ah, sí? Bueno, ya te contaré qué tal me va hoy —dijo Sara, sin mucho entusiasmo.

—¿A qué hora terminas? —quiso saber Becky.

—No lo sé, depende de cuántas cartas haya y sobre todo de cuántas veces me pierda por el castillo —bromeó Sara, y se llevó de inmediato la mano al bolsillo para comprobar que su plano seguía ahí.

—Hagamos una cosa —dijo Leo, que no quería perderse el helado—. Vamos nosotros tres a la Villa, y luego en la cena te contamos si hemos averiguado alguna noticia.

—Vale. Llevaos mi libreta por si necesitas apuntar. —Sara le entregó su cuaderno a Becky.

Becky lo cogió sorprendida. Aquel era el segundo cuaderno ajeno que acababa en su poder.

Aunque ambos eran muy distintos: el de Sara era nuevo y solo tenía una hoja escrita y el de los guardianes del castillo era antiguo y, por lo que había podido ver, parecía que no tenía ni una sola página en blanco.

Capítulo 19

COBERTIZO

Benilda miraba una y otra vez el reloj de pared en un intento de que el tiempo pasara más rápido.

—¡Y todavía son las cinco! —se quejó la mujer mientras cerraba de golpe «La Villa Magazine».

Esa tarde se le estaba haciendo muy larga y aburrida. Ni siquiera las noticias de su periódico favorito habían conseguido distraerla. No dejaba de pensar en que tenía que pasar por la mercería, recoger un encargo para las directoras y visitar a una amiga que estaba enferma.

Sin embargo, y pese a que tenía su bicicleta preparada para salir pitando hacia el pueblo, no le quedaba más remedio que posponer sus planes: no había conseguido convencer a nadie para que la sustituyera en la portería.

Resignada, sacó las agujas de tricotar de una bolsa. Cambiar de actividad siempre le había resultado estimulante.

Encendió la radio y retomó una colorida bufanda. El ruido de las agujas chocando entre sí se confundían con la voz del locutor.

No habían pasado ni diez minutos cuando tres alumnos irrumpieron en la portería y la sacaron de sus labores.

—¿Y decís que tenéis permiso para salir? —Benilda clavó las agujas en una esponjosa madeja y se levantó.
—Sí, de nuestro tutor: el profesor Petrus Plancius —dijo entonces Becky.
—Ah, sí, vino antes y me dejó una nota. Parecía muy atareado —dijo un poco molesta al recordar que se había negado a sustituirla.
—Pues igual sí que tenía muchas cosas que hacer… —Becky se encogió de hombros.
—Dejadme un momento que busque la nota. —Benilda revolvió los papeles de su mesa—. A ti te conozco, Óscar, pero vosotros ¿cómo os llamáis?
—Somos Leo y Becky —contestó la chica.
—Sí, efectivamente, aquí están vuestros nombres y también el de una tal Sara. —La mujer levantó la vista del papel.
—Sí, pero Sara no viene. Tiene que repartir las cartas —aclaró Becky.
—Ah, sí, es verdad, la cartera se llama Sara. Pues hoy tiene un montón de faena. El buzón está a rebosar —dijo Benilda y cambió de tema—: ¿Dónde decís que vais?
—A la Villa —se apresuró a decir Óscar, muy sonriente.
La mujer les miró de reojo sin poder disimular su envidia.
—Me temo que no vais a poder ir —dijo Benilda levantando la barbilla—. Los lunes no hay bus para bajar al pueblo. Este año solo hay uno a la semana: los domingos.
—Pero ayer fue domingo y no hubo autobús —cayó Óscar en la cuenta.
—El servicio de autobús ha sido contratado a partir del próximo domingo —Benilda se encogió

de hombros—, por el tema de ahorrar.
La distancia entre el castillo Wilance y la Villa era de apenas unos tres kilómetros y, aunque se podía hacer perfectamente a pie, durante todos los años anteriores las directoras habían contratado un servicio de minibuses para llevar y traer a los alumnos. No querían que nadie se desorientara por las colinas y acabara vete a saber dónde. Sin embargo, ese verano y debido a la falta de dinero, las cosas habían cambiado.

—Bueno, no pasa nada, iremos andando —habló Óscar—. Conozco perfectamente el camino. Este es mi tercer verano en el Wilance.
—Lo sé, lo sé —asintió Benilda—. Está bien, pero tampoco vayáis a regresar muy tarde, ¿eh? —dijo mientras caminaba hacia la puerta—. Yo a las siete me marcho, que una no puede estar aquí día y noche.
—Descuide, ¡no nos perderíamos la cena! —Leo movió la mano sobre su estómago con la esperanza de que fuera algo más copiosa que la comida y el desayuno.
En cuanto atravesaron las murallas del castillo, Becky comenzó a sentirse más y más libre. Atrás quedaba el colegio Wilance, sus clases, sus horarios y sus normas.

La chica no dejaba de mirar el paisaje. Todo era nuevo para ella: el camino hacia la Villa, las praderas de amapolas, el bosque…

—Anda, ¿qué es ese cobertizo? —Señaló, a lo lejos, una cabaña hecha de troncos.
—Ahí vive el jardinero del castillo —dijo Óscar mientras seguía a la chica, que ya había puesto rumbo a la cabaña.

Después de atravesar un sendero de piedras y saltar por encima de un pequeño arroyo, llegaron a la casa del jardinero.
—¡Hay un invernadero! —Becky se asomó a la parte de atrás, donde también había rastrillos, carretillas y palas.
—¡Espera! Yo que tú no me asomaría demasiado —le advirtió Óscar—. El jardinero tiene un…
Óscar no pudo acabar la frase.
Becky ya no le escuchaba.
Toda su atención estaba en otra parte.
Un enorme lobo gris se acercaba hacia ella.
—¡No nos habías avisado de estos peligros! —Becky le miró asustada.
—¿Eso es?… ¿eso es?… —Leo comenzó a andar hacia atrás—, ¿eso es lo que creo que es?
—Tranquilos, no os mováis —aconsejo Óscar.
Pero Becky seguía sin atenderle. La chica solo veía los enormes colmillos, las fuertes garras y los ojos amarillos del animal mirándola fijamente.
Un aullido resonó como un trueno.
El animal empezó a correr.
—¡¡Huyamos!! —chilló Leo con todas sus fuerzas.
Óscar, sin embargo, se quedó quieto frente al animal.
—¡¡¡Venga, Óscar, no te quedes ahí, corre!!! —le azuzó Becky, que veía cómo el lobo se iba a abalanzar sobre él de un momento a otro.
Sin embargo, Óscar hizo algo totalmente inesperado.
—¡Ey! ¡Ven aquí, Braco! —le dijo de manera cariñosa.
Óscar se puso en cuclillas y pasó su mano, una y otra vez, por la enorme cabeza del lobo.

—¡Eso es, Braco, buen lobo! —le iba hablando—. Veo que no te has olvidado de mí en todo este año.
—¿Cómo? ¿Lo conoces? —Becky había dejado de correr y contemplaba la escena, muy extrañada.
—No le tengáis miedo —Óscar les habló desde lejos—. Aquí donde lo veis, y bajo esta apariencia de lobo salvaje, Braco es un buenazo. ¡Venid!
—Pero ¿estás loco? —Leo se llevó las manos a la cabeza—. Es un lobo, ¡un lobo de verdad!
—¿En serio podemos acercarnos? ¿No nos hará nada? —Becky dio un par de pasos.
—Créeme, no te hará nada. —El animal no paraba de lamer la mano de Óscar—. Está casi domesticado. El jardinero lo encontró cuando era un cachorro. Estaba en los huesos y a punto de morir. Su manada lo había abandonado junto al arroyo.
—Ohhh… es una historia muy entrañable —dijo Leo desde lejos—, pero yo no pienso ir.
Becky sintió curiosidad y, con pasos cortos, se fue acercando cada vez más.
—Pon la palma de la mano hacia arriba —le aconsejó Óscar y sujetó su brazo.
—¿Así? —dudó Becky mientras el lobo se acercaba.
El animal pasó un rato olisqueando su mano y después le olió la ropa. Becky, poco a poco, se iba tranquilizando. La chica se sintió totalmente confiada cuando el lobo se tumbó a sus pies.
—Creo que le has caído bien —dijo Óscar—. Venga anímate a acariciarlo, es muy suave.
Becky se atrevió a pasar la mano por el lomo del animal. Su respiración era pausada y confiada y su pelaje gris brillaba como la plata.

—Ahora ya te reconocerá siempre —aseguró Óscar.
—¡No me lo puedo creer, he tocado a un lobo! —Becky estaba entusiasmada.
Óscar sonreía ante su ilusión.
—Venga, ahora volvamos con Leo.
Óscar y Becky se pusieron uno a cada lado del animal y lo abrazaron. El lobo, en muestra de agradecimiento, les dedicó un largo aullido que, esta vez, sonó a despedida.

—Ahora entiendo por qué el colegio prefiere que los alumnos vayan a la Villa en autobús —replicó Leo—. ¡Ese lobo es un peligro!
—Bah, tontadas, Braco no es agresivo —repuso Óscar.
—Bueno, bueno, por si acaso vayamos más rápido a la Villa. —Leo se volvía a cada rato para comprobar que el animal no les seguía—. Ahora más que nunca necesito ese helado que decías antes.
—Una cosa, Óscar —Becky caminaba a su lado—, ¿cómo es que también conoces al jardinero y a su lobo?

—Te dije que podía contarte un montón de cosas divertidas del Wilance. —Óscar sonrió.
—¿Hay algo que no sepas del castillo? —Becky lo miró intrigada; ese chico era una caja de sorpresas.
—Durante todos los veranos que he venido al castillo, lo he estado recorriendo y sabría llegar hasta casi cualquier lugar por caminos desconocidos —iba comentando Óscar.
—Doy fe de eso —añadió Becky recordando el día que se colaron en el salón real por una diminuta puerta.
—Sin embargo, desconozco sus historias. Puede que entre sus muros hayan pasado cosas que ni imaginamos. —Óscar se puso misterioso—. ¿Creéis que siempre ha sido un internado?

—¡Qué idea! —Leo chasqueó los dedos—. ¡Eso nos podría venir genial para nuestro artículo del periódico!
—¿A qué te refieres? —Óscar lo miró extrañado.
—¿Y si ahora que vamos al pueblo preguntamos a la gente por alguna historia del castillo? Podríamos hacer una especie de investigación —propuso Leo—. Ellos siempre lo han tenido cerca y seguro que saben cosas.
—Sobre todo la gente más mayor… Tal vez podríamos hacer un artículo sobre el pasado castillo —se entusiasmó Óscar.
—Me parece una excelente idea. Si os digo la verdad, a mí también me intriga mucho el pasado del Wilance —dijo Becky pensando en el diario.

Capítulo 20

VISITA A LA VILLA

La tarde era soleada y la plaza se había convertido en un animado lugar de encuentro, donde los habitantes de la Villa disfrutaban de la conversación y compañía de sus vecinos.
—Vamos rápido al quiosco —propuso Óscar—. ¡Antes de que se acaben los helados!
—¡Yo me tomaré dos! ¡Que tengo que recuperarme del susto! —Leo se puso en la fila rápidamente.
La cola para comprar un helado daba la vuelta a la plaza, pero, por suerte, todavía quedaban cucuruchos y helados de varios sabores cuando les llegó su turno.
Becky se pidió un helado de frambuesa, Óscar quiso uno de coco y Leo optó por dos helados de chocolate.
—Umm… Ha merecido la pena esperar —dijo Leo con la boca manchada—. Estaban buenísimos, aunque ahora estoy muy lleno. —Se pasó la mano por la tripa y se dejó caer en un banco—. Ya no puedo comer nada más.

—Sí, ha merecido la pena. —Becky se sentó a su lado—. Aunque hemos estado tanto tiempo en la fila que ahora casi no tenemos tiempo para preguntar a la gente —les advirtió—. Ya habéis oído a Benilda: a las siete se iba.

—¿Y si comenzamos ya? —Óscar señaló con el dedo hacia la muchedumbre—. Tenemos dónde elegir.

—Bien pensado, pero será mejor que aprovechemos el tiempo al máximo. —Leo se pasó la mano por la boca—. Tal vez deberíamos separarnos y hacer cada uno nuestras propias averiguaciones.

—Vale. Nos reuniremos aquí, en este banco, dentro de… —Becky consultó su reloj—, ¿media hora os parece bien?

—Supongo que será suficiente. ¡Hasta entonces! —Leo se levantó y miró en derredor buscando a quién dirigirse.

Enseguida se encaminó hacia una mujer de cara amable que empujaba un carrito de la compra por el que asomaban un manojo de espinacas y una barra de pan.
—Buenas tardes —saludó Leo, y miró hacia el carro.
Si no hubiera sido porque no podía comer nada más, el aroma a pan recién hecho le habría hecho salivar.
—Majo, buenas sean. —La mujer sonrió ampliamente—. Tu cara no me suena. Eres forastero, ¿no?

—Sí —dijo Leo—. ¿Podría hacerle algunas… ?
—Ay, seas bienvenido —le interrumpió la mujer—. ¿Sabes? Aquí, en este pueblo, somos muy acogedores.

La mujer, sin dejar de hablar, abrió su carrito.

—Mira, vengo de la panadería de la Juli, la que está dos calles más allá. Mira, prueba esto. —Le ofreció un esponjoso bollito—. Es de coco y está recién hecho.

—Muchas gracias. —Leo sujetó el bollo en la palma de su mano como si fuera un delicado pajarillo.

—Venga, come, majo, come —le insistía la mujer empujándole la mano.

—Lo comeré más tarde. Ahora acabo de tomarme dos helados. —El dulce todavía estaba caliente, pero Leo prefirió guardarlo.

—Estupendo, majo, como quieras. Este pueblo es una maravilla para hacer turismo. ¿Llevas mucho por aquí? —La mujer de cara amable no paraba de sonreír—. ¿Has venido con tus padres?

—¿Con mis padres? No, qué va. Estoy en el Wilance. —Leo se lanzó a preguntar—: ¿Sabe alguna historia del castillo?

En ese momento, los ojos de la mujer se encogieron hasta convertirse en dos afiladas rayas y su sonrisa se encogió hasta reducirse a un punto sobre su barbilla.

—Bueno, tengo prisa —dijo la mujer, y le quitó bruscamente el bollito.

Leo se quedó en mitad de la plaza, con la mano extendida y tan vacía como un nido abandonado.

Aunque, en realidad, lo de menos era la pérdida del bollito de coco. Ahora una insistente duda sobrevolaba su mente: ¿por qué había reaccionado así esa mujer?

Mientras tanto, Becky abordaba a un anciano. Estaba sentado en una mecedora, muy cómodamente, en el porche de su casa. Con su mano nudosa, acariciaba a un gato mientras, un poco más allá, una mujer que llevaba el pelo recogido en una larga trenza, barría el suelo del porche con una escoba de paja.

Becky vio la excusa perfecta para ponerse a hablar con el hombre, y subió los peldaños hasta el porche.

—Qué gato más bonito —dijo Becky—. ¿Es suyo?

—Sí es bonito, sí —dijo el anciano, y se puso a hablar con el animal—. Anda, saluda a esta chica tan simpática—. Le cogió una patita y se la movió a los lados a modo de saludo.

—¿Podría hacerle unas preguntas? —Becky sacó el cuaderno y desenfundó el bolígrafo.

—¿Que si puedes hacer qué? —El anciano se puso la mano detrás de la oreja.

La mujer que estaba barriendo se giró hacia Becky y, después de retirarse hacia un lado su larga

trenza, se señaló varias veces una oreja, como dando a entender que el anciano no oía bien.

—¡¡Que si puedo hacerle unas preguntas!! —chilló entonces Becky.

—Claro, majeta, lo que necesites —dijo el anciano y se dio impulso con los pies para mover su mecedora—. Pero llámame de tú. —Le dio unas cariñosas palmadas a en el brazo—. Me llamo Rodoberto.

—Mi nombre es Becky —se presentó la chica.

—¿Qué dices del Betis? —Se estiró la oreja.
—¡Que me llamo Becky! —chilló con todas sus fuerzas.

Varias personas, alertadas por el grito, se giraron hacia la chica.
—Aaah, majeta, pensé que me hablabas de fútbol, ¡ja, ja! —El anciano comenzó a reírse tanto que daba botes en la mecedora mientras el gato, sobre su regazo, subía y bajaba al ritmo de sus carcajadas.
Becky no pudo evitar acompañar su risa, era realmente contagiosa.
—Y, bien —dijo el anciano mientras se secaba las lágrimas de la risa con el dorso de mano—, ¿me ibas a hacer unas preguntas?
—¡Sí, eso es! —Becky asintió varias veces.
—¡Adelante entonces! —El anciano levantó un dedo y dijo—: Pero habla alto y claro, ¿eh? Que si no…ja, ja, ja, entenderé cualquier otra cosa.

—¡Vale! —Becky hablaba a voz en grito—. ¿Sabes alguna historia sobre el pasado del Wilance? —Soltó sin perder más tiempo.

De golpe, el anciano paró la mecedora con los pies. El gato maulló amargamente y saltó del regazo hasta el suelo.

—Jovencita —dijo muy serio—, hay preguntas que espantan hasta a los gatos. Y, ahora, si me permites, entraré en mi casa a por una chaqueta. Empieza a refrescar.

—¡Aurora! —llamó a la mujer que estaba barriendo—. Ayúdame, anda, y acércame el bastón.

Al poco, se oyó el estruendo de un sonoro portazo.

Becky se quedó paralizada, sin saber reaccionar. Al cabo de unos segundos, miró a la tal Aurora, buscando en ella una explicación. Sin embargo, la mujer de la escoba esquivó su mirada y continuó barriendo.

Sin más opción que irse de allí, Becky susurró un adiós y comenzó a bajar los pocos peldaños que separaban el porche de la calle.

Antes de encaminarse hacia la plaza, la chica se giró para mirar una vez más el porche.

Aurora había dejado de barrer y la miraba fijamente desde lo alto. Al sentirse observada, la mujer se sobresaltó y continuó su tarea.

Capítulo 21

TRAZAR UN PLAN

Durante la cena, en la cabeza de Becky aún resonaba el portazo que aquel anciano había dado antes de desaparecer tras la puerta de su casa. La chica no dejaba de preguntarse por el motivo de aquella desagradable reacción. Lo que resultaba evidente era que el simpático anciano se había transformado en alguien malhumorado al escuchar la palabra «Wilance».

—Pero ¿por qué? —se extrañó Sara al acabar de escuchar toda la historia—. No lo entiendo.

A Óscar y a Leo también les había pasado algo parecido.

—¡Hasta me quitó el bollo que tan amablemente me había dado! Con lo bien que me hubiera venido ahora —se quejó Leo mirando de reojo una horrenda papilla de plátanos que alguien les había preparado como postre.

—A mí directamente me dieron la espalda… —recordó Óscar su fallido intento de obtener información—. Y ahí me quedé, como un pasmarote. ¡Menudo corte!

—A los tres nos dejaron de hablar en cuanto quisimos saber más acerca del Wilance —concluyó Becky.

—Todo sigue el mismo patrón —asentía Sara—. Algo ha debido de pasar entre la Villa y el Wilance.

—Tienes razón —Becky se limpió con la servilleta antes de decir—: Y propongo averiguar de qué se trata.

—¿Creéis que esto podría convertirse en nuestra noticia para el periódico? —fantaseó Óscar.

—Tal vez, pero necesitaríamos más información. —Leo hizo una mueca y apartó el puré de plátanos—. Y yo paso de volver a la Villa para preguntar, solo volvería a por un helado.

En ese momento, Casandra llegaba al comedor. Parecía un poco apurada, pues casi todo el mundo iba ya por el postre. Al pasar junto a la mesa de Becky, su compañera dejó una estela de olor a mar, y Becky no pudo evitar pensar en la libertad del verano.

—Es una pena que no tengamos los móviles —dijo entonces, volviendo a la conversación—, ¡ni manera de conectarnos a internet!

—Están los ordenadores de la sala de informática —comentó Óscar—. Podríamos ir y buscar cosas sobre el castillo.

—Pero hasta el próximo sábado no volvemos a tener informática. —Sara sacó de su bolsillo el horario de clases—. Y, mientras tanto, ¿qué hacemos?

—Es mucho tiempo sin poder avanzar. Además, durante las clases nos fríen a tareas… —opinó Becky.

—A lo mejor Petrus Plancius nos puede ayudar —se le ocurrió a Sara—, para algo es nuestro tutor.

Capítulo 22

SIN MÁS REMEDIO

No fue hasta el miércoles por la tarde cuando lograron hablar con el profesor Petrus Plancius. Un tremendo vendaval se había levantado a primera hora de la mañana y había persistido durante todo el día, por lo que nadie pudo salir del castillo. Se suspendieron las clases de deporte, no llegó el correo ni el camión de reparto y, ese día, ni siquiera Benilda pudo ir a trabajar desde el pueblo.

Tampoco el profesor había podido acudir a su cita con los patos colorados. Sentado en su escritorio, Petrus Plancius había guardado sus apuntes y se dedicaba ahora a lamentarse del mal tiempo. El fuerte viento golpeaba la atalaya, y las olas salpicaban la torre dejando estelas de sal entre sus piedras.

Cuando Becky, Óscar, Leo y Sara llegaron a su despacho, el hombre se sobresaltó.
—¡Ah, sois vosotros! —dio un bote en la silla y se llevó una mano al pecho—, no esperaba a nadie.
—Buenas tardes —dijo Becky sonriente.
—¿A esto le llamas tú buenas tardes? —Petrus Plancius señaló la ventana con un gesto de barbilla.

—Veníamos por una cosa del trabajo en grupo —habló Óscar ignorando el comentario acerca del mal tiempo.
—Oh, sí, el trabajo. Me he preguntado muchas veces cómo lo lleváis… —disimuló—. Contadme, contadme.¿Ya sabéis sobre qué vais a escribir?
Les hizo un gesto con la mano para que se situaran frente a su mesa.
—Pensábamos hacer un artículo sobre el pasado del castillo —fue Sara la que contestó.
—Bueno, puede ser interesante, sí. —Se empujó las gafas antes de preguntar—: ¿Es el pasado el camino hasta el presente? —Se puso filosófico.
—Esa pregunta es un poco chunga, ¿no? —dijo Leo un poco a la ligera y miró al resto de sus compañeros.

—Pensadlo. —Asintió Petrus varias veces—. Pensadlo.
—Bueno, nosotros lo que queríamos era pedirle una autorización para poder usar los ordenadores —dijo entonces Óscar.
—No hace falta que paséis el trabajo a ordenador. —Movió la cabeza hacia los lados—. Sirve con que lo entreguéis a mano, en hojas normales. Luego será el propio periódico quien lo edite, no os preocupéis.

—Oh, no, no se trata de eso —aclaró entonces Sara—. Es que queremos buscar información en internet.
—Me temo que ese permiso no os lo puedo dar. Y no es porque yo no quiera, pero las directoras no estarían de acuerdo en que tengáis vía libre a internet. Son sus normas —aseguró Petrus Plancius—. ¿Alguna otra cosa?

—No, bueno, gracias igualmente —dijo Becky, de manera educada.
El grupo se despidió del profesor. Todos bajaron por la escalera de caracol en silencio y bastante decepcionados. Se habían aventurado a ir al despacho, en medio del fuerte viento, y no habían conseguido nada.
Después de cruzar a toda pastilla el patio de armas, llegaron al *hall*. Esa tarde estaba vacío, pues la mayoría de los alumnos permanecían en sus habitaciones o en la sala de recreo, donde pasaban el rato con juegos de mesa.
Óscar miró hacia los lados y les habló:
—Tenemos que ir a la sala de ordenadores por nuestra cuenta… —les susurró—. ¿Qué os parece esta noche, cuando todos duerman?
—¿Alguien tiene una linterna? —preguntó Becky, dispuesta a seguir el plan.
—¿Crees que me he dedicado a recorrer el castillo a oscuras? —Sonrió Óscar.
—¡Genial! —Becky reprimió un aplauso.
—Una cosa. —Leo levantó el dedo pidiendo permiso para hablar—. Igual es mejor que no vayamos todos. Cuanto menos ruido hagamos, mejor.
—Yo quiero ir… —confesó Becky, pero luego pensó en Casandra—. Aunque mi compañera de habitación es un poco rara y, si se despierta por la noche y no estoy, sería capaz de inventarse cualquier cosa sobre mí.

—Vaya, lo dices muy convencida, ¿has tenido algún problema con ella? —Sara fue rápida en deducir.

—Sí, pero creo que ya está solucionado —dijo Becky, con cierta esperanza.
—Me alegro. Aunque, si necesitas algo, puedes contar conmigo. —Sara apoyó la mano en su hombro.
Becky esbozó una sonrisa, Sara estaba siendo muy generosa y sincera al ofrecerle su ayuda.
—Yo estoy en la habitación con Andrés —intervino Óscar retomando la conversación—. Duerme como un tronco y ronca como un león, pero no deja de ser un riesgo que se despierte en mitad de la noche.
—Yo comparto habitación con Lucía —dijo Sara.
—Me temo que todos estamos en la misma situación —observó Leo—. Yo estoy con Mario.
—Sí, todos nos jugamos el que nos pillen y nos delaten —resumió Óscar.
—Entonces, lo echaremos a suertes —propuso Sara.
La chica sacó su libreta, arrancó una hoja, escribió los números del uno al cuatro e hizo bolitas de papel.

—Coged una. —Abrió las manos—. Quienes saquen los números pares irán esta noche a la sala de informática.
Becky cerró fuerte los ojos y extendió la mano para coger un papelito. Pese al riesgo que suponía que le pillaran, estaba deseando hacer esa excursión nocturna.
—El cuatro —anunció Becky en cuanto abrió los ojos y desplegó el papel.
—Y yo, el dos —susurró Leo acto seguido.
—No deben pillaros, ¿vale? —Óscar los miró muy serio.
—Oh, yo pensaba que sí, que debían pillarnos — bromeó Becky queriendo quitarle gravedad al asunto.
—Je, je, muy graciosa —bromeó Óscar.
—Bien, entonces, ¿cuál es el plan? —quiso saber Leo.

—Podríamos quedar a las doce en punto —propuso Becky—. Supongo que a esa hora nuestros respectivos compañeros de habitación ya se habrán dormido.
—De acuerdo, pero ¿cómo vamos a llegar hasta ahí? Por la noche apagan las luces y solo tenemos una linterna —recordó Leo.
—No os preocupéis, os traeré uno de los candelabros que adornan las chimeneas del castillo —dijo Óscar—. Total, no los usan para nada.
—Sí, uno de los tantos que hay… —recordó Becky la recargada decoración de la biblioteca.
—Becky, antes de las doce habré dejado en la puerta de tu habitación un candelabro y cerillas. Después iré a la habitación de Leo y dejaré la linterna en la puerta —explicó Óscar.
—Pero ¿cómo volverás tú después hasta tu habitación? —se preocupó Becky.
—No te preocupes por eso, caminaré a oscuras —aseguró Óscar—, conozco bien el camino.
—Entonces, Becky, te espero a las doce en el patio de armas. —Leo se giró hacia la chica—. Y desde allí vamos juntos a la sala de informática.
—Chicos, anotad todo cuanto podáis. —Sara volvió a desprenderse de su cuaderno—. Cualquier pequeño detalle puede ser útil.

Capítulo 23

FUGITIVAS

En cuanto acabó de cenar, Becky se despidió de sus amigos y se fue directa a su habitación. Por suerte, su compañera aún no había llegado y pudo prepararlo todo para su fuga nocturna.

Rápidamente, Becky escondió su pijama, se quitó los zapatos y se metió vestida dentro de la cama, no sin antes comprobar que el plano del colegio seguía en el bolsillo de su vaquero.

Desde su cama podía ver el armario. Allí, en la balda más alta seguía el diario.
Varias veces estuvo tentada de levantarse, subirse en una silla y coger el misterioso cuaderno. ¡Tenía tantas ganas de leerlo! ¡Tantas ganas de adentrarse en esa aventura!

Sin embargo, no lo hizo. A los cinco minutos, Casandra apareció en la habitación.

Para entonces Becky ya había apagado las luces y aparentaba estar dormida. Incluso trató de fingir que roncaba para dar más credibilidad a su falso sueño.

De vez en cuando, la chica se cansaba de esa farsa y abría un poco los ojos. A través de la ventana, las nubes se movían lentamente arrastradas ahora por un perezoso viento. El tiempo, como esas nubes, también pasaba despacio.
Becky estaba deseando que llegaran las doce. Aunque, en realidad, no bastaba con eso: antes de abandonar la habitación, tenía que asegurarse de que Casandra estaba dormida.
En el silencio de la noche, los zumbidos del móvil de su compañera se oían con más claridad. Era evidente que no paraban de llegarle mensajes.
Sin embargo, Casandra parecía no estar enterándose: ni un solo ruido delataba que los estuviera leyendo ni tampoco respondiendo.
Becky dedujo que su compañera dormía a pierna suelta.
O, al menos, eso parecía.
A las doce menos diez, Becky se levantó despacio de su cama, cogió sus zapatos y salió sigilosamente la habitación. Después de calzarse, cogió el candil junto a su puerta y trató de encenderlo.
Tuvo que gastar varias cerillas hasta que la vieja lámpara prendió. Por precaución, guardó los fósforos usados en su bolsillo, no debía dejar pistas de su escapada nocturna.
De puntillas, atravesó el pasillo con cuidado de que el suelo de madera no crujiera.
El candil que Óscar había conseguido era muy viejo y, al parecer, hacía mucho tiempo que nadie lo había usado. Por eso, tal vez, su luz era tan débil que daba la sensación de que se iba a apagar de un momento a otro.
Con la mano que le quedaba libre, Becky trató de proteger la llama y caminó hacia la escalera.
Se dispuso a bajarla, pero apenas veía los peldaños. La chica se hubiera sentido más segura si hubiera podido agarrarse al pasamanos. Era consciente de que un paso en falso podría hacerla rodar escalera abajo.
Sin embargo, prefirió descender por el centro, donde el ruido de sus pasos quedaría sepultado por

la alfombra.

Una vez abajo, salió del recinto principal y se dirigió hacia el patio de armas. La puerta chirrió al abrirse, pero al parecer nadie lo oyó.
La chica salió a la noche.
La oscuridad solo se rompía por el leve resplandor de su candil. Del gran vendaval ya solo quedaba una ligera brisa y algunos charcos en el suelo, que Becky trató de evitar.

El suave viento jugaba con la llama del candil y la hacía oscilar como en un baile. También el viento movió el pelo de la chica, al mismo tiempo que un murciélago sobrevoló su cabeza.
Becky reprimió un chillido y, rápidamente, se protegió la cabeza con el brazo: no había cosa que más repugnancia le diera que esas ratas con alas que viven de noche como auténticas fugitivas.

Aunque, esa noche, ella misma era una fugitiva que se había escapado de su habitación.
Y, al parecer, no iba a ser la única.
En ese momento, en la habitación 713, Casandra encendía la linterna de su móvil.

Capítulo 24

ALGUNAS AVERIGUACIONES

Para alivio de Becky, el murciélago enseguida alzó el vuelo y desapareció entre las torres del castillo. Sin embargo, la chica no pudo evitar sobresaltarse de nuevo al sentir una mano sobre su hombro.

—¿Todo bien? —reconoció la voz de Leo.
—¡Uff! Sí, salvo por los murciélagos, hace una noche perfecta. —Apuntó con el dedo hacia arriba.
—Perfecta para ir al aula de informática. ¿Estás lista? —Leo señaló una puerta—. Desde aquí, solo tenemos que pasar esa puerta y subir dos pisos para llegar hasta la sala de ordenadores. Mira, es esa clase de ahí.

Una de las ventanas del aula de informática daba al patio de armas.
—Genial, pongámonos en marcha. —Becky levantó su candil—. Por cierto, me encanta tu pijama…
—Je, je, no he podido cambiarme, no quería despertar a Mario. —Leo estiró su camiseta y los *donuts* que recorrían su pijama se alargaron como si fueran de chicle.
En menos de tres minutos ya estaban en la sala de ordenadores. Aquello estaba resultando más fácil de lo que pensaban.
—Aquí tengo la libreta. —Leo sacó también un lapicero y luego decidió apagar la linterna.
—Mejor, apágala, sí. Y así la pila no se gastará. Tendremos suficiente con el candil. —Becky lo dejó sobre una de las mesas y enseguida presionó el botón de encendido de uno de los dispositivos.
El ordenador, al encenderse, rugió como un tigre.
—Madre mía, esto suena como mis tripas cuando tengo hambre —exageró Leo.
La luz de la pantalla iluminó la cara de Becky tiñendo su rostro de azul.
—Será mejor que vaya a correr la cortina —Leo fue hasta la ventana—, así nadie verá la luz de la pantalla.
Fue al acercarse a la ventana, cuando le pareció ver un bulto moverse en el patio de armas. Había cruzado tan rápido que a Leo no le había dado tiempo de ver qué era. ¿Acaso algún animal? El chico se frotó los ojos y volvió a mirar. ¿Sería el lobo? Negó enérgicamente con la cabeza tratando de apartar ese pensamiento. Cuando volvió a mirar, todo estaba en calma. Tal vez, se dijo, había sido producto de su imaginación.
Mientras tanto, Becky había abierto el buscador de internet y tecleado «Castillo Wilance».
—Eh, ven aquí, Leo —susurró entonces Becky—. Con esta búsqueda, hay por lo menos treinta resultados. ¿Cuál miramos?
Leo regresó hasta su lado y cogió una silla.
—A ver… esta tiene buena pinta. —Leo puso el dedo en la pantalla—. Ábrela a ver qué pone.

Becky comenzó a leerla en voz alta.

«El castillo Wilance es un castillo medieval situado en lo alto de una colina, al borde de un acantilado. Su emplazamiento privilegiado lo hizo resultar victorioso de los constantes asaltos a los que se estuvo sometido en el pasado. Construido en el siglo XIV, ha sido regentado desde tiempos remotos por la familia Wilance. Su ocupación y legado han pasado de generación en generación. Sus primeros dueños fueron… »

—Uy deja, deja, no ha sido buena idea mirar esta *web*, ¡menudo tostón! No sigas leyendo, que ahora viene una lista de todos los herederos. —Leo bostezó—. Por lo que parece hasta que no moría el propietario, el siguiente no podía instalarse en el castillo.

—Pero, mira, eso no es lo que sucedió en todos los casos ¿eh? —Becky señaló un nombre y una fecha—. Aquí hay un heredero, un tal Adam Wilance, que cedió el castillo en vida, en el año 1955.

Leo se acercó más a la pantalla.

—Anda, es verdad. Y se lo dio a un tal George Wilance, que lo regentó durante 25 años.
—Y luego pasó a manos de un tal Luca que lo tuvo más de 40 años hasta que murió y lo heredaron… mira, ¡qué sorpresa!, ¡el nombre de nuestras directoras! —A Becky se le hizo raro que los nombres de aquellas ancianas, tan ajenas a las tecnologías, estuvieran en internet.
—Lo raro es que el tal Adam Wilance diera el castillo en vida en el año 1955… —Leo se quedó pensativo—. ¿Por qué lo haría? A mí me parece un sitio muy chulo para vivir.
—Vete a saber, igual le apetecía viajar por todo el mundo o le gustaba más la vida de la ciudad —dijo Becky pensando en la piscina de su urbanización—. La vida aquí podría resultar muy aburrida.

La chica siguió divagando acerca del tedio que podía suponer residir en el Wilance.

—Imagínate vivir en un lugar tan aislado, sin apenas nada que hacer…

Pero, de pronto, Leo la interrumpió.

—Shhh… —Se llevó un dedo a los labios—. ¿Has oído eso?

Becky guardó silencio y pudo escuchar el ruido de unos pasos que se acercaban, inevitablemente, hacia el aula de informática.
—¡No nos pueden descubrir! —Tiró de él.

Capítulo 25

NUBES DE TORMENTA

—Sé lo que pasó anoche. —Con cara ceñuda, la señorita Ofelia paseaba por la clase mientras escudriñaba a los alumnos.

Era la primera hora del jueves y todos los alumnos estaban sentados en sus pupitres preparados para la clase de técnicas de estudio. Se podría decir que esa era una de las asignaturas que más les interesaba, por la novedad y porque sabían que les iba a resultar muy útil en el futuro.

Sin embargo, la clase todavía no iba a comenzar.

—Alguien no estuvo anoche en su habitación. —Ofelia abrió mucho los ojos a la pesca de cualquier sospechoso.

Después de un miércoles huracanado, el jueves había amanecido con nubes dentro y fuera del aula. Tras los muros del castillo, una tormenta llenaba el cielo de truenos e inundaba las praderas, forzando a las amapolas a mirar, cabizbajas, al suelo.

Y eso era precisamente lo que Becky y Leo intentaban evitar ante las tormentosas palabras de Ofelia: no debían bajar la cabeza, no debían mirar al suelo. Si lo hacían, mostrarían su culpabilidad.

Los dos hicieron un esfuerzo por comportarse con normalidad y hacer lo mismo que el resto de los alumnos: mirarse entre ellos, muy extrañados, y encogerse de hombros.

—Venga no os hagáis los despistados —continuó la profesora mientras miraba a los alumnos uno por uno.
El ruido de sus afilados tacones martilleaba la conciencia de Leo y de Becky, que se temían lo peor.
—Estoy dispuesta a aceptar una explicación. Tal vez esa persona tenía un buen motivo para estar a altas horas de la noche paseando por el castillo. —Para sorpresa de todos, la señorita Ofelia cambió de táctica e intentó ser algo más amable.
Pero su cambio de estrategia no dio ningún resultado. La gente negó con la cabeza. Y Leo y Becky hicieron lo mismo, aunque ellos sentían un nudo en la garganta que cada vez se estrechaba más.
—¿Nadie va a decir nada? —Un trueno se confundió con la irritada voz de Ofelia.
La dulce Laura levantó la mano.
—Señorita, a lo mejor eso que dice no ha pasado en la realidad. —La chica se puso de pie para hablar—. Tal vez todo eso ha sido un sueño. Yo el otro día soñé que estaba en mi casa y cuando me desperté no podía creerme que estuviera aquí.
Toda la clase explotó en una carcajada.
—Yo no me lo tomaría a risa. —Ofelia movió la cabeza hacia los lados y sus pendientes temblaron en sus orejas—. Laura, no lo he soñado: tengo pruebas.

Leo miró a Becky por el rabillo de ojo y la chica le devolvió la mirada. Los dos eran conscientes de que, en su huida, no les había dado tiempo de apagar el ordenador. Tal vez esa era la prueba a la que se refería la señorita Ofelia.
—Así que será mejor que la persona que estuvo por el castillo anoche, lo confiese ahora por el bien de todos —la profesora remarcó las dos últimas palabras—. Si el culpable quiere decírmelo en privado, estaré esta tarde en mi despacho. —Dio por zanjado el tema—. Ahora, por favor, abrid vuestros cuadernos.
Los alumnos comenzaron a mirarse, entre ellos, con desconfianza: cualquiera podía ser el culpable.
Con los brazos sobre la mesa, Leo se sujetó la cabeza en un gesto de preocupación. Fingía leer algo en su cuaderno, pero en realidad le atormentaban las últimas palabras de la señorita: ¿A qué se refería Ofelia al decir «por el bien de todos»? ¿Significaba eso que iba a castigar a toda la clase?

Leo movió la cabeza hacia los lados, en un gesto de fastidio. No había cosa que más injusta le pareciera que los castigos generales. No les encontraba ningún sentido.
Por un momento, el chico pensó que, tal vez, para librar al resto de la clase de un inmerecido castigo, debía contarlo. Sí, se dijo, esa era una idea justa.
Miró al frente y buscó a Becky con la mirada.
Desde luego no la iba a involucrar a ella. Diría que había sido él solo el que se había escapado de la habitación.
Con tristeza, Leo pensó en Óscar, Sara y Becky. Si le echaban del Wilance, no volvía a verlos más.
El chico sintió un nudo en el estómago.
¿Habría alguna manera de evitar su expulsión?

Capítulo 26

EN EL RECREO

Cuando llegó la hora del recreo la tormenta se había disipado y un tímido sol se abría paso entre las nubes.

—Pero ¿qué pasó anoche?, ¿os dejasteis algo en la sala de informática? —Óscar arrastró a Leo hacia un lugar apartado.

—¡Contadnos, por favor! —Sara cogió del brazo a Becky.

—¡Es horrible! Y pensar que podría haberlo evitado —se reprochaba Leo.

—¿Evitado? ¿A qué te refieres? —Becky le miró extrañada—. Perdona, pero no te entiendo.

—Becky, anoche no te dije nada, pero ahora estoy seguro de que un bulto que vi por la ventana era la señorita Ofelia. —Leo se retorcía las manos—.¡Qué tonto fui! Si nos hubiéramos ido entonces, no nos habría visto…

—¿Por qué piensas que se refiere a nosotros dos? —Becky se giró hacia Leo—. Tal vez las cosas pasaron de otra manera…

—¿Eh? Ahora el que no te entiende soy yo —reconoció Leo—. ¿A qué te refieres?

—Eso, explícate. —Sara se puso frente a Becky, dispuesta a escuchar su teoría.

—Anoche, cuando llegué a mi habitación me encontré con una sorpresa —comenzó a hablar.

—¡¡¡Ohhh, nooo!!! —Sara se llevó las manos a la boca—. ¡No me digas que tu compañera te estaba esperando despierta!

—¡Halaaa! —exclamó Óscar—. Ahora lo entiendo todo: en realidad Ofelia no tiene ninguna prueba, pero está tan segura porque tu compañera le ha dado el chivatazo.

Becky rompió a reír.

—No os pongáis tan dramáticos —dijo la chica—. Óscar: sí hay una prueba, nos dejamos el ordenador encendido.

Becky se volvió hacia Sara y dijo:

—Has acertado: mi compañera de habitación estaba despierta —asintió Becky—, pero su cama estaba vacía.

—Entonces ella también… —Sara abrió mucho los ojos.

—Vaya, vaya. —Leo comenzó a relajarse—. Veo que no fuimos los únicos en pasear anoche por el castillo.

—¡Claro! La profesora siempre se ha referido a una persona ¡no a dos! —Óscar chasqueó los dedos—.¿Recordáis? Todo el rato decía frases del tipo: «será mejor que el culpable» o «igual esa persona tenía un motivo».

—Tal vez, en realidad, a la que vio fue a Casandra —pensó Sara.

—Uff, entonces podemos estar tranquilos —resopló Leo—. Ahora solo tememos que esperar a que esa chica confiese y ¡problema solucionado!

—Ya, pero quizá Casandra sabe que yo no estuve anoche en la habitación. Pudiera ser que, antes de marcharse mirara mi cama para comprobar si yo estaba dormida… —dedujo Becky—. Y vería que, en realidad, mi cama estaba vacía. Y lo peor de todo es que es muy capaz de usarlo en mi contra. No os imagináis cómo es.

—Yo sí —comentó entonces Óscar—, he coincidido con ella todos los veranos y la verdad es que nunca ha hecho buenas migas con nadie.

—¿Y crees que se escapa más noches? —Se le ocurrió a Leo—. ¿Dónde irá?

—No lo sé, pero después de la advertencia de Ofelia, no creo que sea tan tonta como para volver a escaparse —opinó Becky—. De todos modos, debería averiguar si descubrió mi ausencia de anoche.

—Si tu compañera no se dio cuenta de que tú también te escapaste, este asunto ya no iría más con nosotros —dijo Leo.

—Ya, pero si se dio cuenta y se lo dice a Ofelia, tal vez me vea metida hasta el cuello en todo esto. —Becky miró hacia abajo.

—Querrás decir *nos* veamos metidos hasta el cuello, los dos, tú y yo. —Leo levantó la cabeza de Becky y le dijo—: No creerás que te voy a dejar a ti con todo este marrón.

Becky sonrió.

—Chicos, si eso sucediera, no os íbamos a dejar en la estacada. —Sara buscó la aprobación de Óscar con la mirada.

—Diríamos que habíamos sido los cuatro —aseguró el chico—. Al fin y al cabo, ha sido idea de todos y somos un equipo.

—Muchas gracias —dijo Becky, y sintió ganas de abrazarlos—. De momento, trataré de averiguar si mi compañera vio o no mi cama vacía. Dadme esta tarde.

—De acuerdo, ¡suerte! —Sara cruzó los dedos.

Capítulo 27

PAPELES Y LETRAS

Ya había pasado poco más de una semana desde que comenzó el curso de verano en el Wilance, y se notaba que las familias empezaban a echar de menos a sus hijos.
O, al menos, eso fue lo que dedujo Sara cuando, esa misma tarde, se acercó al buzón del castillo y comprobó que estaba repleto de cartas.
El buzón estaba situado en la parte exterior de la muralla y no era más que una sencilla caja de metal, con una apertura en su parte delantera. Había sido Benilda la que había insistido en colocarla allí, ya que no quería que el cartero tuviera que molestarse en llamar a la puerta y perder su tiempo esperando a que ella le abriera. Pero, sobre todo, porque así ella no tenía que interrumpir sus labores para abrir al buen hombre y recoger los sobres que llegaban casi a diario.
Una vez que Sara recogió todos los sobres, lo siguiente que hizo fue mirar si había carta para ella.
Desconocía los motivos por los que cada persona había ido a parar al Wilance, pero pensaba que su situación era distinta a la de la mayoría de los alumnos. Y, desde luego, diferente a la situación de Leo, Óscar y Becky.
Sara ya empezaba a considerarlos amigos suyos. Era imposible no cogerles cariño. Habían pasado mucho tiempo juntos y se habían contado algunas confidencias.
Por eso sabía que a Leo, ese verano, sus padres lo habían mandado al Wilance para que dejara de pensar en la música y mejorara en los estudios, pues iba camino de repetir curso. Como el chico tenía bastante buen humor y era de carácter positivo, se tomó la noticia de la mejor manera posible, aunque eso significara que se iba a perder el concierto de su grupo favorito.
Becky, por su parte, había aprobado todo, pero había ido al colegio de verano para, según ella misma les había contado, ir más desahogada con los estudios el curso siguiente. La noticia le supuso un revés en sus planes veraniegos, pero no le quedó más remedio que subirse al coche con destino al Wilance, ya que su madre había insinuado que, si no iba, tal vez debería dejar su deporte favorito: la natación.

De Óscar no sabía el motivo por el que pasaba los verano en el Wilance, pues el chico era bastante reservado, pero era evidente que estaba encantado de estar allí.
Sin embargo, el caso de Sara era algo más delicado. La chica era una alumna brillante y aplicada que había ido al Wilance por recomendación de su profesora de Física, pues la mujer pensaba que necesitaba un cambio de aires.
Hacía un año, la hermana pequeña de Sara había enfermado y pasado largas estancias en el hospital, hasta que, a finales de mayo, los médicos dijeron que necesitaba una importante operación. Durante esos meses, a Sara la habían mandado a vivir con sus tíos y sus primas, ya que sus padres no podían atenderla, y porque pensaban que la distancia le haría más llevadera la situación.
A Sara casi se le saltan las lágrimas al descubrir, entre el fajo de cartas, la caligrafía de su madre. Y definitivamente rompió a llorar cuando entre las letras de su madre vio un dibujo de su hermana pequeña en el que con letras desiguales y trazo infantil anunciaba que en agosto volvía a casa. Todo parecía haber salido bien.

La chica resopló aliviada y no pudo evitar saltar de alegría al leer la noticia. Y, con esa felicidad, regresó dentro del castillo dispuesta a repartir el resto de las cartas.
—Qué contenta estás —le dijo Benilda al verla pasar—. Anda, espera un momentito que te dé unos papeles.

Benilda le extendió un fajo de papeles.

—Lo siento, pero hoy vas a tener el doble de faena —le anunció—. Deberás repartir esto también. Son comunicaciones internas del castillo.

—Bueno, no me importa. —Con una sonrisa en la cara, Sara recogió unos papeles.

Después de echarles un vistazo, se dio cuenta de que todas esas comunicaciones internas estaban dirigidas a los profesores, lo cual significaba que, para entregarlas, iba a tener que desviarse de su ruta habitual para ir hasta los despachos.

Se despidió de Benilda y sacó el plano del castillo dispuesta a llevar a cabo su tarea. Como era tan organizada, decidió que antes pondría orden en la correspondencia.

Y así fue como, mientras ordenaba las cartas, encontró algo que llamó poderosamente su atención.

—¿Y esto? —dijo mientras sujetaba el misterioso sobre.

Capítulo 28

NUEVO PACTO

Becky había avisado a su grupo de que pasaría la tarde en su habitación. Secretamente, esperaba tener algo de tiempo para leer el diario y también coincidir un rato con Casandra para sonsacarle información.
Era importante que averiguara si su compañera de habitación sabía algo acerca de su «excursión nocturna». Solo de esa manera, Becky sabría si tenía que ofrecer una explicación a la señorita Ofelia o era Casandra la que debía hacer frente al asunto.
Cuando Becky llegó a su habitación eran las cinco y media. Sin perder tiempo, fue hasta el armario y cogió el diario, se sentó en su mesa de estudio y lo abrió.
No podía esperar más para leerlo y quiso ser precavida. Por si Casandra irrumpía de pronto, colocó sobre el diario uno de los cuadernos grandes de clase. De esta manera, solo con dejarlo caer, el diario quedaría oculto.

Al mirar detenidamente el contenido del diario, Becky encontró algo que la dejó desconcertada: líneas a lápiz que se unían con otras y que creaban… ¿qué era aquello?La chica las miró un rato, tratando de descifrar su significado, hasta que por fin se dio cuenta y exclamó:
—¡Es un plano! —Abrió los ojos de asombro.
Pero enseguida cayó en la cuenta de que no era un plano del castillo si no de algún pasadizo bajo tierra.
Además, hubo dos cosas que llamaron su atención: el mapa tenía dos grupos de letras en mayúsculas. En una esquina, había una solitaria «V» y, de esa letra, salía una flecha, a la que seguía otra flecha y luego otra más, como si estuvieran marcando un camino.
—¿A dónde llevará? —Becky se acercó aún más al papel.
Con el dedo, siguió las flechas. Todas acababan en un círculo que contenía las letras OR, MJ y AM.
—¡Son otra vez las iniciales de los guardianes del castillo! —Regresó a la primera página para comprobarlo.
En ese momento, Becky sintió unas ganas tremendas de irse de la habitación. Quería adentrarse en el subsuelo del castillo, y descubrir el camino que habían dibujado los guardianes del castillo. Sin embargo, toda la emoción se esfumó de golpe, al darse cuenta de que, aunque las flechas indicaban la dirección a seguir, ¡no sabía dónde estaba el acceso a los túneles subterráneos!
El ruido de la puerta al abrirse la obligó a dejar caer el cuaderno de clase para ocultar el diario.
—¡Oh, estás aquí! —Casandra se acercó hasta la mesa de Becky—. ¡Menos mal! —Se abanicó la cara con la mano.
—Sí, hoy quería ponerme al día con las materias —inventó una excusa—, ¿me buscabas?
Casandra asintió y se restregó los ojos con las manos. Becky pensó que estaban tan rojos como el día que había fingido llorar en el despacho de las directoras.
—Sé que no soy la mejor compañera y que seguramente me vas a decir que no, pero… —Casandra sacó un pañuelo para limpiarse una lágrima—: Necesito tu ayuda.
—¿Mi ayuda? —Becky señaló hacia sí, muy extrañada.
—Sí, solo tú puedes decirle a la señorita Ofelia que yo, el otro día, pasé aquí toda la noche. —

Casandra juntó las manos en actitud de súplica—. Me ha preguntado si era yo la que estaba la otra noche por el patio de armas. Y, claro, yo lo he negado.
—Pero ¿es verdad o no que fuiste tú? —quiso saber Becky, que aprovechó la ocasión para despejar sus dudas.
—Ay, sí, fui yo —confesó Casandra.
A Becky le gustó ese gesto de sinceridad. Tal vez, en el fondo, su compañera de habitación no era tan retorcida.

—Verás, Becky, no tienes que ir a hablar con ella ni nada. Solo si te pregunta le dices que sí, que crees que estuve aquí toda la noche… —aclaró Casandra—. ¿Lo harás?
Becky ladeó la cabeza varias veces, como dudando.
—¿Qué pasaría si no lo hiciera? —La retó con la mirada.
—Por favor, Becky —Casandra bajó los ojos la suelo, abatida. Pero, acto seguido, levantó la cabeza con firmeza y dijo—: Y yo tampoco le contaré que tú no estabas…

Becky apretó los labios. Casandra había sido muy astuta al plantear su petición. No tenía opción de negarse. Puso la mano en alto y las dos chicas chocaron las palmas, sellando así un nuevo pacto.
—¡Muchas gracias! —Casandra guiñó un ojo—. Ahora me tengo que marchar. ¡Chaooo!
Casandra desapareció de la misma manera que había aparecido, solo que ahora se la veía contenta y confiada.
Becky sacó el diario de debajo del cuaderno, y lo guardó. Luego, se dispuso a marcharse de la habitación. Era casi la hora de cenar y tenía que contarles a Leo, Sara y Óscar que la señorita Ofelia sospechaba de Casandra y no de ellos. Parecía que podían olvidarse del asunto.
Sin embargo, no pasó ni un minuto cuando alguien llamó a la puerta con insistencia.
Toc, toc, toc. Toc, toc, toc.
Becky se puso nerviosa. Trató de calmarse respirando profundamente varias veces: si era la señorita Ofelia no debía mostrar preocupación ni duda.
Se estiró la camiseta y sonrió al abrir la puerta.
—¡Hola! —dijo de manera enérgica.
Sara, al otro lado de la puerta, la miró extrañada. No entendía a qué venía tanta efusividad.
—Ah, eres tú. —Becky se relajó—. Pasa, pasa.
—Sí, soy yo, ¿por? ¿Esperabas a alguien? —Sara entró en la habitación—. Acabo de terminar de repartir las cartas. Traigo *esto* para ti.
—¿Para mí? —Becky cogió un misterioso sobre.

Capítulo 29

SIN REMITENTE

—¡No lleva sello! —Sara señaló una esquina del sobre.
—¿Quién la envía? —Becky se sentó en la cama y giró la carta buscando un remitente.
Sin embargo, en el sobre solo aparecía un «PARA BECKY» seguido de «CASTILLO WILANCE».
—¿Por qué no me la has traído antes? —Becky consultó su reloj—. Ahora es casi la hora de cenar.
—He querido repartirla la última —respondió Sara—. Por si querías abrirla conmigo.
—Es todo muy raro. —Becky se quedó pensativa.
—Eso mismo pensé yo —asintió Sara y añadió—: He repartido cartas que venían de fuera del colegio y en todas pone la dirección completa, no solo el nombre del castillo. Y, lo más importante, ¡llevan sello!
—Eso solo puede significar que la han traído en mano. —Becky se levantó de la cama y comenzó a andar por la habitación.
—Tal vez sea de alguien del colegio —opinó Sara.
—No —Becky entrecerró los ojos—, la persona que la envía no es un alumno del colegio.
—¿Y eso? ¿Cómo lo deduces? —Sara la miró extrañada.
—Porque un alumno hubiera puesto «colegio Wilance», en vez de «castillo Wilance»… —argumentó Becky.
—¡Entonces es de alguien de la Villa! —soltó Sara.
—Debe de ser un error. —Becky arrugó la nariz—. No conozco a nadie de la Villa.
—El día que fuiste con Óscar y Leo, ¿no hablaste con un anciano? —le recordó Sara—. Podría ser de él.
—Pero ¿para qué me iba a mandar una carta? —dijo Becky extrañada.
—¡Ya sé! Igual quiere pedirte disculpas, ¿no dijiste que había sido muy desagradable con aquel portazo que dio? —opinó Sara—. ¿Le dijiste tu nombre?
—Sí, recuerdo que le dije mi nombre —comentó Becky.
—Entonces está claro que la ha traído él —asentía Sara.
—Pero ese anciano necesitó ayuda para levantarse de su mecedora. No me lo imagino caminando hasta aquí —acabó por decir Becky.
—Entonces no. —Sara se rascó la cabeza—. Igual está firmada. Dejémonos de conjeturas y ¡abre ya el sobre!
—Sí, sí, voy. —Becky rasgó el sobre por un lateral e introdujo dos dedos para coger el papel.
Al ver el contenido, las dos chicas se miraron entre sí.
—¿Un trozo de periódico? —dijeron a la vez.

Capítulo 30

REUNIÓN DE EMERGENCIA

—Chicos, mirad lo que he recibido —anunció Becky.
—Al principio nos pareció un simple trozo de periódico —comentó Sara, y bajó la voz al decir —: Pero ahora estamos seguras de que es mucho más que eso.
Las dos chicas, después de la cena, se habían quedado hablando con Óscar y Leo. Estaban en el *hall*, al pie de la escalera, mientras algunos alumnos subían a sus dormitorios y otros se quedaban en el rellano, retrasando así el momento de irse a dormir.
—Esperad un momento. —Óscar miró hacia los lados—. Aquí cualquiera puede oírnos. Vayamos a algún sitio donde podamos hablar con tranquilidad.
—¿Y dónde está ese maravilloso lugar? —Becky se encogió de hombros mientras miraba a su alrededor.
—Seguidme. —Óscar señaló la puerta hacia el patio de armas.
Una vez fuera, les condujo hasta las caballerizas. A Becky le fascinó ese lugar donde antiguamente guardaban los caballos.
—¿Es aquí dónde nos traes para hablar? —Becky miró las paredes de ladrillos y los techos abovedados, y sintió un escalofrío.
—No. Es por ahí. —Óscar señaló un hueco en la pared.
—Pero ¿se puede saber dónde nos llevas? —Sara trataba de seguir el camino en su plano—. ¡Esto ni siquiera aparece en mi mapa!
—No está en el tuyo, pero sí en el mío —Óscar se giró y guiñó un ojo al decir—: Yo he dibujado mi propio mapa del castillo.
En ese momento, Becky pensó que ella también tenía su propio mapa del castillo, solo que el suyo era del subsuelo y, de momento, no le servía para nada.
Leo fue el último en atravesar el hueco de la pared. Al otro lado, una empinada escalera les condujo hasta una puerta.
—Adelante. —Óscar empujó la madera.
Todos escucharon el aleteo de varias palomas.
—¿Qué es esto? —Becky abrió los ojos de par en par.
—¿Dónde estamos? —Sara había desistido de seguir el camino en su mapa.
—Estamos en la quinta torre —dijo Óscar, orgulloso.
—Ah, genial, esto lo aclara todo —repuso Becky en tono burlón.
—Es una torre oculta, sin puerta exterior, a la que solo se puede acceder por las caballerizas —explicó el chico—. Y este uno de los desvanes del castillo.
—Se nota… —Becky miró los trastos amontonados.
—Y también mi refugio secreto —Óscar los miró al decir—: Que ahora será nuestro refugio.
Becky sonrió tímidamente. Aunque no dijo nada, le gustó que Óscar compartiera con ellos su lugar secreto.
—Ehhh, este sofá parece cómodo. —Leo palmeó el respaldo y una nube de polvo le hizo toser.
—Puedes parar de hacer eso, por favor. —Becky estornudó.
—De acuerdo, pero sentémonos aquí todos juntos. —Leo arrastró una pequeña mesa y la puso junto al sofá—. Este sitio está genial. Si lo adecentamos un poco, será como estar en el salón de

casa.

—¡Eh, Leo! —Sara levantó una manta—. ¡Una guitarra!
—¡Ohhh, tráela! —Leo comenzó a tocar, pero enseguida miró a Óscar dudando si el sonido les podría delatar.
—Tranquilo, puedes tocar. Este lugar está lo suficientemente apartado y nadie oirá la música —aseguró.
—Bueno, y ahora que estamos en un lugar seguro — Becky miró a Óscar agradecida—, os vamos a contar lo del misterioso sobre.

«Tum tum tuuum» Leo tocó unos acordes de suspense.
—Seremos breves; solo disponemos de media hora para el toque de queda. —Era así como Sara llamaba al momento en que debían estar en sus habitaciones.
—Como os decíamos, al principio nos pareció un simple trozo de periódico viejo. —Becky sacó el sobre del bolsillo de su pantalón y lo movió en el aire—. Pero luego, al mirarlo más detenidamente, vimos que el artículo del recorte hablaba nada menos que de la Villa y del castillo Wilance.
—¿En serio? A ver… —Leo apoyó la guitarra en el sofá y se puso en pie.

LA VILLA MAGAZINE

Robo en el castillo Wilance

Martes, 23 enero 1954

Desde el pasado domingo, se interroga a un vecino de la Villa como principal sospechoso del robo perpetrado el pasado 1 de enero. Se le acusa de haber sustraído, aprovechando la celebración de la noche de fin de año, la joya más preciada del castillo.

El noble Adam Wilance, actual propietario del castillo, ha dado las gracias a las autoridades y les ha conminado a encontrar la insustituible joya, emblema de la familia desde tiempos inmemoriales.

—¿Adam Wilance? —Leo trató de hacer memoria —. Ese nombre aparecía en la *web*: ese tipo dejó el castillo en el año… ¡Ay, no recuerdo bien la fecha! —señaló el recorte del periódico—, ¿tú te acuerdas, Becky?
—Sí, fue en el año 1955 cuando el castillo pasó a ser propiedad del siguiente heredero —asintió Becky.
—¡Anda! Pues solo hay un año de diferencia entre el robo y su partida del castillo. Tal vez los dos hechos estén relacionados. —Imaginó Sara.

—Por cierto, una cosa, «La Villa Magazine» ¿no es el periódico para el que tenemos que escribir el artículo? —quiso asegurarse Leo.
—Sí, es el periódico local —dijo Óscar—, el típico que todos los del pueblo leen a diario.

—Vaya, pues la Villa no parece un lugar donde pasen muchas cosas —Leo volvió a sentarse en el sofá—, el periódico ese debe de ser un auténtico tostonazo…
—Esperemos que, al menos, nuestro artículo resulte más entretenido. —Becky les guiñó un ojo.
—Como en la Villa nunca pasa nada, lo del robo debió de acaparar toda su atención. —Leo pensó en voz alta.
—¡Y tanto! Debió ser, poco menos, que el acontecimiento del siglo —exageró Sara.
—¿Y decís que este sobre lo entregó alguien de la Villa? —Óscar se levantó y comenzó a caminar por el desván.
—Pensamos que no puede ser nadie del colegio porque, en el sobre, pone «Castillo Wilance» y no «Colegio Wilance», que es lo que hubiera puesto cualquier alumno. Además no lleva sello. Eso significa que alguien lo trajo en persona —resumió Becky.

—Y el único lugar habitado en varios kilómetros a la redonda es la Villa —añadió Sara.
—¡Qué intriga! —exclamó Óscar—. ¿Quién puede ser?
—Seguro que esa misteriosa persona sería una buena fuente de información. —Leo se recostó en el sofá con las manos sobre la nuca—. ¿No os pica la curiosidad?
—Becky, lo que está claro es que la persona que trajo el sobre sabe cómo te llamas… y, si no fue el anciano, ¿quién más puede ser? —la interrogó Sara.

—Deberíamos averiguar quién es para poder ir al pueblo a hablar con esa persona —propuso Óscar.

—No me parece buena idea ir en su búsqueda. Si ha recurrido a una carta es porque no quiere hablar conmigo cara a cara. Tenemos que respetar su decisión —opinó Becky.
—Yo pienso lo mismo. De nada serviría forzarle a hablar si no quiere —dijo Sara—. Tal y como nos dijo Petrus Plancius: «La verdad vuela junto a la libertad».

—¿Qué otra cosa podemos hacer? Está claro que necesitamos más información —comentó Leo —. Salvo la coincidencia de las fechas de lo que encontramos en internet sobre Adam Wilance y el robo… no tenemos nada más.

Becky se quedó pensativa. También el diario hablaba de un robo. ¿Tendría algo que ver el que nombraban los guardianes con el robo de la noticia del periódico?

En ese momento todo eran dudas. La chica miró al resto de sus compañeros: ¿debía contarles lo del diario?, ¿podía confiar de verdad en ellos?, se quedó pensando.

Óscar cogió el trozo de periódico y lo estudió detenidamente.
—Eh, Becky, despierta. —Óscar pasó la mano varias veces por delante de la cara de la chica.
—¿Sí? Perdona, me había despistado. —Becky abandonó sus dilemas y volvió a la conversación.

—¿Estás segura de que esa persona no quiere decirte nada cara a cara? —El chico señaló algo en el recorte del periódico.
—¿A qué te refieres? —Becky miró de nuevo el papel.
—Mira, aquí hay una palabra subrayada, varias letras y el número uno también. —Señaló la primera frase.
Sara y Leo se asomaron también al recorte de periódico mientras Becky leía:
—«Domingo, t, r, e, n, la Villa, 1». —La chica abrió mucho los ojos—. ¿Estáis pensando lo mismo que yo?
—¿¡Una cita!? —Sara fue rápida en contestar.
—Y, por lo que parece, esa cita es para el domingo en la estación de tren de la Villa, a la una —dijo Óscar—. Está claro que no quiere que nadie le vea: ha elegido un lugar abandonado y en ruinas por el que ya nadie va nunca.
—¿Un lugar abandonado? —Becky tragó saliva—. Yo paso… no pienso ir allí.
—No te preocupes, yo iré contigo —dijo Sara.
—Yo también voy. —Se sumó Óscar.
—¡Y yo! Solo pongo una condición: no ir por el bosque —dijo Leo pensando en el lobo.
—Creo recordar que es el domingo cuando hay autobús a la Villa —aclaró Sara.
—Así es —corroboró Óscar.
—Muchas gracias por acompañarme. —Becky se sintió aliviada—. Si vamos todos, será mucho mejor.
Y pensó que, tal vez, sí podía confiar en ellos.

Capítulo 31

ANCLADO EN EL PASADO

Todavía colgado de uno de los postes, el antiguo reloj de la estación se movía de un lado a otro mecido por el viento. Seguramente, en tiempos remotos, la estación había sido un hervidero de gente, y el reloj acaparaba las miradas de todos los viajeros que, impacientes, esperaban la llegada del tren. Ahora, tiempo después de su abandono, ya nadie consultaba aquel reloj en números romanos que marcaba, eternamente, las cinco en punto.

—Ya es más de la una y aquí no ha aparecido nadie. —Suspiró Becky y echó un vistazo al destartalado reloj.

De pie, en el andén, Becky y los demás eran ahora los últimos visitantes de la estación y esperaban, impacientes, la llegada de noticias de parte de una persona que no conocían. ¿Habría merecido la pena o estaban perdiendo el tiempo?

—Este lugar no me gusta nada —dijo Sara mirando las ventanas rotas.

—¡Ni a mí! —soltó Becky—. Sin vosotros ya me hubiera largado. Me temo que nos hemos precipitado al pensar que esas palabras subrayadas eran una cita.

—Esperemos un poco más —dijo Óscar mientras señalaba un banco de madera.

Un poco decepcionados y sin saber qué decirse, el grupo permanecía en un incómodo silencio, que solo se rompía por el canto de algún pajarillo despistado o por el crujido de alguna puerta rota.

Filas de margaritas y dientes de león habían ocultado las vías del tren, creando un florido camino que no llevaba ya a ninguna parte.

—Opino lo mismo que Becky: deberíamos largarnos ya —dijo Leo, y se puso en pie—. Creo que hemos estado jugando a detectives…

—Cierto. —Sara arrojó una piedra a la vía del tren.

El grupo se levantó, dispuesto a abandonar el lugar. Llevaban más de una hora esperando.

—Siento haberos hecho perder el tiempo —se disculpó Becky.

—Venga, que no pasa nada. —Sara le cogió del brazo.

—Vayamos a la Villa —propuso Leo—, va siendo la hora de comer.

Ya habían caminado unos cuantos metros, cuando Becky se giró, una vez más, para comprobar que ciertamente no había llegado nadie. Sin embargo, esta vez, pudo distinguir una silueta que se acercaba caminando sobre las vías.

La chica se frotó los ojos.

—¡Mirad!, viene alguien —anunció, y señaló hacia las vías.

Becky se alejó del grupo y deshizo el camino hacia la estación.

—¡Espera, que vamos contigo! —gritó Óscar mientras apremiaba a los demás.

Conforme la silueta se acercaba, se podía distinguir con más claridad la silueta de una mujer. Andaba con energía y su pelo, recogido en una larga trenza, se movía al son de sus pasos.

Desde lejos, Becky pensó en la mujer con la escoba de paja que barría el porche de aquel anciano.

—¿Aurora? —dijo en cuanto la tuvo en frente.

La mujer bajó la vista.

—¿Eres tú la que…? —Becky dejó la frase sin terminar y le mostró el recorte de periódico.

La mujer asintió.
—Perdona que no te dijera nada el otro día. Tuvo que ser muy desagradable para ti que el anciano Rodoberto te hablara tan bruscamente… —comenzó a hablar.
—Disculpas aceptadas —dijo Becky, que la miró de lado al decir—: Aunque, no entiendo muy bien. Si lo que querías era pedirme perdón, ¿por qué me enviaste un recorte de periódico?
—Hay algo más que quiero que sepas o, mejor dicho, que sepáis. —Aurora miró al resto del grupo que ya estaban junto a Becky.
—Gracias por tenernos en cuenta —dijo Leo—, porque para nosotros —señaló hacia Óscar y hacia sí— también hubo palabras y gestos desagradables esa tarde.
—Lo siento. —Inquieta, Aurora se tocó la trenza varias veces—. En esa noticia que te envié está el motivo por el cual, en cuanto nombraste el Wilance, Rodoberto se puso a la defensiva y se marchó.
—¿Por el robo de una joya que sucedió el siglo pasado? —Becky frunció el ceño.
—El pasado no siempre es pasado… —dijo Aurora, de manera un poco enigmática.
—¿Qué quieres decir? —se atrevió a preguntar Leo.
—Ese robo significó la ruptura de las relaciones entre el castillo y la Villa. A día de hoy las cosas no han mejorado —aseguró Aurora, con tristeza—. Y todo porque se acusó a alguien del pueblo.
—Sí, eso pone en la noticia, que se sospechaba de uno del pueblo —volvió a leerla Becky.
—Fue una acusación en falso. Nunca se encontró la joya. Además, la gente del pueblo nunca creyó que se tratara de un robo. —Aurora miró al horizonte—. Aunque debido a las influencias del propietario de entonces, Adam Wilance, alguien cumplió una condena que no le correspondía.
—¡Qué injusticia! —Becky se llevó las manos a la cara.
—Entonces la gente del pueblo se enfadó y se tomó la justicia por su mano. Comenzaron a hacerle la vida imposible al propietario —Aurora continuó la historia—, hasta que un día, Adam Wilance se marchó.
—¡Por eso el castillo pasó al siguiente heredero! —recordó Leo la información que habían leído en la *web*—. Adam Wilance se largó porque no soportaba la situación.
—Eso se cree —corroboró Aurora—: Aunque no se encontró rastro de él. Ni siquiera una nota de despedida. Como la joya, desapareció de la noche a la mañana.
—¡Menuda historia! —exclamó Leo.
—No es bueno que vayáis por el pueblo preguntando por el castillo. Hay gente que todavía guarda la ofensa —explicó Aurora.
—Pero también hay gente como tú, que no parece ofendida. —Becky la miró fijamente.
—El rencor intoxica a quien lo tiene. Es un amargo veneno —dijo Aurora, y sonrió al añadir—: Ojalá hubiera buenas relaciones entre el pueblo y el castillo.
—Nada es imposible —quiso animarla Becky.
—Una cosa —Óscar tomó la palabra—, ¿qué es lo que desapareció del castillo?
—Ahí lo pone. —Aurora señaló el recorte de periódico que Becky sostenía entre sus manos.
—Pero solo pone la joya de los Wilance —comentó Óscar—. ¿Qué era?
—La joya de los Wilance ha sido siempre el pez esmeralda —aclaró Aurora.
En ese momento, Óscar recordó la leyenda. Quizá debía comprobar si era cierta y descubrir qué relación guardaba con el castillo.
—Muchas gracias, Aurora —dijo Becky, y se despidieron de ella.
Los amigos pusieron rumbo a la Villa, todavía tenían tiempo de comer algo y juntarse con el resto de los alumnos.

A las seis de la tarde, todos los alumnos esperaban en la plaza la llegada del bus para regresar al colegio. Algunos apuraban sus helados mientras otros todavía paseaban por allí saboreando su tarde libre.

El trayecto no fue muy largo, aunque el autobús iba a paso de tortuga pues, a ratos, le costaba subir la empinada cuesta hacia el castillo.

Becky se había sentado con Óscar, y Sara junto a Leo en los asientos de al lado. Todos iban hablando, excepto Becky, que permanecía en silencio.

La chica iba pensando en todo lo ocurrido. Estaba claro que no podía ser coincidencia que fecha del diario y la del periódico fueran el mismo año. Todas las piezas del rompecabezas comenzaban a encajar. Cada vez estaba más claro que el robo al que se referían los guardianes era el mismo que el del recorte de periódico. Esa debía de ser la misión de los guardianes del castillo: encontrar el pez esmeralda. No habían podido terminar su misión, pero ella tenía todo el verano por delante. Solo necesitaba poder confiar en alguien más.

—Tengo algo que contaros —dijo Becky una vez se bajaron del autobús.

—¡Cuenta! —exclamó Leo con su habitual entusiasmo.

Becky miró hacia los lados.

—Mejor os lo cuento mañana —acabó por decir—. Os espero al acabar las actividades de la tarde, en la quinta torre. —Miró a Óscar y sonrió.

Capítulo 32

EL PODER DE CONFIAR

—¡Por fin habéis llegado! —exclamó Óscar, al ver aparecer a Sara y a Leo—. Por un momento pensé que os habíais perdido.
—¡Eh! No nos subestimes, ¿crees que eres el único que sabe orientarse? —Sara le mostró el mapa del castillo en el que había dibujado el camino hasta el desván.
—Eres muy precavida. —Óscar se sentó en el baúl.
—Solo es cuestión de ir tomando notas. —Sara sacó su libreta y se dejó caer en el sofá.
—¿Alguien sabe para qué nos ha convocado Becky? —quiso saber Leo, que fue directo a coger la guitarra—. Le he preguntado varias veces esta mañana, pero no ha querido soltar prenda.
—Yo no tengo ni idea, pero ¿por qué no ha llegado aún? —Óscar frunció el ceño.

—A lo mejor le ha pasado algo con esa compañera tan rara que tiene —dijo Sara, un poco preocupada.
—¡Ya estoy aquí! —Se oyó de repente la voz de Becky.
La chica venía sofocada y traía su mochila.
—Siento haber llegado tarde. He tenido que esperar a que Casandra se marchara de la habitación —dijo casi sin aliento y, acto seguido, tocó su mochila.
Desde que había descubierto el antiguo diario, Becky había vivido en un continuo dilema. Por un lado, estaba deseando compartir el secreto con Óscar, Leo y Sara. A veces pensaba que entre los cuatro podrían continuar con la misión inacabada de los guardianes del castillo. Pero, otras veces, le daba miedo equivocarse.
Siempre que había estado a punto de contarlo, una de las frases del diario le venía a la cabeza como el aguijón de una molesta abeja: «*Ten mucho cuidado, no todo el mundo te ayudará. Solo en quien confíes de verdad*».
Sin embargo, ahora, el dilema de Becky comenzaba a esfumarse.
¿Acaso Óscar, Leo y Sara no le habían demostrado su lealtad al estar dispuestos a confesar, en grupo, su escapada nocturna si Casandra se hubiera chivado? Aunque eso les hubiera asegurado la expulsión, habrían preferido apoyarla.
Pero aún tenía más motivos para confiar el ellos. ¿Acaso no le habían ayudado con la carta y la misteriosa cita en la estación de tren?
Además, Sara siempre estaba muy pendiente de ella y le había ofrecido su ayuda con el tema de Casandra en varias ocasiones.

También podía confiar en Óscar, que había compartido su refugio secreto y todo lo que había aprendido sobre el castillo.

Y Leo, por su parte, siempre trataba de dar ánimos al grupo y seguro que estaría preparado para una aventura más.
Sí, definitivamente, el momento de contarlo había llegado. Y más después de lo que Aurora les había dicho acerca del robo del pez esmeralda.
Becky los miró, ya con total seguridad, y se lanzó a hablar:
—Tenía que coger esto sin que mi compañera de habitación se diera cuenta. —Sacó de su

mochila un viejo cuaderno—. Lo encontré en el falso fondo de mi armario.
—¿Qué es? —Leo apoyó la guitarra en el baúl y se incorporó.

—Es un diario de los años 1955 a 1957. Como veis, está bastante deteriorado. —Becky lo manejaba con cuidado.
—¿En serio has encontrado algo de hace tanto en tu armario? ¡Qué interesante! —exclamó Sara.
—¡Hala, qué pasada! ¿Y qué pone? —quiso saber Óscar.
—Cosas como que se les acaba el tiempo —Becky se encogió de hombros—, y que no han podido averiguarlo todo.
—¡Qué misterioso! —Sara se ilusionó.
—Y que continúe con su misión —añadió Becky.
—¿Una misión? —se extrañó Leo.
—Sí, y no es una misión cualquiera. Al principio no entendía cuál era, pero después de lo que nos contó ayer Aurora, las piezas del rompecabezas empiezan a encajar —aseguró Becky.

—¿A qué te refieres? —Óscar la miró con curiosidad.
—El diario nombra un robo —continuó Becky—, y literalmente pone: «creemos que no fue un robo».
—¡Lo mismo que nos dijo Aurora que pensaban los del pueblo! —Leo cayó en la cuenta.
—¿Insinúas que el diario era de alguien del pueblo? —Óscar miró a Leo.
Leo se encogió de hombros.
—No, no, quienes escribieron el diario eran alumnos —aclaró Becky—. Mirad lo que pone: «*Nuestro tiempo en el internado se termina y no hemos logrado averiguarlo todo*».
—¡Claro! No les dio tiempo de acabar la investigación y escondieron el diario para que otro alumno lo encontrara y la pudiera continuar —dedujo Sara—, ¡qué listos!
—Por eso dejaron escrito todo lo que averiguaron. —Becky les mostró el resto de las páginas del diario.
—¿Seguro que hablan del mismo robo? —dudó Óscar.
—Las fechas del diario y del periódico coinciden. No creo que se cometieran dos robos el mismo año, en el mismo lugar… —dijo Becky.
—Entonces, si el recorte del periódico dice que se robó la joya de los Wilance, y la joya era el pez esmeralda… —Sara se dirigió hacia la ventana—. Significa que los del diario también buscaban el pez esmeralda.
—Efectivamente, esa era su misión —asintió Becky—. Que ahora podría ser… ¿nuestra misión?
—Donde su historia se acaba podría empezar la nuestra, ¡qué emocionante! —Se ilusionó Sara —. Cuenta conmigo.
—Y conmigo también. —Óscar lo tenía claro.
—¡Yo también me apunto! —exclamó Leo muy decidido.
—Sabía que podía contar con vosotros. —Becky sonrió ante los que ya comenzaba a considerar sus amigos.
—Una cosa, ya que vamos a continuar con su misión, estaría bien averiguar quiénes eran esos del diario, ¿no os parece? —propuso Leo.
—No sé quiénes eran. Solo sé que el diario viene firmado por «Los guardianes del castillo» y sus iniciales —respondió Becky.

—¿Cómo has dicho? ¿Los guardianes del castillo? —De repente Óscar parecía muy alterado.
Nadie entendía su reacción.

—Sí, bueno, tranquilo. Todos sabemos que el mejor guardián del castillo eres tú —dijo Becky, pues pensó que Óscar estaba celoso—. Al menos, tú eres el mejor guardián actual, porque estos eran del año 1955.
—¿Puedo coger el diario…?—titubeó Óscar.
—¡Claro! Pero ten cuidado, puede que las hojas no estén del todo sujetas —advirtió Becky.
El chico lo sostuvo entre sus manos con delicadeza y leyó el párrafo del principio.
Minutos después, habló muy emocionado:
—Mi abuelo era uno de ellos.

Capítulo 33

ALGO MÁS QUE CONTAR

—¿¿Tu abuelo?? —preguntaron los otros tres al unísono.
—Sí, mi abuelo fue alumno del Wilance cuando era un internado para chicos —continuó Óscar —. Claro que de eso hace ya muchos años.
—¿En serio? ¡Qué coincidencia! ¡Mi abuelo también! —se sorprendió Becky—. Igual se conocen, les podíamos preguntar.
Óscar bajó la cabeza.
—Antes de morir, mi abuelo me habló de sus tiempos en el internado. Me contó cosas… —A Óscar se le quebró la voz.
—Lo siento —dijo Becky, entristecida.
—Tenía un grupo de amigos y se pusieron de nombre los guardianes del castillo —dijo Óscar con nostalgia—. Pero no sabía que habían escrito un diario. Ni que tenían una misión. Solo me dijo él había hecho unos planos.
—Ahora entiendo de dónde viene tu fijación por hacer mapas… —Sara fue rápida en atar cabos.
Óscar esbozó una sonrisa.
—Y gracias a algunas de las cosas que me contó, he podido encontrar lugares insospechados —confesó el chico.
—Óscar, ¿dices que tu abuelo dibujó unos planos? —Becky pasó las páginas del diario.
—Así es, pero nunca me los mostró —dijo Óscar con decepción.
—¡Claro, porque él no los tenía! —Becky señaló el diario—. Mira esto: ¡son planos!
—¿En serio están ahí? —se entusiasmó.
Óscar los estudió con detenimiento.
—Parecen planos del subsuelo —concluyó—. Y hay una trayectoria dibujada con flechas. Creo que es un camino. Y todo arranca de esa letra mayúscula, una «V».
—Yo también pensé que las flechas formaban un camino —reconoció Becky—. Aunque no he logrado averiguar a qué parte del castillo corresponde esa letra escrita en el plano. —Señaló la «V» varias veces.
—¡Ajá! Por lo que veo, el camino acaba en las iniciales: OR, MJ, AM… —Óscar pensaba en voz alta—. Si no me equivoco, deben de ser los tres nombres de los guardianes. Mi abuelo es OR: Óscar Robles.

—Chicos, estoy pensado que tal vez esas flechas conducen hasta el lugar donde los guardianes llegaron en su investigación. —Imaginó Sara.
—De ser así, en ese punto podríamos continuar nuestra investigación —dedujo Becky—, y encontrar el pez esmeralda.
—Mucho cuidado, porque el pez esmeralda no es solo una joya. —Óscar se puso serio.
—¡Vaya lío! Pero ¿no habíais dicho que el pez esmeralda era la joya del robo? —Leo se rascó la cabeza y se dirigió a Óscar—: ¿Y ahora vas y dices que no es solo eso?
—Es también una leyenda. —Óscar los miró uno a uno y añadió—: Y, por lo que he leído, es peligrosa.
Abrió el baúl y les mostró el libro «*Leyendas de un tiempo olvidado*».

—Ese libro me suena de algo —recordó Becky la tarde que coincidieron accidentalmente en la biblioteca.
—¿Qué dice esa leyenda? —Impaciente, Sara se asomó al tomo.
La luz del atardecer se iba apagando al otro lado de la ventana de la quinta torre mientras Óscar leía la leyenda del pez esmeralda. Y así, al caer la tarde, todos supieron que trataba de un pez que, al convertirse en pájaro, pudo escapar de una muerte segura.
—¡Un pez que vuela! ¡Como el del logotipo del colegio! —exclamó Sara—. Qué historia más bonita…
—Es verdad, parece una historia muy chula —reconoció Leo—. Pero ¿no decías que la leyenda era peligrosa?
—Escuchad el final —Óscar levantó la vista del libro antes de leer el último párrafo—: «*Pero el pez esmeralda, hecho ya piedra, no pudo volver al mar. Se afirma que, en la actualidad, ese objeto es capaz de robar la felicidad de quien lo contempla a plena luz del sol*».
—Es capaz de robar la felicidad de quien lo contempla a plena luz del sol —repitió Sara las últimas palabras en un intento de llegar al fondo de la frase—. Es decir, quien lo ve se vuelve triste…
—¡Los retratos del *hall*! —exclamó de pronto Becky, aunque nadie le entendió— .¡Son de antepasados del castillo!
—Umm… creo que me he perdido —dijo Leo—. ¿Qué tienen que ver ahora los retratos del *hall*?

—¿No os habéis fijado de que todos están tristes? —exclamó Becky—. El pez esmeralda era la joya de los Wilance, ¿no? Pues bien, esa joya les robaba la alegría porque la vieron a plena luz del sol.
—¿Y si en realidad alguien escondió el pez esmeralda para que ningún Wilance lo viera nunca más? —conjeturó Sara.
—Qué interesante, de esa forma, los protegía de la tristeza —continuó Becky.
—Me asusta pensar que el pez esmeralda todavía pueda robar la felicidad a alguien, allí donde esté —asentía Óscar ante la idea de Sara—. Nunca lo encontraron.
—Pues las directoras son muy risueñas, ¡y muy graciosas! —añadió Leo.
—Claro, porque cuando ellas heredaron el castillo, el pez esmeralda ya había desaparecido —apuntó Sara—. Ellas nunca lo han visto.
—Sea como sea —opinó Becky muy seria—, lo que debemos hacer es continuar con las pistas que dejaron los guardianes.
—Y lo primero es seguir el camino bajo tierra —dijo Óscar muy convencido—. Tenemos que adentrarnos cuanto antes en el subsuelo del castillo.
—Pero no va a ser tan sencillo, antes deberíamos saber dónde empieza el camino, es decir, dónde está la «V» —añadió Becky.
—Si mi abuelo estuviera vivo, podría ayudarnos —se lamentó Óscar.
—Un momento, has dicho que había dos personas más. —pensó Sara en voz alta—. Tal vez, si averiguamos quienes son, y siguen vivos, podrían decirnos dónde está esa «V» que da inicio al camino.

Sara abrió su libreta y apuntó:

OR: Óscar Robles.
MJ: ¿?
AM: ¿?

—Busquemos en los anuarios a quién corresponden esas iniciales —continuó hablando Sara sin dejar de mirar las iniciales.

—Uff, me parece una tarea muy complicada. Podría haber decenas de anuarios… —A Leo le parecía como buscar una aguja en un pajar.
—No hace falta que miremos todos —contestó Óscar.
—¿Por? —se extrañó Leo.
—Si en el diario escribieron que se les acaba el tiempo, seguramente sería porque ese fue su último año de internado. —Óscar miró al suelo, con pena.
El chico sentía que a él también se le acaba el tiempo. Todo apuntaba a que ese iba a ser su último verano en el Wilance ya que el castillo estaba en una bancarrota cada vez más evidente.
—Entonces el anuario que debemos encontrar es el de 1957. Ese es el último año durante el cual los guardianes escribieron en el diario y, por lo tanto, su último año de internado —dijo Becky —. ¿Alguien sabe dónde guardan ese tipo de cosas?

Capítulo 34

GENERAL

Dos días enteros estuvieron buscando los anuarios por todo el castillo. Miraron en el desván, por si los habían abandonado entre los chismes viejos. También se asomaron al despacho de las directoras con la esperanza de encontrarlos en alguna estantería e incluso se adentraron en la biblioteca prohibida, pero de nada les sirvió.

—Igual los han tirado —dijo Óscar, decepcionado.

—Preguntemos a Benilda —propuso Becky.

Durante el recreo, fueron a la portería, donde la mujer pasaba las mañanas tejiendo jerséis y bufandas.

—Sí, sí que se guardan —respondió la portera, sin levantar la vista de su labor—. Estarán con los documentos más antiguos, en el almacén que hay junto al despacho de las directoras —añadió, sin darle ninguna importancia al motivo de la pregunta.

Todos se despidieron de Benilda con una sonrisa, ¡por fin sabían dónde encontrarlos!

—Pero ha dicho que el almacén está junto al despacho de las directoras y sería un poco raro que nos vieran allí, hurgando entre los documentos —iba diciendo Óscar mientras se dirigían a clase.

—Yo podría distraerlas con algunas preguntas —se ofreció Sara.
—Iré contigo —se apuntó Leo.
Todos estuvieron de acuerdo en formar dos grupos. Esa tarde, Sara y Leo visitarían a las ancianas mientras Óscar y Becky se adentrarían en la habitación contigua en busca de los anuarios.
Pero antes deberían hacer frente a una noticia por parte de la señorita Ofelia. Fue después del recreo y al comienzo de la clase de informática, cuando la mujer dio un par de sus sonoras palmadas pidiendo silencio.
—Antes de nada, tengo un mensaje que daros. —Se estiró la blusa y comenzó a pasear entre los pupitres.
La gente fue haciendo silencio.
—La persona que se dedicó a pasear por el castillo hace algunas noches todavía no ha confesado su falta —dijo mirando uno a uno a los alumnos—. Y, desde luego, tiempo ha tenido. Ya hace más de una semana.
Los alumnos comenzaron a mirarse entre sí, casi todo el mundo había olvidado el incidente.
—En el Wilance, las faltas no pueden quedar impunes —dijo, levantado la barbilla—. Y, por eso, el colegio se ha visto obligado a poner un castigo general.
Un murmullo de indignación creció en el aula.
—Durante una semana a partir de hoy, todos tenéis prohibido salir del castillo —anunció Ofelia.
La gente, pese al respeto que les causaba la profesora, no pudo reprimir su enfado.

—¡Nos encierran! —dijo alguien en tono dramático.
—¡Es una injusticia! —gritó un alumno, muy indignado.
Pero la profesora permanecía en silencio, como si todas aquellas quejas le resbalaban.
—Entiendo vuestro enfado —acabó por decir Ofelia para asombro de los alumnos—. Pero todo esto se lo tenéis que decir a la persona que no ha confesado su falta.
—¡No hay derecho! Pensar que el culpable está entre nosotros y es incapaz de decir nada… —dijo alguien, y se cruzó de brazos enérgicamente.
—¡Ah, por cierto! Solo una cosa más. —Ofelia levantó en el aire un pendiente—. Si lográis descubrir quién es, le decís que, esa noche, se le cayó esto mientras huía.
Desde la última fila, alguien aguzaba la vista para confirmar que lo que la señorita sostenía en el aire era uno de sus pendientes favoritos: uno del que colgaban pequeñas conchas marinas.
La chica apretó los dientes con fastidio: llevaba días buscándolo pero ahora ya iba a ser imposible recuperarlo.

Capítulo 35

ETEL Y LETE

Al terminar las actividades deportivas de la tarde, Becky subió rápidamente a su habitación dispuesta a darse una ducha. Nada más abrir la puerta se encontró con Casandra. Se la veía un poco abatida mientras guardaba algo en una pequeña caja. Aunque trató de ocultarlo, Becky pudo ver, de reojo, que se trataba de un pendiente largo de conchas. Exactamente igual al que Ofelia había mostrado a la clase.

A Becky le pareció que Casandra estaba más afectada por el hecho de que el pendiente perdido estuviera en posesión de la señorita que por el castigo general que les acaban de imponer.

—A lo mejor podrías recuperarlo —se atrevió a decirle Becky—. Solo tendrías que confesar que fuiste tú la que merodeabas por el castillo esa noche.

—¿Recuperar el qué? —Casandra se hizo la despistada y guardó rápidamente la cajita—. No sé de qué hablas…

Becky entornó los ojos y se fue directa a la ducha. Cada vez le resultaba más complicado el trato con su compañera de habitación.

En cuanto estuvo lista, bajó al *hall* donde había quedado con los demás. Tal y como habían planeado, Sara y Leo se dirigieron al despacho de las directoras, y Óscar y Becky se quedaron en la habitación inmediatamente anterior, donde estaba el almacén.

Cuando llamaron a la puerta, Etel y Lete estaban en su despacho medio dormidas sobre sus mesas. Al escuchar el toc, toc, toc, la dos mujeres, como movidas por el mismo resorte, se sobresaltaron a la vez.
—¡Adelante! —exclamaron al unísono.
—Buenas tardes —dijo Sara todavía desde la puerta—. ¿Podemos pasar un momento?
Etel levantó la mano.
—Si venís a pedirnos que quitemos el castigo general, estáis perdiendo el tiempo —empezó a hablar Etel
—*General, general. El castigo, el castigo* —dijo Lete, y bostezó abriendo exageradamente la boca.
Su hermana le dio un codazo y la miró de reojo, dándole a entender que debía taparse con la mano al bostezar. Al fin y al cabo, ellas eran unas Wilance y debían dar ejemplo de buenos modales.
—*Lo siento, de caigo me sueño* —se disculpó Lete torpemente.
Etel movió la cabeza dando a entender que su hermana no tenía remedio, y siguió hablando:
—Por aquí ya han pasado varios alumnos pidiéndonos lo mismo y no tenemos ninguna intención de levantar el castigo. —Sacó de su cajón el vaporizador de rosas.
—Bueno, en realidad, nosotros veníamos a hacerles unas preguntas porque estamos haciendo un trabajo —aclaró Sara, que enseguida sacó su cuaderno.

Las dos hermanas se miraron entre sí y asintieron a la vez, como dándose permiso la una a la otra para atender aquellas preguntas.
—Tomad asiento, entonces. —Etel extendió la mano y señaló unas sillas vacías frente a su escritorio.
En ese mismo momento, desde la habitación de al lado llegaron unos extraños ruidos y Leo, para desviar la atención de las dos mujeres comenzó a hablar muy alto.
—¿Cuándo heredaron el castillo?—Soltó a voz en grito.
—Oh, pues, no sabría decirte. —Etel se acarició su esponjoso pelo blanco como si así los recuerdos fueran a venir a su mente—. ¿Tú te acuerdas, Lete?
Lete negó con la cabeza.
—¿Sabéis que somos las primeras mujeres propietarias? —Sus ojos brillaron de satisfacción—. Y al ser mellizas, somos dueñas por partida doble.
—¡Qué bien! ¡Qué bien! —hablaba Leo para llenar el silencio y que no se oyeran los ruidos de la habitación de al lado.
—La segunda pregunta que hemos preparado es —Sara se rascó la cabeza con el boli—: ¿Qué nos pueden decir acerca de la Villa?
—*Ah, de la Villa decir acerca…* —Lete ladeó la cabeza pensativa.
—En realidad no vamos mucho por el pueblo porque todo nos lo hace Benilda. Ella es la que se encarga de comprarnos lo que necesitamos —contestó Etel—, así que os animamos a que le preguntéis a ella.
Etel y Lete levantaron en el aire su pulverizador de agua de rosas.
—Un placer haber respondido a vuestras preguntas —dijeron a la vez mientras movían sus manos diciendo adiós.
Sara y Leo se dieron cuenta de que los estaban echando y de que no debían insistir más. Solo esperaban que a Óscar y Becky les hubiera dado tiempo de encontrar lo que buscaban.

Capítulo 36

DE JOVEN

Como nadie pensaba que los viejos documentos que se acumulaban en el almacén tuvieran valor, nadie se había molestado en instalar un cerrojo en la puerta.
Nada más entrar, Becky tanteó la pared buscando el interruptor de la luz, pero enseguida Óscar la frenó.
—Espera, será mejor que no demos la luz. He traído mi linterna —avisó el chico, y se oyó un clic.
Un haz de luz atravesó el espeso aire del almacén, dando vida a las numerosas partículas de polvo que flotaban en el aire.
—Miremos esa estantería. —Óscar señaló el fondo—. A lo mejor esas cajas contienen los anuarios.
Se acercaron.
El cartón estaba muy deteriorado y, al abrir una de ellas, Becky se quedó con parte de la caja en la mano.
—Son libros de cuentas —susurró la chica—. Y también hay boletines de notas. —Los apartó a un lado—. Nada que nos interese.
Óscar dejó la linterna en el suelo y se puso de puntillas para coger una de las cajas más altas. Pesaba bastante y, al dejarla en el suelo, se oyó un sonoro ¡plaff!
—¡No hagas ruido! —dijo Becky.
—¿Crees que habrán oído algo? —Con cara de apuro, Óscar señaló la habitación de al lado.
—Espero que no, pero ten más cuidado —le advirtió.
—Anda, Becky, ayúdame, ¿puedes alumbrar esta caja? —El chico hizo un gesto de barbilla.
Becky cogió la linterna.
—¡Mira! ¡Son los anuarios! —exclamó Óscar como si hubiera encontrado un tesoro.
Parecía que el sonoro estruendo había merecido la pena.
—¡Necesitamos el de 1957! —dijo Becky—. ¿Recuerdas? Ese fue el último curso que los guardianes estuvieron en el Wilance.
Después de pasar un rato revolviendo entre los anuarios de la caja, Óscar miró a Becky con ilusión.
—Lo tengo, lo tengo —dijo muy animado.
Los dos se sentaron en el suelo.
Becky sujetaba la linterna mientras Óscar pasaba las hojas. Páginas y más páginas llenas de orlas que configuraban las memorias de aquel lejano 1957. Centenares de caras les miraban desde el pasado. Alumnos con sus impolutos uniformes y pelo repeinado.
—Uff, menos mal que ahora no tenemos que llevar uniforme —comentó Becky.
Aunque enseguida pensó que a su madre le encantaría verla con uno de esos jerséis de cuello de pico que tenían el logotipo del colegio cosido en uno de sus lados.
—Je, je, es verdad, no parece ropa muy cómoda… —dijo Óscar pensando en sus excursiones.
Y, acto seguido, el chico cambió de tema.
—¡Mira esta página! —Sus ojos brillaban de emoción.
—¡Es de los alumnos del último curso de 1957! —corroboró Becky.

La fotografía estaba tomada en el exterior del castillo, en la puerta de entrada, y daba la sensación de que todos esos alumnos de último curso se iban a marchar de un momento a otro. El día era gris, con espesas nubes que presagiaban una de aquellas tormentas tan frecuentes en el Wilance. Tal vez por eso, la fotografía parecía hecha con cierta urgencia, pues ni todos los alumnos miraban hacia la cámara ni estaban ordenados por estatura.

—Debajo de la fotografía están los nombres de los alumnos. —Becky enfocó con la linterna—. Ahora solo tenemos que buscar los nombres y apellidos que coincidan con las iniciales de los guardianes.

—Este es clavado a mi abuelo —dijo Óscar, y enseguida comprobó el nombre al pie de la foto —. Fila 3, número cinco, de derecha a izquierda. ¡Es él: Óscar Robles!

También Becky se había entregado a la tarea de localizar a los guardianes como si no hubiera otra cosas más importante en el mundo.

—¡Mira!, este nombre coincide con las iniciales MJ: Manuel Janz —advirtió la chica.

—Anotaré el nombre. —Óscar desenfundó un bolígrafo y se apuntó el nombre en la mano—. Ya solo nos queda uno de los guardianes del castillo.

—¡No me lo puedo creer! —exclamó Becky abriendo mucho los ojos—. Ese de ahí, ese es…

—¿Qué te pasa? —Óscar la miró intrigado, pero preparó el bolígrafo para apuntarse el nombre en la mano.

—No hace falta que te apuntes ese nombre —aseguró la chica.

—¿Por? —quiso saber Óscar, extrañado—. ¿Te pasa algo? —Buscó su mirada.

Pero Becky no le veía. Tenía la mirada y el pensamiento perdidos en la oscuridad del almacén. Tras unos segundos de silencio, habló:

—Porque el tercer guardián del castillo es Antón Muñoz. —Le miró al decir—: Mi abuelo.

Capítulo 37

POR INTENTARLO

Parecía que Óscar y Becky tenían más cosas en común de las que habían imaginado el día que se encontraron en la biblioteca. Esa lejana tarde, la curiosidad los había puesto cara a cara y, ahora, habían descubierto que también les unía la antigua amistad entre sus abuelos. Una amistad cuyos lazos de lealtad y confianza habían trascendido al tiempo.

Durante la cena, la noticia de que el abuelo de Becky también había sido uno de los guardianes del castillo fue recibida con mucha alegría por parte de Sara y Leo. Al fin y al cabo, era una excelente novedad que nadie esperaba.

—¡Esto nos abre un abanico de oportunidades! —exclamó Sara muy emocionada y se giró hacia la derecha para mirar a Becky—. ¿Te das cuenta? Solo tienes que llamarle y contarle que has encontrado el diario.

—¡Eso! —intervino Leo—, y que te explique a qué se refiere la «V» del mapa.

—Así sabremos dónde empieza el camino que debemos seguir —añadió Óscar—. Y podremos continuar la misión del pez esmeralda. ¡Esto es lo mejor que podría habernos pasado!

Leo, Sara y Óscar no paraban de hablar sobre la llamada al abuelo de Becky. Les parecía no solo una excelente idea sino algo muy fácil de hacer.

Sin embargo, Becky no parecía muy convencida, y Sara se dio cuenta enseguida.

—¿Qué te pasa, Becky? No pareces muy contenta.

—Es que no va a ser tan fácil como preguntarle y ya está. —Becky se puso triste—. Igual no me dice nada…

—¿Qué quieres decir? —preguntó Sara, animándola a continuar hablando.

—Mi abuelo… bueno, desde hace un tiempo… —La chica no sabía qué nombre darle al padecimiento de su abuelo y simplemente dijo—: Es que, a veces, mi abuelo no recuerda las cosas.

Becky miró a sus amigos buscando su comprensión mientras multitud de preguntas se adueñaban de sus pensamientos. ¿Qué era realmente lo que le pasaba a su abuelo?, ¿podría decirse simplemente que no recordaba las cosas?, ¿que a veces ni siquiera la reconocía a ella?

—Inténtalo, Becky. —Óscar apoyó su mano en el hombro de la chica—. Tal vez recuerde algo.

—Hay un teléfono en la sala de ocio —le recordó Sara—. Solo hay que pedir el código de desbloqueo.

—Quizá al nombrarle el diario estés tocando una tecla de su memoria… —opinó Leo.

Becky asintió. Sus amigos tenían razón: ¿acaso podían los recuerdos desaparecer sin dejar ni rastro? Tal vez, a los recuerdos les pasara lo mismo que a ellos con su investigación: solo necesitaban una pista más para recorrer el camino correcto.

Aun así, había algo que le preocupaba.

—Pero es que desde el teléfono de la sala de ocio no voy a poder hablar bien. Siempre hay mucha gente alrededor. —Becky recordó que la sala siempre estaba a reventar.

—Ya, eso es cierto. —Leo chasqueó la lengua.

—Si mi abuelo oye mucho barullo se pondrá nervioso y se bloqueará —aseguró Becky.

—Vaya, pues entonces tenemos un problema. En otras circunstancias podríamos haber ido a la Villa y usar el teléfono público de la biblioteca; siempre hay mucho silencio —iba diciendo

Óscar—. Pero con el castigo general, hasta dentro de una semana no podremos ir a la Villa.
—Es mucho tiempo —dijo Becky, apesadumbrada.
Pero, acto seguido, un pensamiento cruzó su mente dejándole un destello de ilusión. La chica abrió mucho los ojos y exclamó:
—¡Sé dónde hay otro teléfono! —Dio una palmada en el aire.

Capítulo 38

UN FAVOR DE VUELTA

No fue hasta el día siguiente por la tarde cuando a Becky se le presentó la ocasión de hablar tranquilamente con Casandra. Al terminar una de sus actividades favoritas, tiro con arco, Becky subió a su habitación y esperó a su compañera. Seguro que Casandra pasaba por allí para darse una ducha antes de bajar a la sala de ocio.

—¿Mi móvil? ¿Que te deje mi móvil? —Señaló hacia sí mientras remarcaba las últimas palabras —. ¡Tú flipas!

—Por favor, Casandra, es una llamada muy importante. —Becky juntó las manos en actitud de súplica.

—A ver, pero es que no oíste a las directoras en la reunión de bienvenida o qué. Hay un teléfono en el colegio para casos importantes. —Casandra clavó sus ojos en la frente de Becky—. Pide permiso para usarlo.

—Sí que las oí. Pero parece que tú, no. —La retó con la mirada—. Casandra, te estoy guardando más de un secreto…

—Oye, a ver, que no te debo la vida, ¿eh? —Casandra entornó los ojos—. Que yo tampoco me chivé de que tú te escapaste aquella noche.

—Sabes perfectamente que el pendiente que encontró Ofelia es tuyo. —Becky señaló el cajón de la mesa de Casandra—. Vi cómo escondías ahí uno igual.

—Bueno, sí. —Reconoció Casandra, un poco incómoda.

—Hubiera sido más inteligente que te deshicieras de él —le recomendó Becky—. Imagínate que lo descubre.

Casandra fue hasta la mesa de estudio y sacó la caja donde guardaba el pendiente.

—No sé si podré recuperar el otro de alguna manera —suspiró Casandra—. Era un regalo, un regalo importante.

—Casandra, por favor, mi llamada también es importante —suplicó Becky.

Casandra movió en el aire el solitario pendiente de conchas. Parecía triste al verlo tan solo. Segundos después la chica suspiró y lo guardó en la caja.

—Mira, si pudiera salir del castillo para hacer esa llamada, no te lo pediría —continuó Becky—. Pero resulta que nos han puesto un castigo a todos los alumnos sin poder salir del castillo… ¡estamos atrapados!

Justo era así como se sentía Casandra y, de alguna manera, pudo comprender la desesperación de Becky.

—Bueno, vale —cerró el cajón—, te dejo el móvil.

Becky se levantó y le dio un abrazo.

—Pero solo cinco minutos, ¿eh? —Casandra se deshizo del abrazo—. Ahora voy a ducharme. En cuanto salga del baño me lo devuelves.

—Sí, sí, descuida, seré breve. —Becky sonrió.

Y dicho esto, Becky se dio cuenta de que había estado tan concentrada pensando en cómo conseguir el móvil, que no había tenido tiempo para pensar qué le iba a decir a su abuelo. Así que, cuando su madre descolgó el teléfono, la chica tuvo que improvisar.

—Ay, hija mía, ¡qué alegría oír tu voz! ¿qué tal estás?, ¿comes bien? —Su madre la acribilló a

preguntas.
—Sí, mamá, no te preocupes… —le iba diciendo Becky con prisa—. ¿Puedes ponerme con el abuelo?
—¡Antóóón! Ponte al teléfono que es tu nieta. —La madre dio una voz.
Al otro lado del teléfono, los pasos de su abuelo llegaban amortiguados por sus zapatillas de estar en casa.
—¡Abuelo! Soy yo, Becky —dijo con voz animada.
Pero, al otro lado del teléfono, lo único que se escuchaba era la fuerte respiración del anciano.
—Abuelo, ¿te acuerdas cuando me contabas todas esas historias acerca del castillo Wilance? —Becky siguió llenando el silencio—. Pues ahora sé que era verdad todo lo que me contabas.
Silencio. Silencio. Más silencio.
Los peores presagios de Becky parecían confirmarse. Era imposible dar con la tecla que supuestamente iba a activar los recuerdos de su abuelo. Sin embargo, si la chica hubiera estado en su casa, junto a su abuelo, habría podido ver un destello, algo que brillaba en lo más profundo de los ojos del anciano mientras ella nombraba el Wilance.
—Abuelo, fuiste muy valiente al querer investigar lo del pez esmeralda… —continuó Becky.
Tras decir estas dos últimas palabras, una fuerte tos, al otro lado del teléfono, sorprendió a Becky.
—Debió de ser muy emocionante ser uno de los tres guardianes del castillo, ¿sabes algo de un plano y una «V»? —soltó todo seguido.
Los ojos del abuelo brillaron aún con más fuerza y, tras varias toses, dijo con esfuerzo:
—La quinta torre.
Tras escuchar las fuertes toses, la madre fue hasta donde estaba el abuelo y le quitó el teléfono.
—Hija, soy yo. Ya perdonarás —resopló la madre—, será mejor que llames otro día a tu abuelo.
—Vale, mamá, así lo haré. Un beso para todos. —Becky colgó.
Gracias a las palabras de su abuelo acababa de encajar la última pieza del rompecabezas.
La «V» mayúscula del plano era, en realidad, un cinco en número romanos.
¡El camino subterráneo empezaba en la quinta torre!

Capítulo 39

PREPARATIVOS

Tuvieron que esperar tres días para llevar a cabo su plan. Aunque estaban muy impacientes por recorrer los túneles del castillo pensaron que no era nada prudente lanzarse a recorrer los pasadizos subterráneos sin provisiones.
Sara había anotando todo lo que iban a necesitar: cantimplora, comida y pilas para la linterna de Óscar.
Por suerte, ese día era domingo y el castigo general había terminado. Los alumnos volvían a tener permiso para salir del castillo y eran libres de coger el bus hasta la Villa, si así lo deseaban.
—Necesitaríamos alguna otra linterna —propuso Sara y arrancó la hoja de su libreta para dársela a Leo—. Ah, y toma también mi dinero.
Aunque podían haber pasado todos juntos la tarde en la Villa, decidieron que fuera solo Leo al pueblo, mientras los demás buscaban el acceso secreto a los túneles subterráneos en la quinta torre.
—Toma mi dinero también. —Becky le entregó su parte.

—¡Y el mío! —Óscar sacó unas monedas de su bolsillo.

—¡Ah!, si te sobra algo, puedes tomarte un helado de nuestra parte —bromeó Sara—. Por lo que parece esta noche nos hará falta energía extra.

Si había una tienda capaz de vender desde linternas hasta comida, era la tienda que todos conocían como El Bazar.

—¿Dónde os busco cuando vuelva? —dijo Leo antes de poner rumbo al bus.

—Te estaremos esperando en el *hall* —contestó Óscar.

—¡Hasta dentro de un rato! —Leo se despidió.

Esa tarde fue muy productiva. Óscar, Sara y Becky pudieron moverse a sus anchas por el castillo, ya que los alumnos, y la mayoría de los profesores, no dudaron en subirse al bus para disfrutar de una tarde en la Villa.

Solo el profesor Petrus Plancius se quedó en el colegio. El hombre tenía otros planes para el domingo y, poco después de que el bus arrancara, apareció en el *hall* ataviado con unas botas altas de pescador, una red colgada a la cintura y un cubo de plástico.

—¡Hola, profesor! —saludó Becky.

—¿Quién me llama? —Miró hacia los lados.

—Ah, sois vosotros. Pero ¿cómo es que no habéis ido al pueblo? —les preguntó.

—Tenemos otras cosas que hacer —argumentó Becky.

—Yo también. —El profesor desplegó un enorme papel y lo puso frente a los ojos de Becky—. ¿Lo ves? Tengo que ir rápidamente a las rocas de la playa ahora que la marea está baja.

La chica pudo ver que la hoja estaba llena de datos.
—¿Qué es esto? No entiendo. —Trató de descifrarlos.
—Es una carta de mareas. Mira, aquí. —Petrus señaló la columna de las fechas—. Hoy es dos de julio y… —siguió con el dedo la fila correspondiente— la marea alta llegará de madrugada.
—¿La marea alta? —Becky se asomó al papel.
—Sí, pero no será una marea alta cualquiera. Será una poderosa marea viva —remarcó la última palabra, y añadió—: una marea muy muy fuerte.
Becky, Óscar y Sara lo miraban en silencio y el profesor, al ver su interés, continuó la explicación.
—Esta noche habrá luna llena —dijo—, y esta fase lunar provoca lo que yo llamo «mareas feroces»: el nivel del mar subirá rápidamente en muy poco tiempo.
Becky imaginó la bonita imagen de un mar inmenso que crecía a toda velocidad bajo la luz de la luna llena.
—Y esto significa que es ahora cuando la marea está más baja y puedo dedicarme a estudiar la vida en las rocas. —Petrus señaló el cubo—. Tal vez encuentre cangrejos y moluscos de los que se alimentan mis queridas aves.
—¡Qué interesante! —dijo Becky.
—Os diría que vinierais conmigo —miró a los tres alumnos—, pero no podría atenderos.
—Mejor nos quedamos en el castillo. —Sara levantó la mano para despedirse—. ¡No se preocupe!
Los tres fueron hasta la quinta torre y pasaron toda la tarde buscando la entrada a los túneles.
Transcurridas unas horas, Leo regresó al castillo.
—Solo quedaban linternas pequeñas. —Las sacó de su mochila—. Elegid la que queráis.
—Qué monas, son de esas tipo llavero. —Becky cogió la roja y se la guardó en el bolsillo.
—Bueno, no parecen lo mejor para adentrarnos en unos pasadizos subterráneos, pero si no hay otra cosa… —opinó Sara mientras cogía la azul.
—He comprado también todo lo demás. —Leo mostró el contenido de su mochila—: Barritas de cereales, una cantimplora, golosinas…
—Eh, ¡no dijimos nada de golosinas! —bromeó Sara.
—No he podido resistirme —reconoció Leo—, pero también traigo las pilas para la linterna grande.
—Genial, entonces las linternas pequeñas solo las usaremos para una emergencia —advirtió Óscar.
—Y, a vosotros, ¿cómo os ha ido la tarde? —preguntó Leo—. ¿Habéis encontrado la entrada secreta?
—Creemos que sí, ¡es una pequeña trampilla en el suelo! —anunció Óscar.
—¡Entonces esta noche hay excursión! —Leo levantó los brazos en señal de victoria.
—A las doce en las caballerizas. —Óscar miró al grupo—. Becky, recuerda traer el diario con los planos.
La chica levantó el pulgar.

Capítulo 40

BAJO LA QUINTA TORRE

Solo el canto de los grillos rompía el silencio de esa tranquila noche de verano. En la pradera, un suave viento mecía las amapolas, mientras al otro lado del acantilado el murmullo de las olas llegaba como un susurro lejano.

Hubiera sido la noche perfecta para acampar al aire libre o tumbarse sobre la hierba bajo la luz de la luna llena. Sin embargo, Óscar, Becky, Sara y Leo tenían una cita con los oscuros pasadizos del castillo, que se desperdigaban bajo tierra como si fueran las raíces de un árbol centenario.

Los cuatro amigos estaban un poco nerviosos, y no era para menos. Esa noche se jugaban mucho. No solo se trataba de encontrar alguna pista que les condujera al pez esmeralda, también sabían que, si les pillaban, les expulsarían del colegio y deberían decirse adiós.

—¡Eh, Becky, estamos aquí! —Alguien la llamó desde la oscuridad.

—Uff, memos mal que has llegado —se oyó una voz desde la penumbra—, ya pensábamos que no ibas a venir. Habíamos quedado a las doce…

—Lo siento —susurró, y se reunió con sus amigos.

Cuando Becky llegó a las caballerizas ya era más de la una de la madrugada. La chica no había podido escaparse antes ya que el móvil de Casandra no había parado de sonar y los mensajes mantenían despierta a su compañera de cuarto. No fue hasta la una cuando Becky dedujo que Casandra se había quedado dormida pues, a partir de ese momento, dejó de atender el móvil.

—No pasa nada, lo importante es que ya estamos todos juntos —dijo Sara y se acercó a su amiga.

—¿Vamos? —Óscar levantó la trampilla y señaló un agujero en el suelo.

Uno a uno fueron adentrándose en la oscuridad. Becky fue la que, con el diario en un mano y la linterna grande en la otra, guiaba al grupo por los túneles.

—Ahora tenemos que encontrar esta rampa de aquí. —Señaló un punto en el mapa del diario—. Es la que nos conducirá hasta un nivel inferior.

—Por cierto, ¿qué era lo que teníamos que buscar? —preguntó Leo, que andaba un poco despistado.

—La flecha final dibujada en el mapa tiene las iniciales de los guardianes dentro de un círculo, ¿recuerdas? —explicó Sara—. Seguramente las grabaron en alguna pared, así que estemos muy atentos a los muros.

—Y mirad de vez en cuando al suelo también, ¡o podríais resbalar! —les advirtió Óscar antes de entrar en el túnel principal.

Las gotas de agua caían desde el techo y formaban grandes charcos en el suelo. Después de caminar durante varios minutos encontraron una rampa muy estrecha por la que tuvieron que dejarse caer como en un tobogán.

—¿Estáis bien? —Se preocupó Becky al oír un lamento.

—Sí, no te preocupes, es solo un rasguño —dijo Leo con cara de dolor mientras se tocaba la pierna.

—¿Solo un rasguño? Mírate, se te ha roto el pantalón. — Sara señaló el vaquero del chico.

—Nada que no se pueda solucionar con aguja e hilo —dijo Leo de manera optimista—.

¿Seguimos?
El grupo se detuvo un momento a consultar el mapa.
—¿Derecha o izquierda? —dudó Becky cuando el camino se bifurcó—. Esto no está dibujado en el mapa.
—Pero no parece que nos hayamos confundido de camino. —Óscar se puso al lado de la chica para estudiar el mapa—. Esperadme aquí un momento.
Óscar cogió la linterna grande y fue a mirar el camino de la izquierda. Al cabo de un rato, regresó.
—En el otro lado están las mazmorras —anunció el chico—. Será mejor que sigamos por la derecha.
—No me quiero ni imaginar estar presa en este lugar tan tenebroso —dijo Sara, y sintió un escalofrío.
Conforme se adentraban en las entrañas el castillo, los túneles se iban haciendo más estrechos. Después de caminar media hora y tropezar varias veces con piedras sueltas, Leo alertó al grupo:
—¡Aquí están las iniciales! —anunció al encontrar unas extrañas marcas talladas en una de las paredes.
—Entonces este es el punto hasta el que llegaron los guardianes del castillo. —Becky se acercó a las marcas.
La chica repasó con el dedo las iniciales del nombre de su abuelo. Algo brilló en sus ojos al imaginarlo allí, años antes, en el mismo lugar donde ella estaba ahora y pensó que, de alguna manera, ella era ahora la guardiana de uno de los recuerdos de su abuelo.
—A partir de este punto comienza nuestra investigación. Debemos extremar las precauciones: ahora ya todo es desconocido —Óscar se dirigió al grupo.
—Iremos con los ojos muy abiertos —dijo Sara.
—Tal vez alguno de estos caminos nos lleve hasta el pez esmeralda. —Becky señaló cuatro caminos diferentes.
—¿Cuál seguimos? —preguntó Leo.
El grupo decidió continuar por el camino central. Pero, al poco, volvían a estar en el mismo punto.
—No lo entiendo, volvemos a estar donde las iniciales. —Leo se rascó la cabeza—. Es un camino absurdo.
—Tenemos otras opciones. —Óscar fue hacia la izquierda.
Una hora estuvieron recorriendo esos túneles que les llevaban de estrechos pasadizos a amplios corredores en los que, nuevamente, tenían que volver a escoger entre varios caminos. La cosa se complicaba y empezaron a preocuparse, pues no estaban llegando a ninguna parte.
De pronto, Becky se paró en seco.
—¡No hay salida! —Se giró—. Es inútil continuar.
Alumbró con la linterna una pared.

Capítulo 41

NUEVOS PLANES

La preocupación comenzaba a hacer mella en el grupo. Se sentían perdidos y con miedo. Sabían que si ellos no lograban encontrar el camino de vuelta, nadie podría ir a rescatarlos. ¿Cuánto tiempo podrían sobrevivir con unas cuantas barritas de cereales y el agua de una cantimplora?

También el cansancio les estaba pasando factura, y fue Leo quien propuso descansar.

—Podríamos pasar la noche aquí. —Leo trató de poner su mejor sonrisa—. Y mañana, cuando amanezca, encontraremos el camino de vuelta.
—Pero ¿cómo sabremos cuál es el camino correcto? —Sara señaló los tenebrosos pasadizos.

Leo propuso que, cuando amaneciera, podrían orientarse por el ruido de la campana del colegio, la que hacía de despertador general. Era lo suficientemente potente como para que la oyeran desde los túneles.

Sara, Óscar y Leo se tumbaron sobre las mochilas y no tardaron en quedarse dormidos. Mientras tanto, Becky cogió su mochila, guardó el diario y sacó una barrita.

Al terminar de comerla dejó a un lado la mochila, miró a sus amigos una vez más y se dispuso a dormir un rato.

Sin embargo, cuando se apoyó en el muro, la pared se abrió durante unos segundos, y Becky cayó y cayó hacia un lugar desconocido.

—¡¡¡Aaah!!! —Rodó escalera abajo.
La chica gritaba tratando de alertar a sus amigos, pero su voz era incapaz de traspasar las gruesas piedras del muro, que ya se había vuelto a cerrar.
—¡¡Saraaa!! ¡¡Leooo!! ¡¡Óscaaar!! —Los nombres de sus amigos rebotaban contra la pared.
Todo estaba oscuro ahí abajo.
La chica recordó la linterna llavero que aún guardaba en el bolsillo. En ese momento, era lo único que tenía. La apretó con fuerza antes de encenderla y se dijo que volvería a subir por la escalera.
Al llegar arriba, golpeó el muro con sus puños, pero no consiguió que nadie la oyera al otro lado.
Todo parecía inútil.
Becky se tapó los ojos con las manos y apoyó la frente en el frío muro.
Estaba sola.
Estaba perdida.
Estaba herida.

Capítulo 42

LA MAREA

Becky sintió un fuerte dolor. Al rodar por la escalera se había lastimado el brazo. Pero ahora debía concentrarse en cómo salir de ahí.

Con la frente todavía apoyada en la pared decidió que, si el muro estaba cerrado a cal y canto, buscaría un camino escaleras abajo.
La luz de su linterna no fue suficiente para alumbrar por completo la habitación que encontró al final de la escalera y tuvo que ir enfocando por partes. Lo que no entendía era qué tipo de habitación era aquella que tenía el suelo lleno de agua.

La chica enfocó hacia arriba para ver si el agua caía del techo, pero pronto descubrió que aquello no podía ser consecuencia de la humedad.
El nivel del agua subía por momentos.

Miró hacia los lados y enfocó alrededor de la habitación. Seguramente, pensó, toda esa agua procedía de algún conducto de desagüe. Sin embargo, por más que buscó, no vio ninguna tubería.

En cuestión de minutos, el agua le llegaba más arriba de las pantorrillas.

Fue al alumbrar la pared del fondo cuando descubrió una puerta. Tenía algunas grietas, pero permanecía cerrada.

Tal vez podría ser… ¡una salida!

Becky se dirigió hacia allí, aunque sus movimientos eran tan lentos que por un momento pensó que no iba a ser capaz de alcanzar la puerta.

El nivel del agua alcanzó su cintura.

Ya había logrado llegar hasta el centro del habitáculo, cuando, de pronto, un resplandor surgió desde las profundidades del agua.

El destello era verde como el color de la piedra esmeralda.

Becky miró hacia la puerta. El tiempo jugaba en su contra. El nivel del agua seguía subiendo. Pero merecía la pena intentar averiguar qué era aquello.

Llenó de aire sus pulmones y se sumergió por completo en el agua. La herida del brazo le ardió como si estuviera dentro de un fuego.

Una mueca de dolor cruzó su rostro.

«—Esta agua es salada, por eso me escuece tanto la herida —pensó—. ¡Tal vez esa puerta dé al mar!»

Becky tanteó el suelo hasta que sus dedos tocaron un objeto. Su forma era alargada y le pareció distinguir que tenía un par de alas… ¿qué era eso?

¡La joya del pez esmeralda!

La cogió y buceó hacia la puerta.

Todavía pudo sacar la cabeza una vez más y coger aire.

El agua ya le llegaba por la barbilla.

Tenía que darse prisa.

Ahora solo tenía una oportunidad de sobrevivir.

Empujó la puerta con todas sus fuerzas.

Volvió a intentarlo.

Y una vez más.

En el último impulso, varias burbujas de aire escaparon de su boca.

Capítulo 43

AUSENCIA

Todavía medio dormida, Sara se giró a un lado y a otro tratando de encontrar una postura mejor. Pese a que tenía la cabeza apoyada en las piernas de Leo, comenzaba a estar incómoda en aquel suelo frío y duro y, después de removerse varias veces, se despertó por completo.

En cuanto abrió los ojos, se dio cuenta de que algo raro había sucedido: Becky había desaparecido.

—¡Despertad! —Zarandeó a sus amigos—. ¡Rápido!

—Cinco minutitos más, porfa… —pidió Leo y, acto seguido, escondió la cabeza debajo de la mochila.

—¿Qué pasa? —Óscar abrió los ojos y miró confundido hacia los lados.

—¡¡Becky no está!! —advirtió Sara.

—¿Cómo que no está? —Óscar se incorporó—. ¡Eso no puede ser!

—Sus cosas siguen aquí, pero ella no está. —Sara señaló la mochila.

—Bueno, mantengamos la calma, ¿vale? —Leo se frotó los ojos—. Tal vez ha ido a investigar por su cuenta, estará a punto de regresar.

—¿Sin decirnos nada? —Sara negó con la cabeza.

—Mira en tu libreta, quizás nos haya dejado una nota. —Se le ocurrió a Óscar.

Sara se dio prisa por mirar una a una las páginas de su cuaderno. Sin embargo, no encontró rastro de ningún aviso, ni de nada que les indicara adónde se había ido Becky.

—Tengo un mal presentimiento —confesó.

—A ver, por favor, que digo yo que no es posible que se haya evaporado —razonó Leo—. La gente no desaparece así como así.

—Cierto, tiene que estar en algún sitio. —Óscar se puso en pie—. Busquemos por los túneles.

Con un destello de esperanza, Sara se dispuso a recoger la mochila de Becky. Fue entonces cuando esa chispa de esperanza se desvaneció por completo al ver que a un lado de la mochila estaba el envoltorio de una barrita y, al otro lado, la cantimplora abierta, con el tapón todavía desenroscado. Daba la sensación de que Becky se había tenido que ir a toda prisa, sin tener tiempo siquiera de cerrar la cantimplora o recoger el envoltorio.

—Chicos, me temo que Becky no se ha ido a explorar por su cuenta… aquí ha pasado algo muy raro. —Sara se llevó las manos al rostro.

Leo se puso a su lado y le pasó la mano por el hombro tratando de reconfortarla.

—La encontraremos —aseguró, aunque su voz no sonó nada convincente.

Los tres se pusieron en marcha y se adentraron en los húmedos pasadizos mientras la llamaban a voz en grito.

—¡¡Beckyyy!!, ¡¡Beckyyy!! ¡¡¿Dónde estás?!!

Sus voces rebotaban contra los muros que les devolvían sus palabras como un eco que no acepta preguntas.

Ninguno de los tres sabía hacia dónde se dirigían, pues ya estaban perdidos desde antes de ponerse a buscarla. Sin embargo, pasado un rato, se sintieron todavía más derrotados: no había rastro de su amiga.

A las cinco de la madrugada, se dieron por vencidos.

—Solo podemos hacer una cosa más. —Óscar los miró muy serio.
—Haré lo que sea por encontrarla —dijo Sara.
—Tenemos que contar toda la verdad en el colegio —dijo el chico—. Es la única manera de que nos ayuden a buscarla.
—Tal vez puedan avisar a las autoridades y seguro que vendrán con equipos de salvamento especializados. —Sara asintió con la cabeza.
—Estoy de acuerdo. Quedan algo menos de dos horas para que salga el sol. —Leo consultó su reloj—. Y algo más para que el colegio empiece su actividad diaria.
Los tres se fundieron en un abrazo.
Sabían que, en cuanto contaran la verdad, serían expulsados del colegio y no volverían a verse más.
Aquello era una despedida.

Capítulo 44

UNA LUZ EN MEDIO DE LA NOCHE

Un fuerte crujido se ahogó bajo al agua cuando la puerta cedió. Al salir de la extraña habitación, Becky confirmó que al otro lado estaba el mar.

El mar y rocas.

La chica logró sujetarse a un saliente del acantilado mientras su cuerpo era mecido por el oleaje. Estaba realmente cansada y la herida del brazo le palpitaba de dolor, pero se sentía afortunada: respiraba, respiraba y estaba viva.

—Espero que todo esto haya merecido la pena. —Apretó hacia sí el pez esmeralda.

La luz de la luna caía sobre el mar y dejaba un camino de plata, pequeños destellos que titilaban con las olas. Becky lo contempló por un momento y se dijo que ese no era su camino.

¿Cómo iba a llegar a tierra firme?

Se le ocurrió entonces trepar por las rocas del acantilado. Sin embargo, pronto desechó la idea: había varios metros hasta arriba y, una vez allí, se encontraría con los muros del castillo, imposibles de franquear.

Miró al frente. El amplio mar se mostraba ante sus ojos como una promesa insondable y temible, pero era su única salida: si no podía trepar por el acantilado, tendría que nadar hasta alguna playa.

La chica buscó un indicio que le dijera hacia qué dirección nadar cuando vio, a lo lejos, el fuego de una hoguera. Nadaría hacia allí.

Becky calculó la distancia y se sintió en desventaja. No dudaba de sus fuerzas, ni tampoco de ella. Sabía que era una buena nadadora. Tampoco le asustaban las frías aguas, ni la dificultad de tener que nadar con ropa. Pero sabía que el mar era caprichoso y que si caía en una mala corriente, las aguas la arrastrarían a su antojo.

Sin embargo, no podía hacer otra cosa. Con determinación apretó su cinturón para aprisionar el pez esmeralda contra su cuerpo. De esta manera quedaría sujeto y ella tendría los brazos libres para nadar.

Antes de lanzarse al mar, Becky pensó en su abuelo, en su madre, en su padre. Luego pensó en Óscar, en Sara y en Leo.

Miró al cielo y murmuró algo, tal vez una plegaria o una sencilla despedida.

Se lanzó al agua.

Nadó, nadó y nadó.

Hasta que no pudo más.

Capítulo 45

¿QUIÉN ERES?

Mientras un bulto oprimía su tripa, las pequeñas conchas se le clavaban en la cara como miles de cristales. Boca abajo y tirada en la orilla, las olas le mojaban los pies como si estuvieran animándola a levantarse.
—¿Eh, quién hay ahí? —Se oyó una voz.
El olor a madera quemada se mezclaba con la brisa marina.
Becky logró abrir un ojo. Alguien se acercaba hasta ella.
—¿Estás bien? —Un chico se arrodilló a su lado y la ayudó a sentarse.
Al incorporarse, una bocanada de agua salió por su boca, al tiempo que comenzaba a tiritar.
—Estás helada —dijo el desconocido—. Ven conmigo.
Becky trataba de dar las gracias, pero era incapaz de articular palabra.
—Toma, tápate con esto. —El desconocido se quitó la manta que rodeaba sus hombros y se la dio a Becky.
La chica se cubrió de pies a cabeza tratando de alejar la humedad y el frío y poco a poco fue entrando en calor.
Desde lejos, se oían conversaciones, gente que charlaba y reía alrededor del fuego.
—¡Jaime! —lo llamó otro chico—. ¿Vienes?
—¡Eso, Jaime! ¿Se puede saber qué estás haciendo? Tenemos que empezar a recoger o llegaré tarde. —Se oyó a lo lejos la voz de una chica.
Esa voz.
Becky la reconoció. No esperaba encontrarla allí. De nuevo, parecía que el destino las ponía cara a cara.
—¡Esperad! Aquí hay alguien. Ha debido de naufragar —explicó entonces el chico y dejó su mirada perdida en el mar, esperando ver una embarcación a la deriva.
Despacio y con pasos cortos, Becky y el desconocido se dirigieron hacia la hoguera. La luz del fuego se reflejaba en los rostros de un grupo de amigos y sus caras parecían a ratos luminosas, a ratos llenas de sombras.
Cuando Becky llegó a su altura, todo el grupo miró con curiosidad a aquella misteriosa persona que había acaparado las atenciones de Jaime.
Nadie sabía quién era. Nadie excepto una de las chicas que, al ver un mechón de pelo rojo asomando por la manta, dio un grito.
—¡¿Becky?! —exclamó Casandra —. ¿Qué haces aquí?
—Es muy largo de contar. —Poco a poco Becky dejó al descubierto su rostro—. ¿Y tú? ¿Qué haces tú aquí?
—¿Os conocéis? —Se extrañó Jaime.
—Es mi compañera de habitación del internado. —Casandra la miró de arriba abajo—. Pero ¿de dónde has salido?
—No sabría explicártelo —Becky dirigió la vista hacia el mar y añadió—: Y tampoco sé volver al colegio.
—Esta es una de las calas secretas del castillo y conecta con el internado —dijo Casandra en tono misterioso—. Y bueno… ya que las dos vamos al mismo sitio, te llevaré de vuelta. Pero con

una condición: que no digas nada a las directoras.
—Descuida —respondió Becky.
Y enseguida pensó en Óscar, Leo y Sara. ¿Habrían conseguido encontrar el camino de vuelta? ¿O todavía estarían bajo tierra y debería de ser ella quien regresara a los túneles para rescatarlos?
Empezaba a amanecer.
El cielo comenzó a cambiar de color. El negro mudó a unos tonos azulados cada vez más llenos de luz.
Becky se llevó la mano a la altura del cinturón donde todavía llevaba el pez esmeralda y recordó la leyenda: quien lo contemple a la luz del sol quedará atrapado en una tristeza infinita que borrará de su cara cualquier rastro de felicidad.
La chica miró su reloj. Apenas quedaba media hora para el amanecer.
—¿Podemos volver ya al castillo? —le pidió a Casandra.
—¡Chicos! ¡Nos vemos pronto! —se despidió Casandra de sus amigos.
Y, para sorpresa de Becky, les dio un gran abrazo. Allí, a la luz de la hoguera y en la orilla de esa playa, su antipática compañera de habitación parecía otra persona completamente diferente.
Un montón de preguntas inundaron la mente de Becky. ¿Quién era de verdad Casandra? ¿Era la desagradable compañera o la simpática chica de la playa? ¿Quiénes eran esas personas que estaban con ella?
—No están en nuestro colegio… ¿quiénes son? —la interrumpió Becky mientras seguía a Casandra por un estrecho sendero.
—Solo te digo que es mi pandilla del verano. —Casandra se giró—. Pero mejor no hagas más preguntas, ¿vale?

Capítulo 46

JUSTO A TIEMPO

Sara, Leo y Óscar lograron encontrar el camino de vuelta gracias al estruendoso sonido que llegó desde el colegio cuando sonó la campana.
Ahora estaban en las caballerizas, todavía dentro del túnel, dispuestos a abrir la trampilla que les llevaría, por fin, a un nuevo y especial día.
—¡Salgamos rápido! —exclamó Sara mientras empujaba a Leo—. Cada minuto que pasa podría ser decisivo para encontrar a Becky con vida.

—No te pongas en lo peor, por favor. —Leo tragó saliva al pensar en la verdadera gravedad del asunto.
—Hay que dar la voz de alarma y que llamen al equipo de salvamento. —Óscar se sacudió los pantalones.
A la luz del día, el aspecto de los tres amigos era bastante deplorable.
A Leo se le habían roto aún más los pantalones, la camiseta de Óscar estaba hecha jirones y Sara tenía la cara tiznada de negro y el calzado destrozado.
—Oh, mirad mis zapatillas —dijo la chica señalando la suela a punto de despegarse por completo.
Pero enseguida cambió de tema, pues determinó que no tenía tiempo de subir a su habitación y cambiarse.
El tiempo era oro.
—¡Mirad! Ahí está Petrus Plancius… —Sara se limpió la cara con un pañuelo—. ¿Y si se lo contamos todo a él primero?
—Buena idea. Tal vez las directoras no sepan ni qué hacer —dijo Óscar recordando que las hermanas Etel y Lete huían de los problemas a toda costa.
—¡Y tanto! ¡Chuff, chuff, chuff! —Leo hizo el gesto de rociar a sus amigos con un espray imaginario—. Son capaces de sacar su vaporizador de agua de rosas y quedarse tan anchas.
Aunque Petrus Plancius era el profesor que mejor les caía, los tres amigos necesitaron armarse de valor para ir a su encuentro.
La desaparición de Becky era algo muy grave, como también lo era el hecho de haber desobedecido las normas del colegio.
Por muy comprensivo que fuera Petrus Plancius, los tres esperaban una reacción acorde a la gravedad de la situación.
—¡Profesor! —Sara salió a su encuentro—. Perdone que le molestemos, pero ¿tendría un momento?
Esa mañana, Petrus estaba contento. Iba silbando una melodía mientras cargaba con dos bolsas de migas de pan que se movían a los lados al son de sus pasos.
—Buenos días, chica colibrí. —Sonrió—. ¿Me buscabais?
Los tres asintieron con la cabeza, pero ninguno se atrevió a hablar.
Pasados unos segundos fue Leo quien, en uno de sus impulsos, intentó comenzar el relato de lo sucedido.
—Verá profesor es que … —dejó la frase sin acabar, las palabras no acudían a su boca.

El chico se quedó un rato moviendo los labios sin lograr articular palabra hasta que Óscar intentó continuar.
—Es que tenemos algo que contarle. Algo gordo. —Óscar miró a Sara como cediéndole la palabra
—Sí, algo que lo va a cambiar todo… —Sara introdujo el tema de esta manera.
Petrus Plancius dejó las bolsas en el suelo y levantó una mano para interrumpir sus palabras.
—Tranquilos, tranquilos. Lo sé todo. —Se empujó sus delicadas gafas y los miró de arriba a bajo.
Los tres amigos se miraron extrañados. ¿Cómo era posible que lo supiera?
—¿Os extrañáis? —Las pobladas cejas del profesor se arquearon—. Os recuerdo que soy un científico. Un gran científico. Y, por lo tanto, un gran observador.
—Bueno, sí nos extraña, cómo es posible que… —Leo se lanzó a hablar pero enseguida Petrus le interrumpió.
—Llevo tiempo analizando vuestro comportamiento igual que hago con mis queridos patos… —Se sacudió las manos y varias migas de pan volaron de entre sus dedos.
—¿¿En serio?? —dijo Óscar en un arrebato.
—Así es. Y sé que estáis en un apuro. —Asintió varias veces el profesor.
—Un gran apuro diría yo —se le escapó a Leo.
—Me hago cargo. No os preocupéis —dijo Petrus—. Lo que os ha pasado le puede pasar a cualquiera.
Los tres amigos se miraron entre sí, desconcertados.
—Uno llega a un colegio de verano y lo que menos le apetece es ponerse a hacer un trabajo —siguió hablando el profesor—. Sin duda, prefiere salir a pasear…
Petrus se quedó pensativo, como si estuviera recordando sus tiempos de estudiante, pero enseguida continuó.
—Pero entonces ¿de verdad sabe lo que nos pasa? —quiso asegurarse Sara.
—Os he visto varias veces perdiendo el tiempo por aquí y por allí, y ahora estáis desesperados porque no habéis hecho casi nada del trabajo. Eso es lo que os pasa. —Movió la mano de manera indefinida—. Esta noche os habéis quedado hasta tarde intentando recuperar el tiempo perdido, ¿no?
—Es cierto que no hemos dormido nada. —Sara bajó la cabeza y miró al suelo—. Pero no…
—Desde luego, desde luego, solo hay que veros. Parecéis unos zombis. —Petrus se echó a reír y su enorme tripa rebotó bajo su chaleco.
—Y tampoco hemos desayunado… —pensó Leo en voz alta.
—No os preocupéis, no os preocupéis, ya iréis haciendo el trabajo poco a poco, no es algo tan grave —dijo el profesor con voz suave—. Ahora, si me disculpáis, tengo que irme.
Se agachó para recoger las bolsas de pan y comenzó a caminar.
—Pero no es eso lo que nos pasa… —Sara fue tras él.
Esa mañana, Petrus Plancius estaba de lo más comprensivo y Sara pensó que no podía dejar pasar la oportunidad de pedir ayuda.
La chica lo alcanzó y se puso a caminar a su lado, dispuesta a soltarle toda la verdad, cuando la voz de Óscar se oyó por encima de la suya, ahogando sus explicaciones.
—¡¡Bueno, Petrus, muchas gracias por su compresión, intentaremos ponernos al día!! —chilló Óscar y fue directo hacia Sara.
La chica sintió que una mano la cogía por el hombro tratando de frenar sus pasos.
—Pero ¿qué pasa? —Sara lo miró intrigada.

¿A qué se debía ese cambio de actitud?
—Por cierto —dijo el profesor desde lejos al tiempo que levantaba un dedo—, ¿sabéis que hay unos pájaros que anidan en túneles?

Capítulo 47

A LO LEJOS

Óscar había visto a Becky a lo lejos. La chica parecía preocupada y caminaba con prisa hacia la quinta torre, seguramente con la intención de adentrarse en los túneles y buscar a sus amigos.
—¡Estás sana y salva! —Sara se lanzó a sus brazos.
—Nos temíamos lo peor. —Leo la miró de arriba a abajo, como intentando descubrir a qué se debían todas esas magulladuras y arañazos—. ¿Estás bien?

—No te encontramos por ningún sitio. ¿Dónde te fuiste? —quiso saber Óscar
—¿Recordáis cuando nos sentamos a descansar? Vosotros os quedasteis dormidos. Y yo caí por unas escaleras, hasta una habitación —dijo Becky mostrando la herida de su brazo—. Pero os lo contaré todo después, ahora vamos a desayunar.

—Menos mal que estás bien, estábamos muy preocupados. —Óscar bajó la cabeza—. Nos hemos puesto en peligro para nada, ni siquiera hemos avanzado un poco en la investigación del pez esmeralda.
—¿Ah, no? Pero si ya la hemos resuelto. —Becky sonrió.
—¿Cómo? ¿Quieres decir que has encontrado el pez esmeralda? —Sara no pudo reprimir su alegría.
—Shhh, baja la voz —susurró Becky—. No lo tengo aquí, lo he escondido en mi habitación.
—¿Lo has dejado en tu habitación? —repitió Leo—. Oh, si yo lo tuviera, no me separaría de él en todo el día.
—Ahora es donde mejor está. Recuerda la leyenda: sería peligroso verlo a la luz del sol —dijo Becky.
—¡Oh, estoy tan orgullosa de ti! ¡Eres una súper guardiana! —Sara la abrazó otra vez.
—¡Esto es increíble! —Óscar la miró con admiración—. ¡Y lo has encontrado tú sola!
—Oh, no, nada de eso. Ha sido un hallazgo en equipo —le corrigió Becky—. Yo nunca lo hubiera encontrado si no hubiéramos entrado todos juntos en los túneles.
—Bueno, bueno, esto merece que nos lo cuentes con calma. ¿Os parece que vayamos ya al comedor? —Leo paseó la mano por su estómago—. Después de la nochecita que hemos pasado necesito reponer energías.
Esa mañana, en el comedor del Wilance, se respiraba un ambiente de preocupación. Entre magdalenas y leche con cacao los alumnos no paraban de murmurar todo tipo de teorías acerca del inminente futuro que les esperaba.
Sin embargo, Sara, Becky, Óscar y Leo habían estado tan concentrados en sus investigaciones que habían olvidado por completo los problemas del colegio.
—¿Qué le pasa a la gente? —pensó Becky en voz alta.
El grupo ocupó la primera mesa que encontraron, que era donde estaban las mejores amigas Marisa y Laura.
—¿No os habéis enterado? —Laura les miró triste y abatida.
—No, no sabemos nada. —Sara apoyó los codos en la mesa—. ¿De qué se trata?
—El colegio está en bancarrota —dijo entonces Marisa mientras dejaba caer varios trozos de magdalena en su taza.

—¿Ah, eso? Bueno, es un secreto a voces que el colegio no tiene dinero —dijo entonces Óscar —. Por eso al año que viene tal vez no podamos volver.
—Está claro que no lo saben. —Marisa miró a su amiga Laura para enseguida entregarse a la tarea de rescatar su magdalena de la leche.

En ese momento se hizo el silencio pues una cocinera llegó hasta la mesa con una jarra llena de leche caliente que enseguida sirvió en las tazas de los cuatro amigos.
—No es al año que viene —aclaró Laura cuando la cocinera se hubo alejado—. Se rumorea que al mes que viene nos harán volver a nuestras casas.
—¿En agosto? ¿En serio? —se extrañó Óscar.
—Pero… ¿cómo pueden hacer eso? —murmuró Becky.
Y, tras decir esto, la chica sintió que una amarga pena oprimía su estómago hasta tal punto que se le fueron las ganas de desayunar.
Hasta hacía poco, su mayor deseo había sido volver a su casa, a su urbanización y poder pasar un verano divertido en la piscina.
Becky miró a sus amigos.
Sara. Leo. Óscar.
Tres nombres que hasta hacía menos de un mes no significaban nada, pero que ahora…
¿Qué iba a suceder a partir de agosto? ¿No los iba a ver nunca más?
Becky dejó ahora su mirada perdida en la taza del desayuno mientras daba vueltas al cacao. Los grumos se adherían a la cucharilla y la chica trataba de diluirlos presionándolos contra las paredes de la taza.
¿Qué podía hacer ante esa inesperada situación?
—¡Menudo fastidio! —protestó Leo con la boca llena de galletas—. Yo no quiero irme ahora, justo cuando mejor lo estábamos pasando.
—Ni yo tampoco —dijo Óscar.
—¿Os dais cuenta? —dijo Sara y, acto seguido, puso en palabras el mayor miedo de Becky—: No volveremos a vernos nunca más.
Óscar y Leo miraron hacia abajo con resignación, pero Becky, como si esa temida frase hubiera despertado su ingenio, levantó la vista de la taza y dijo:
—Sí, sí que nos veremos. Tengo la solución.

Capítulo 48

SECRETOS

Esa tarde los alumnos no tuvieron ganas de quedarse en sus habitaciones. Todos querían estar con sus amigos y disfrutar de sus últimos días en el Wilance. Casandra fue la única que se encerró en su habitación, y nadie pareció echarla de menos.

Cuando Becky llegó a su cuarto, la encontró tumbada en la cama, con las manos sobre los ojos, tratando de contener un llanto que parecía no tener fin.

Preocupada, cerró la puerta tras de sí y se acercó hasta Casandra. Fue al sentarse en el borde de la cama cuando sintió que, por una vez en ese extraño verano, ella y su compañera tenían algo en común. Ya no solo compartían habitación, ahora compartían la tristeza de tener que abandonar el Wilance. Aunque si Becky mantenía la calma era porque tenía un plan.

—No te preocupes, nada de lo que se rumorea va a suceder —le dijo Becky con aplomo.

—¿Acaso tu naufragio te ha hecho perder la razón? Todo el mundo sabe que vamos a tener que volver a nuestras casas. —Se secó las lágrimas con el dorso de las manos.

—Confía en mis palabras —dijo Becky.

Al decir esto, su mirada se clavó en el cajón de su mesa, donde estaba el pez esmeralda, envuelto en una toalla.

—¡Ojalá fuera cierto! Ni te imaginas cómo será mi verano a partir de agosto. —Casandra hundió su cabeza en la almohada.

En ese momento, Becky se dio cuenta de que apenas sabía nada acerca de su compañera. No sabía cuál era su ciudad ni por qué pasaba los veranos en el Wilance.

Becky se había hecho una imagen de Casandra basada en en las apariencias, sin saber sus motivos ni conocer sus circunstancias. Tampoco sabía nada acerca de sus sentimientos. Se había quedado con la idea de que Casandra era arisca, orgullosa y solitaria. Aunque ni siquiera eso era del todo cierto: ahora sabía que tenía su grupo de amigos y que se reunía con ellos en la playa.

Por eso, tal vez, Casandra había hecho todo lo posible para no compartir habitación con nadie: no quería que se descubriera que se iba por las noches para reunirse con su gente. ¿Por qué eran tan importantes para ella?

Estaba claro que Casandra era muy reservada y tenía sus propios secretos. Pero también la había ayudado la noche anterior. Becky sentía que ahora era Casandra la que había naufragado, en el mar de la tristeza, y que era ella quien debía rescatarla. Sin perder más tiempo, fue hasta el cajón y sacó la toalla con el pez esmeralda.

Luego, se dirigió a la quinta torre.

Capítulo 49

AL SALIR EL SOL

Óscar había cerrado la ventana y, cuando Becky llegó a la quinta torre, el lugar estaba en penumbra.
—Perdonad mi retraso. —Caminó entre las tinieblas.
El trastero solo estaba iluminado por una vela, y Becky decidió colocarse junto a la llama.
Fue al retirara la toalla y dejar al descubierto el pez esmeralda, cuando todos pudieron ver destellos de un fulgurante color verde. El mismo destello que Becky había visto en la extraña habitación.
—Pero, entonces, ¿cómo llegaste a ese lugar? —El color de la piedra se reflejaba en los ojos de Óscar.
—Fue cuando os quedasteis dormidos. Apoyé la espalda en el muro y se abrió —explicó Becky —. Tal vez la pared tenía un resorte oculto y me apoyé justo ahí.
—¡Maravillosa casualidad! —Leo no quitaba ojo a la joya—. Pero ¿cómo llegó hasta ahí el pez esmeralda?
—Tuvo que esconderlo alguien. Y creo que sé quién lo hizo —dijo Becky—. Además, me da la sensación de que lo tenía todo planeado para que la maldición de la leyenda no recayera más en su triste familia…
—¿Te refieres a Adam Wilance? —habló Leo.
—¿Quién si no? —Becky le miró.
—La cuestión es que este pez es un tesoro —dijo Óscar.
—Que podría salvar al internado de su bancarrota —añadió Becky—. Creo que deberíamos entregarlo.
—Pero no podemos dárselo: si lo ven a la luz del sol, se sumergirán en una tristeza infinita —les recordó Sara.
—No si se deshace la leyenda —aseguró Becky.
Los tres la miraron intrigados.
—Haremos pedazos el pez esmeralda. De esta manera, la leyenda se romperá también —explicó Becky—. Y luego les damos los trozos de esmeralda a las directoras.
—Tiene lógica —asintió Óscar—. Pero nos preguntarán muchas cosas… no creo que lo acepten sin más.
—Podrían encontrar ellas los trozos… —propuso Leo.
—¡Ya sé! ¿Qué os parece si preparamos un paquete sin remitente, con un donativo anónimo? —propuso Sara—. Para algo soy la cartera real.

Capítulo 50

UNA MISTERIOSA CAJA

Tuvieron que frotarse los ojos varias veces.
—Debemos de estar soñando —dijo Etel.
—*¿Que te pellizque quieres?* —propuso Lete y, sin esperar respuesta, retorció entre sus dedos el brazo de su hermana.
Un grito inundó todo el despacho.
—¡Bruta! —le recriminó Etel—. ¡Casi me matas!
—*Las gracias dame. No es un sueño ahora sabes* —repuso Lete.
Etel miró nuevamente la caja y se puso tan nerviosa al tratar de encontrar el remitente que todas las pequeñas esmeraldas se cayeron por el suelo como diminutos insectos liberados de su cárcel. Las dos mujeres se agacharon, rápidamente, olvidando sus dolores de rodilla, sus bastones y su edad para recoger el tesoro que las alejaba de la bancarrota.
Sara permanecía fuera del despacho, con la oreja en la puerta y tapándose la boca con las dos manos para contener la risa. No quería perderse detalle de lo que allí dentro sucedía.
—Escucha Lete, escucha con atención —Etel encogió los ojos y continuó hablando—: Esto no se lo diremos a nadie. Buscaremos un comprador y obtendremos una buena suma de dinero. Mucho más del necesario para reparar el castillo y poder seguir con el colegio de verano, actividad que tanto nos gusta y tanta felicidad nos da.
—*Diremos lo a nadie* —contestó Lete.
Y las dos hermanas, muy emocionadas, entrelazaron sus dedos meñiques tal y como llevaban haciendo toda su vida ante secretos importantes.
Mientras tanto, en otra parte del castillo, Becky permanecía en su habitación, tratando de poner orden en sus cosas, mientras esperaba a que Sara trajera noticias frescas. Ya había puesto orden en su armario, guardado a buen recaudo el diario de los guardianes y solo le quedaba ordenar su mesa de estudio.
Hacía días que había abandonado su costumbre de tachar los días del calendario que había confeccionado, a toda prisa, el primer día que llegó al internado.
La chica lo despegó de la pared y lo arrugó entre sus manos.
Ahora solo quería que el verano continuara en el Wilance y poder vivir más aventuras con Sara, Leo y Óscar.
Ellos eran, realmente, el verdadero tesoro del castillo.

Otros libros de W.Ama

SERIE IDEAS EN LA CASA DEL ÁRBOL



Puedes ver estos libros siguiendo el enlace

TRILOGÍA CARAVAN PARK



Puedes ver los libros de Caravan Park siguiendo este enlace.

Si quieres estar al tanto de mis nuevos libros puedes consultar en Instagram: @w.amalibros

Y, si te ha gustado «Al salir el sol», me encantaría leer tu opinión en Amazon.

¡Muchas gracias!